28-1ª (bis)
20733
Ley 1847

BIBLIOTECA PERLA.

POR UNA LÁGRIMA.

3700

LY7-2635
20.733
Ley 1847

BIBLIOTECA PERLA.

POR UNA LÁGRIMA,

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

GARCÍA DEL ESPINAR.

3700

BARCELONA.

IMP. DE PEDRO CASANOVAS,
RIERA ALTA, 11.—CÁRMEN, 106.
1878.

Es propiedad de la autora.

Á MI QUERIDO SEBASTIAN.

Por una lágrima, es un título que te fué mas simpático que los que llevan las demás novelitas, que como sabes he escrito impulsada por tu cariño y el de nuestros hijos: mucho quisiera que valiera este trabajo, ya que pongo en su primera hoja tu nombre, que para mí significa un tesoro de cariño, de nobles y elevados sentimientos; pero si la obra no vale en sí lo que yo quisiera, por una lágrima te recordará las muchas que hemos derramado juntos en las pruebas que Dios nos ha mandado en nuestra vida, principalmente en la pérdida de nuestros inolvidables hijos. ¡Quiera el cielo, ya que con resignacion y sosteniéndonos uno á otro en los ásperos senderos de la vida hemos soportado y enjugado mútuamente nuestras lágrimas, que en adelante solo humedezca nuestros ojos la ternura de ver los que nos quedan, venturosos por la senda del honor!

Estas son todas las aspiraciones de tu

Ana.

POR UNA LÁGRIMA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Caridad.

Estamos en la magnífica Rambla de la ciudad de los Condes: lucia una hermosa tarde del mes de abril de 187..; deslizábase esa hora bulliciosa en que los que han de ganar el sustento con el sudor de su frente dejan el trabajo, y en la que los artesanos, los fabricantes, los obreros, las costureras, los niños y los estudiantes se cruzan, se encuentran, se tropiezan, se codean y se miran, y ora una pulla ora una flor, ya una mirada ya una sonrisa, son dirigidas ó dichas, vistas ú oidas, unas veces con la ligereza propia de los pocos años y otras con la alegría de los que al terminar sus tareas recobran la perdida libertad.

Los que nunca se han visto sujetos al trabajo, no podrán gozar de la inmensa dicha que proporciona el descanso; pero tampoco saben cuán dura es la ley que

nos impone aquel, tanto, que ha dicho un pensador, no importa quién: *el que no teme al trabajo, no teme á Dios.* Y sin embargo muchos pudieran vivir sin trabajar y no lo hacen: tal vez tengan razon.

Atravesando con dificultad por entre los alegres y bulliciosos grupos y los ligeros transeuntes que llenaban el paseo central y las aceras, iba una jóven de diez y ocho á veinte años, de cuerpo esbelto y andar airoso, que si bien no ofrecia un tipo marcado, podia asegurarse sin embargo, porque estaba á la vista, que su simpática figura y notable belleza atraian las miradas de todos.

Su rostro ovalado y de un color ligeramente moreno y pálido; sus ojos garzos, magníficos, poderosos, de largas y sedosas pestañas, velando de una manera graciosa las dulces miradas de aquel par de luceros, arrebataban hablando al alma en todos los tonos y en todas las lenguas; su frente algo despejada, como si encerrara grandes y elevados pensamientos, iba ornada de pequeños rizos de cabello sedoso y oscuro, como los ojos, que caian con suma coquetería en artístico desórden; su boca de correctas líneas, fresca y rosada cual los claveles en la tibia alborada de una mañana del florido mayo, era un conjunto delicioso de gracias y perfecciones; y todo en ella, sus distinguidas maneras, su andar majestuoso y su flexible talle, formaba tal encanto, que no parecia sino que la naturaleza habia depositado sobre su persona, á manos llenas, todos los tesoros de sus perfecciones.

Esta preciosa jóven, llamada Caridad, habia salido de una casa de la Rambla de aspecto suntuoso, en uno de cuyos balcones del piso principal, una muestra, de grandes y dorados caracteres, decia: *Madama Ramelete, modista francesa;* andaba de prisa, como digo, y tropezaba con los grupos que llenaban las aceras.

—¿Adónde tan de prisa, mi alma?

—¿Va V. á apagar fuego?

—¡No tropiece V.!

—¿Quiere V. que la acompañe?

Pero la jóven debiera tener verdadera prisa, porque este turbion de palabras no la obligó á moderar su paso, sino por el contrario, parecia que lo avivaba. Así recorrió algunas calles, hasta llegar á uno de los barrios frecuentados solo por gente pobre; barrio bullicioso, compuesto de casas que albergan verdaderos enjambres humanos y en las que habitan angustiosamente siete y ocho familias, donde solo hay sitio, luz y aire para una: modistillas, costureras y obreros, viven allí en pequeñas habitaciones por módicas cantidades, y consiguen de esta manera hacer frente, á duras penas, á las necesidades terribles de la vida y al fantasma aterrador del hambre y la miseria que ronda sus puertas sin descanso.

La jóven miraba algunas casas indecisa, luego sacó un papel del bolsillo y leyó:

—Calle de Valldoncella, número 51, piso 5.°

Aquí es—dijo alegremente—y empezó á subir la empinada y estrechísima escalera..... llegó por fin al piso 5.°, y llamó con suavidad á la puerta.

 —¿Quién

—¿Quién es?—preguntó desde dentro una voz de mujer.

—Caridad,—contestó la jóven.

La puerta se abrió, y una mujer jóven como de 28 años, pero pálida y demacrada, apareció en el dintel.

—¿Es V. la recomendada de Juana?

—Sí, señora.

—Pase V.—La jóven entró, y la mujer cerró la puerta.

—Tengo dos habitaciones,—continuó la mujer—una es guardilla, pero tiene una ventana muy alegre.

—La verémos.

—La otra está dentro de mi cuarto y su balcon da á la calle—y la mujer abrió una puerta y enseñó una habitacion bastante desahogada, con un balcon como habia dicho.

Era la guardilla, de techo bajo y declinado; pero con una ventana que aunque daba al tejado, se veia desde él parte de la calle, y además tenia una pequeña puerta á la escalera al lado de la del piso.

—Esta me gusta más: es mas independiente, y para lo que yo tengo, muy capaz. ¿Cuánto paga?

—Veinte reales.

—¡Dios mio, qué caras están las casas! ¡veinte reales!

—Está todo tan mal!—dijo la mujer con el acento doliente de una persona enferma.

—¿No podrá V. bajar nada?

—Es imposible; y si tomara el otro cuarto le haria pagar doce reales más.

—¡Ay,

—¡Ay, no! es demasiada cara para mí: me quedo con la guardilla, y le pagaré los veinte reales: cuesta tanto comer, y no gano mas que una peseta diaria, que entre cuarto y comida se va: no queda casi nada: pero qué hemos de hacer — añadió alegremente— salud.

—Dichoso el que la tiene, —dijo tristemente la mujer.

—¿Está V. enferma?

Algunas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Muy enferma—contestó—y se enjugó los ojos con el delantal.

—Es V. jóven—dijo compasivamente Caridad—y se pondrá buena.

—¡Buena! ¡imposible! mi mal no tiene remedio!

—¿Porqué?

—Porque está en el alma y en el cuerpo, y para la primera, no tengo consuelos; ni para el segundo, medicinas.

—¿No la cura á V. nadie?

—Soy tan pobre, que apenas gano para mantener á mi hijo: ¿cómo he de gastar en medicinas?

—Yo creí que era V. casada.

—¡Casada y sin marido!—dijo con tristeza. Caridad parecia que no habia escuchado sus últimas palabras y continuó:

—¿No es V. de ninguna Sociedad de socorros mútuos?

—Hay que pagar una peseta mensual para pertenecer á las sociedades, y mi marido no ha querido entrar en ellas.

—Pero hay tambien señoras que socorren sin retribucion alguna.

—Sí; pero como mi marido gana buen jornal.....

—¡Ah! gana buen jornal!—dijo Caridad con tono compasivo—y V.....

—Yo soy muy desgraciada—dijo otra vez la mujer con su triste voz—pero V. me oye con pena; ya hablarémos de mis males otra vez: no piense V. mas que en su instalacion y en ocuparme si me necesita.

—Ah!..... señora..... ¿cómo se llama V.?

—Dolores.

—Pues bien, señora Dolores, no piense nunca que pueda cansarme: Juana me habló de V. en términos tan lisonjeros, que tengo la seguridad de que serémos buenas amigas: yo tambien la contaré á V. mis penas ¿verdad? ¡es tan hermoso poder comunicarse las impresiones mútuamente! yo no he tenido nunca amigas; pero V. me parece que lo será mia. Voy por mi cama y mi cofre antes que sea mas tarde y oscurezca: me dará V. la llave de la puerta:.... gracias, vuelvo en seguida.—Y bajó alegre como un pájaro aunque pensando en su interior—¡qué lástima de mujer! parece buena y dice que es desgraciada.

CAPÍTULO II.

La peor de las desgracias.

Dolores entre tanto cerró la puerta, y empezó á preparar una pequeña mesa.

¡Lo que tarda Pedro!—murmuró; pero á poco sintió pasos en la escalera y una voz fuerte y ronca que dijo:

—Abre.

Dolores abrió la puerta, y un hombre alto, jóven y buen mozo, apareció dando la mano á un niño como de seis años.

—¿A qué mandas á Pedro por aceite?—dijo brutalmente—ha roto la botella y todo lo ha tirado. ¡No llores!—dijo dando un puñetazo encima de la mesa y mirando al chico que se escondia entre las faldas de su madre—no debias tú llorar, sino la que te envia por esas cosas.

—Hay

—Hay tantas escaleras, Jaime—replicó con humildad Dolores—que apenas puedo subirlas una vez al dia.

—Te pondremos una criada, ¿no te parece? ¡voto á cien demonios! ¡con esta mujer todo el dinero es poco! ¡Estamos frescos con tus males y tus dengues! Vamos, pon esa cena, tengo prisa.

Dolores echó en una fuente basta un guisado de bacalao con patatas y la puso en la mesa.

—Puf!—qué peste: este guisote huele á tus ungüentos, no sabes mas que hacer bacalao y habichuelas..... bonita comida. Veo á todos que tienen su puchero, pero aquí.....

—Jaime..... con una peseta..... para todo.....

—Sí, señora, para todo y sobra; no somos mas que tres para comer..... y en otras partes son cinco y seis, pero en esta casa no es posible vivir!—En esto se oyó ruido en la guardilla.

—¿Quién anda ahí?—dijo Jaime con voz ronca.

—Es una jóven que ha tomado la guardilla.

—Y luego dí que no tienes mas que la peseta.

—Si te parece, ese duro le emplearé en vestir á Pedro: el pobre está descalzo y desnudo.

—Bueno, empléale en Pedro; pero ¿y el medio duro que te dí?

—Me compré unos zapatos: estaba descalza, y me hace tanto daño el frio en los piés.....

—¡Buena maula tengo encima!—dijo con ira.....—mira como te compras los zapatos y no reparaste que el chico estaba descalzo..... yo te voy á curar la enfermedad: no necesitas mas que una buena vara.....

¿qué demonio echas en este guiso?.... ¡puf!.... ¡qué cosa tan mala! ¿pero no te sientas, Pedro?—El chico se agarró mas á la madre y contestó balbuceando:

—Cuando cene mi mamá.....

—¡Claro!—dijo Jaime con terrible voz—le enseñas eso, y el chico..... me teme ¡voto al demonio!—y dió otro porrazo en la mesa. La pobre mujer temblaba en un rincon. Jaime comia sin hablar más; despues tomó un vaso de vino y lo apuró.—Listos—dijo poniéndose de pié y preparándose para salir.—Cierra la puerta.

—¿No te espero?—preguntó Dolores con dulzura.

—No;—y saliendo sin mirar á la pobre mujer, bajó las escaleras casi corriendo. Aun se oian sus pisadas, cuando la infeliz madre se dejó caer en una silla, llorando amargamente.

CAPÍTULO III.

Un amor que empieza.

La guardilla que habia tomado Caridad, era una pieza bastante larga, aunque algo estrecha, y el declive del tejado la hacia ser muy baja de techo por un estremo. Una ventanita caia sobre el tejado que la impedia descubrir la calle del todo; pero alcanzaba á ver parte de ella; y en cambio, un horizonte despejado, la sierra, y la poblacion en masa, que se dominaba, era una vista de pájaro, pero una magnífica vista.

Apenas amanecido, Caridad arreglaba y limpiaba ya su nuevo domicilio.

—Pues señor!—decia dando vueltas y sacudiendo su ropa,—está alto, pero qué gusto es ser independiente! Soy toda una propietaria; y para vivir como Dios manda, es preciso poner esto en órden: en este lado mas

ancho, la cama; sí, esto servirá de alcoba..... aquí el cofre..... en este sitio puedo poner una percha..... y en este pedazo de tejado..... me impide ver bien la calle, pero, ¿qué tengo que ver en la calle? Si me sobra dinero para poner la casa, compraré una maceta de claveles. ¡Ay Dios mio! aun se va á convertir esto en una delicia..... Mas ahora es preciso no faltar á la obligacion: la modista no transige..... nos peinarémos y despues Dios dirá.—Y la jóven sacó un pequeño espejo y un peine y empezó á hacer su tocado, con toda la coquetería de esa hermosa edad, que por desgracia pasa pronto para no volver jamás.—En seguida se vistió, salió, cerró la puerta y bajó con ligereza la escalera: en la calle, casi en la puerta, habia una mujer de pueblo, vestida como las payesas, y aunque de alguna edad, estaba fuerte y ágil.

—¡Juana!—dijo Caridad tomando las manos de la vieja,—¿tú por aquí?

—Te buscaba, hija mia; tu hermano tuvo una algarada con su mujer..... yo me hice la tonta..... pero escuché..... él queria que volvieras, pero ella..... esa es mala, se opuso, y dijo que tú les llevabas los disgustos.

—Pobre hermano mio!—dijo Caridad limpiando una lágrima que rodaba por sus mejillas,—por él estoy contenta de lo que hice: él no lo sabe, pero Dios lee en mi corazon y conoce mis sentimientos.

—¡Ah! pues me olvidaba, el otro me dió una carta para tí.

—¿Para mí?

—El mismo dia que te fuiste, me encontró ó me esperó; y me entregó esta carta—dijo Juana buscando en sus bolsillos,—toma, hija mia;—y alargó á Caridad, un papel bastante arrugado.

—Bueno, ya lo leeré: ahora, Juana, si te preguntan dónde vivo, no se lo digas: di que no lo sabes.

—Está bien: ¿y qué te ha parecido Dolores?

—Me ha gustado mucho.

—Es una infeliz! tan buena como desgraciada.

—¿Qué le pasa? ¿es su marido.....

—Su marido, hija mia, es un bribon que la maltrata horriblemente.

—¡Qué lástima, siendo tan buena!

—Muy buena; mas esos pícaros dicen que en la variedad está el gusto: pero adios, que es tarde: no olvides leer la carta.

—No, Juana, aunque no comprendo..... ¿vendrás á verme y á darme noticias de José?

—Y de su mujer.

—De mi hermano son las que me importan, y adios que es tarde—y la graciosa jóven se alejó no sin haber antes estrechado cariñosamente las manos de la vieja entre las suyas.

Cuando volvió la esquina de la calle, entró en una chocolatería, pidió un chocolate, se sentó en una mesa retirada y sacó la carta que Juana le habia dado. Decia así:

«Señorita: nada mas sensible para mí, que los disgustos que ha sufrido por mi causa. V. sin embargo

al creerse inocente, estará en la seguridad de que su cuñada es culpable: crea firmemente que no, y aunque hay algunas apariencias que le han engañado, vea V. en mí el verdadero responsable de todo. ¡Sí! lo confieso por mas que me cause pena; pero aun no ha podido V. comprender lo que pasaba en mi corazon. V. ha sido la primera engañada, pues mis sentimientos no podian ser de otra que de V. cuyo mérito lo oscurece todo, y cuya belleza me tiene loco. ¿Seré tan feliz que merezca una contestacion?

EDUARDO.»

—Cuando Caridad hubo leido esta carta, suspiró tristemente y la metió en el bolsillo.—La desdicha es un gran maestro:—pensó,—otra con mis años tal vez creeria en estas palabras; yo desgraciadamente no puedo. Tomó el chocolate que le habian traido, pagó y siguió de prisa el camino de la casa de la modista francesa madame Ramelete.

CAPÍTULO IV.

Mirada retrospectiva.

Antes de proseguir, bueno será que pongamos al corriente á nuestros lectores, de las circunstancias que habian obligado á Caridad á vivir independiente en una humilde guardilla.

José y Caridad eran los únicos hijos de un honrado matrimonio regularmente acomodado, pero que habia sufrido mil vicisitudes desgraciadas en su pueblo natal, por no haberse doblegado á las exigencias del partido carlista. Sean las ideas liberales del padre, ó la fatalidad que les persiguiera, esta familia se vió en pocos años adelantar con pasos de gigante á la mas terrible miseria. Muerto el padre y siendo José un hombre capaz de sostener á su familia, la madre se empeñó en que se fuese á Barcelona, donde con sus relaciones y conocimientos llegaria á entrar en el comercio,

evitando al mismo tiempo ser víctima de los ódios y rencores políticos que habian perseguido á su padre y que tanto encono toman en los pueblos pequeños.

José llegó á Barcelona, y sus esperanzas quedaron cumplidas: amigos de su padre le protegieron y le emplearon en sus negocios, dándole una pequeña participacion que le permitia vivir con modestia y mandar algo á su madre y hermana, á quienes amaba tiernamente.

Andando el tiempo, un dia escribió José diciendo á su madre que estaba enamorado de una jóven, con la que deseaba aprobase su union. Fuese un presentimiento maternal, ó un sentimiento de que trocase en mala su buena suerte, la madre lloró mucho y suplicó á su hijo prorrogase el casamiento. Mediaron cartas, hubo disgustos y la madre cedió al cabo, para ponerles fin: el casamiento se hizo, y José mandó puntualmente á su madre, como hasta entonces, el dinero acostumbrado. Pasó tiempo y José estrañó no haber recibido carta de su madre en el término en que solia hacerlo: escribió impaciente preguntando, y despues de algunos dias, supo con inmenso dolor que habia fallecido casi repentinamente. La huérfana estaba loca de pesar, y José, sin consultar apenas la voluntad de su esposa, mandó inmediatamente que se viniera á su casa. Al cabo de algunos dias llegó Caridad con Juana, criada antigua de su casa y que la queria como hija, se instalaron en la nueva morada, y en la apariencia reinó una completa y envidiable paz.

Laura, la mujer de José, era hermosa, pero de her-

mosura provocativa. Tenia un magnífico cabello negro azabache, y unos ojos del mismo color, grandes y rasgados, con unas largas pestañas, y unas cejas mas espesas de lo conveniente para que fuesen perfectas. La nariz ofrecia bastante regularidad, y la boca formaba en sus estremos, al reir, dos hoyos, que sabia la agraciaban mucho, pues trataba continuamente de que no se ocultaran. Mas bien alta que baja, y de formas abultadas y exuberantes, Laura era una buena moza en toda la estension de la palabra, pero su belleza, como hemos dicho, era provocativa, careciendo por completo de ese encanto ideal de las mujeres que nos hacen esclamar: «¡qué tipo tan distinguido!»

Sus padres, fabricantes quebrados y por lo tanto en posicion muy dudosa, habian educado á Laura con sumo lujo, alimentando ella una ambicion loca; mas tuvo poca suerte, y hacia mucho tiempo que deseaba casarse, cuando la encontró José y se enamoró de ella locamente. No era lo que ella habia soñado, pero aceptó por verse libre de la tutela de su padre.

Caridad comprendió en los ojos de su cuñada, negros como la noche, sin trasparencia alguna y cual si fueran un magnífico boton de azabache, vió desde luego en aquella mujer mucho mas amor á sí misma que á su marido; pero calló y observó con suma prudencia, porque notó con pena que José no estaba alegre como acostumbraba.

Un dia que fueron á pasear, advirtió que un jóven las seguia, pues en esas cuestiones las mujeres adivinan sin mirar, y comprendió no era ella el objeto

de las persecuciones del desconocido: cuando llegaron á su casa Laura estaba alegre y se sentó cerca de su cuñada.

—¿No has visto cómo nos seguian?—dijo sonriendo y mirando á Caridad.

—¡Sí! he visto uno que miraba mucho.

—Está visto que no se puede ir contigo, sin llevar guardia de Corps,—añadió Laura alegremente.

—Tambien yo puedo decir eso.

—¡Yo soy casada!..—dijo Laura sin poder ocultar un gesto de contrariedad.

—¿Y qué saben los que te siguen si eres casada ó no? ven una mujer guapa y nada mas.

—Es verdad,—dijo Laura sonriendo con cierta satisfaccion,—pero estos casos no pueden proporcionar placer mas que á ti. ¡Se disfruta tanto cuando una es soltera!

—¿Y cuando una es casada?

—Es tan distinto... ¿qué disfruto yo?—José es bueno,—dijo con un tono indiferente,—pero su bondad no le proporciona sino medios muy modestos, de modo... que carece una de todo lo agradable y estamos en la miseria..... Algunas veces..... cuando veo los anuncios del Liceo... tanto como me gusta la ópera, y pienso en tantas mujeres que..... disfrutan tanto..... y vamos... creo que valen menos que yo, ¡te lo aseguro! me pongo de mal humor. Si tuviera hijos, me resignaria por ellos; pero ni esto... de modo que en ocasiones..... me aburro, pensando en la mala suerte que tenemos.

—Sí,—dijo Caridad con dulzura, y sin querer fijarse

en la malicia de aquellas palabras,—tienes razon; mas todo cambia en el mundo, y el dia menos pensado hará José un buen negocio y variais de posicion.

—¡No lo creas! no conoces á tu hermano. ¿No ves que no tiene iniciativa? no emprende nada: es apático... ¿ves aquel que nos siguió? aquél sí que es rico...

—¿Le conoces?—dijo Caridad sin poderse contener.

—Sí, dijo Laura tratando de enmendar su torpeza, —le conozco desde que era soltera, pero no le quise,— añadió indiferentemente—es muy rico.. mas... tan pretencioso...

—Pues es lástima, siendo tan buen partido—dijo Caridad sonriendo.

—Se la echa de conquistador incansable—dijo Laura con cierto desden—y luego—esclamó lanzando una alegre carcajada—no tiene de bueno sino el ser rico.

Sin saber por qué Caridad estaba preocupada con el jóven y su cuñada. Juana que se habia quedado en la casa entró en el cuarto de aquella y la vió llorosa.

—¿Qué tienes?

—Nada, Juana!

—¡Milagro será! pero me figuro qué pueda ser, dijo la vieja meneando la cabeza.

—¿Qué sospechas?

—Que vamos cada dia peor,—dijo la sirvienta tristemente.

—¿Pues, qué crees, Juana?

—¡Vamos á tener un trueno gordo!

—¡Ay Dios mio! mi pobre hermano!—dijo llorando Caridad.

—Jua

—Juana!—dijo José en aquel momento.

—Voy corriendo, señorito.

—¿Qué hacias?

—Estaba en el cuarto con la niña Caridad.

—Sí, esto es lo que me figuro, que tú tapas muchas cosas: pero cuidadito conmigo,—y salió cerrando la puerta con estrépito.

Caridad salió del cuarto; Laura venia hácia ella con el color arrebatado.

—¿Qué pasa, Laura? mi hermano ha salido incomodado con Juana y conmigo.

—Y con todos; ¡es un majadero!

—Pero... ¿habeis tenido algun disgusto?

—¡Qué quieres que te diga! ahora le da por ser celoso; ¡qué aburrimiento! ¡si las cosas se hicieran dos veces!—y se sentó colérica en una butaca.

—¡Válgame Dios! ¿y qué motivo tiene?

—Ninguno; que como te digo, es un majadero: dice que Eduardo, aquel jóven que nos siguió ayer, está hecho un espantajo por las esquinas. Figúrate qué culpa tengo yo! ¿si él te siguió y quiere hacer el oso, yo voy á pagar esto? Vamos, es inaguantable, te lo aseguro.

Caridad bajó la cabeza con desaliento.

—Ten paciencia—murmuró—es preciso evitar disgustos.

—Pues que evite él. No me esplico por qué no han de ser mútuas las consideraciones.

—Las mujeres debemos ser prudentes.

—Mira! no me vengas dando consejos: demasiado cargada estoy con lo que me pasa.

—Lo decia por tu bien.....

—O por el bien de tu hermano.

—Laura, por Dios, no seas así.

—¿Cómo soy? despues del pago que he recibido de tu hermano: casarme con un pelagatos y aguantar que de lo poco que tenia mandase á su madre, careciendo yo de todo....

—Esa era una obligacion—dijo Caridad mirando á Laura fijamente.

—Cuando no hay, no pueden tenerse obligaciones: despues has venido tú, y creo que no has tenido una queja; y sin embargo de estos sacrificios, en lugar de estarme agradecida, de complacerme y de contemplarme, aun está de mal humor é intentando quimeras...

—Sosiégate, Laura—dijo dulcemente Caridad,—tal vez mi hermano esté de mal humor por sus pocos recursos y.....

—Más lo estoy yo y aguanto.

Caridad calló, pero cuando estuvo sola con Juana le encargó que le buscara trabajo.

Al otro dia Laura contemplaba unos hermosos dibujos que Caridad empezaba á bordar.

—¿Qué haces?—decia, con menos soberbia que en la anterior entrevista.

—Nada, Laura; como estoy desocupada tantos ratos he pedido este trabajo, y así puedo ayudaros, no siendo tan gravosa.

José entró en aquel momento.

—¿Á quién eras gravosa?—dijo con mal humor.

—No te incomodes, José—contestó humildemente Ca-

ridad—yo puedo trabajar; tú tienes familia; ¿qué mal hay en esto?

—Ninguno, hermana mia; eres buena como mi madre y apruebo tu buen deseo: desgraciadamente soy pobre para oponerme á tus esfuerzos. ¡Cómo ha de ser!...—y José miró á su mujer que tenia la cara vuelta hácia la calle.

—Laura, ¿has aconsejado á mi hermana que trabaje?

—¡Dios me libre!—dijo Laura con desden—ni la aconsejo ni pienso imitarla; si lo decias por esto, ya lo sabes para siempre: me he casado para que me mantengan; no para mantener á mi familia.

Caridad tomó su labor y se levantó, dejando al matrimonio en libertad de hablar solos.

Su habitacion hacia esquina, teniendo ventana á una calle y balcon á otra. Entró en su cuarto, dejó la labor y maquinalmente miró por la ventana de la esquina y vió al que su cuñada habia llamado Eduardo, que estaba parado mirando el balcon de aquella.

—¡Dios mio!—murmuró—ese hombre va á perder esta familia—y se quedó observando.

Eduardo hacia señas disimuladamente, é indicaba la puerta del jardin, la cual tenia un ventanillo; despues se sonrió y señaló la una. Caridad no perdia ni un gesto: cuando se fué, respiró.

—¡Dios mio! ¿Cómo se atreve Laura á faltar á sus deberes? Es horroroso, ¿y qué hago yo? Pero la una no puede ser mas que la de la noche, y José estará durmiendo; ¡yo tiemblo al pensar lo que puede suceder en un momento!

Pasado un rato salió del cuarto: su inquietud no le permitia coser ni estar sosegada. Laura por el contrario estaba tranquila.

Cuando llegó la noche, José se dispuso para salir.

—¿Te vas tan tarde?—dijo Laura con estrañeza.

—¿No te acuerdas que en este dia hay liquidacion todos los meses?

—¡Ah! qué fastidio, estoy tan cansada.....

Caridad lo comprendió todo, y se asustó al ver aquella maldad tan disimulada.

José se despidió y se fué. Laura cerró los ojos y reclinó la cabeza.—Tengo hoy un sueño...

—Yo tambien.—dijo Caridad—lo mejor será acostarnos. Y se separaron; pero la jóven estaba muy lejos de dormir: su corazon latia apresuradamente, sintiendo esa zozobra, esa angustiosa ansiedad que debe sufrir el criminal que conserva un resto de conciencia. La infeliz parecia presa de una alucinacion espantosa; su cerebro vacilaba, y en momentos dados pensaba que tal vez fuese todo hijo de un mal pensamiento suyo y su cuñada estuviera completamente inocente; mas en otros, sus razonamientos la convencian de que no se equivocaba, y al menor ruido que viniera de la calle su corazon latia con violencia, la sangre se agolpaba á su frente, se avergonzaba cual si fuera la culpable de tan bochornosa falta y se creia próxima á desfallecer. En esta lucha horrible pasaron cuatro horas, que para ella fueron siglos, y á la media noche sintió pasos en la calle: un bulto se deslizaba por la acera y se paró delante del ventanillo: su corazon palpitaba violentamen

mente. ¡Pobre hermano mio!—murmuró derramando lágrimas—¿qué puedo yo hacer? ¡Dios mio!

La noche estaba silenciosa, y desde la ventana alcanzaba á ver parte de la otra calle. De pronto un temblor convulsivo la agitó; habia visto venir otro bulto por la acera de enfrente enfilando el callejon: era un hombre que trataba de inquirir algo en medio de la oscuridad, segun el paso tardío y receloso con que andaba. De pronto aceleró apresuradamente su marcha y se vino hácia la casa. Caridad se sintió morir; ¡aquel hombre era su hermano! Loca y sin saber qué hacer, echó á correr en direccion á la escalera del jardin, encontrándose en un minuto al lado de Laura, que lanzó un grito de rabia al verse descubierta.

—¡Pronto!—decia Caridad delirante—sube: mi hermano viene á casa; ya estará dentro!!.. Laura á la voz del peligro corrió á esconderse en unos bosquecillos; un momento despues entró José en el patio.

Laura no esperó el desenlace, tomó la escalera, subi á su cuarto temblando, se despojó á escape de su bata y se metió en la cama. José entre tanto adelantaba rewolver en mano: los que hablaban no se dieron cuenta al parecer de tan siniestra aparicion, hasta que una mano agarró con fuerza la de la jóven.

—Jesús!—esclamó Caridad espantada.

—¡Eras tú, Caridad!!!—dijo José sin poder ocultar su alegría.—Luego, reponiéndose, añadió con dureza: —¿Cómo te atreves á venir á tal sitio y á estas horas?

—¡Perdon!—dijo Caridad verdaderamente desfallecida.

—Caballero—dijo el hombre que desde la calle hablaba con Caridad,—el hablar con esta señorita no es un delito para...

—Caballero—dijo á su vez con acritud José,—esta señorita tiene un hermano con el que podiais haber hablado antes que con ella, y nunca por este sitio.—y tomando la mano de su hermana entró en la casa y cerró con llave á Caridad; entre tanto caia esta de rodillas al pié de una hermosa Vírgen que su madre le habia legado.

—¡Vírgen María!—dijo entre sollozos—¡ya que no tengo mas tesoro que mi honor, que no le pierda por las apariencias!

Cuando José entró en el cuarto de su mujer, esta se incorporó sobresaltada.

—¿Qué es eso?—dijo con inquietud.

—Nada; no te asustes.

—¿Cómo has venido?

—He concluido antes de lo que creí;—y en su interior pensó con vergüenza en sus celos.—Por cierto que he tenido un disgusto,—dijo confidencialmente á su mujer.

—¿Qué ha pasado?

—Encontré á Caridad.....

—¿En dónde?

—En el jardin, hablando con uno.....

—¡Jesús! ¡qué descaro! ¿y tú qué has hecho?

—¿Qué he de hacer? mañana pienso hablarla claro.

—No la fastidies, no sea peor;—dijo Laura con cierta intencion, y luego pensó:—esta mujer me ha salvado, no hay duda, pero me espiaba; no me conviene en casa.

CAPÍTULO V.

Hasta donde llega la virtud.

A la siguiente mañana José se levantó pensando en el discurso que iba á decir á su hermana: esta, á su vez, estaba ojerosa y pálida; habia reflexionado muchas horas en lo que haria, y estaba resuelta á tomar un partido decisivo antes que mantenerse en tan crítica situacion. Laura, por su parte, estaba indecisa, comprendia que su cuñada la habia prestado un servicio inmenso; pero se veia mortificada delante de ella.

Considerábase inferior á la noble jóven que habia librado su honor y su tranquilidad: y como acontece en toda alma pequeña, no siendo la gratitud el sentimiento mas vivo de su corazon, trató, lo primero, de sondear el ánimo de aquella pobre niña.

—Caridad,—dijo con toda la dulzura de que era capaz,—te daré una esplicacion: anoche..... tal vez

creerias fuera yo culpable, pero debo hacerte saber que ese jóven me suplicó una entrevista con objeto de hablarme de tí; me dijo que te amaba y.....

—No sigas, Laura, te lo suplico y te pido tambien que me escuches; tengo veinte años, ¿crees que á esta edad puedes engañarme?

—¿Y quién te engaña?—dijo aquella mujer, echando fuego por los ojos.

—¡Tú! hermana;—dijo Caridad con su tono mesurado y suave;—al hablarte con franqueza no obedezco mas que á un sentimiento de justicia: yo no te creo culpable, pero has tenido una ligereza que te ha comprometido, y podia haberte traido sérias y tristes consecuencias.

—Te repito que ese hombre es un impertinente; nos seguia á todas partes, José estaba celoso, y al pedirme esa entrevista quise decirle que nos dejara tranquilas; pero él me esplicaba su amor hácia tí, cuando tú llegaste.

Caridad sonrió tristemente.—Deja ese cuento, hermana, y cree que mi corazon es una tumba para este secreto; mas te pido de rodillas ¡por mi pobre hermano que tanto te ama! que repares tu ligereza. Piensa en lo delicado de tu posicion, la mancha indeleble que cae sobre nuestro honor, el ridículo de que es víctima la familia, la desesperacion de José, su muerte, tal vez, y desvanece quimeras que te abruman: no sois ricos, pero ¿crees que el dinero da la felicidad?

—Caridad,—dijo Laura con acritud,—ya me cansan tantas consideraciones: eres muy jóven para dar lec-

ciones de moral, y sobre todo, cuando es muy fácil que tú las necesites. Puedes decir á José lo que te parezca, pero sobre todo, no quieras imponerte á mí, porque tengo edad para marchar sin andadores, y no seria muy airoso para mí estar bajo tu tutela.

—Dios me guarde de tal pretension; comprendo que eres libre, y si me he permitido darte un consejo, ha sido por vuestro bien.....

—Caridad,—dijo José entrando, con rostro ceñudo, —¿quién hablaba contigo anoche?

La pobre jóven miró á Laura con angustia y no contestó.

—¿No oyes?....

—Hombre,—dijo Laura con serenidad,—la asustas, ya lo dirá.

Caridad empezó á llorar.

—Mira, José, yo te lo diré; ese jóven..... me lo acaba de decir..... es Eduardo Enril, el hijo de ese propietario tan rico.....

—¿Y por qué no hablabas de dia y no de noche, y en el jardin, para que tu reputacion padezca? ¿no sabes lo delicado que es aventurar un paso así? yo no me opongo á que te fijes en un hombre honrado y que hables como Dios manda, pero ¡esas locuras nunca! Puedes decírselo de mi parte.

—Yo le hablé anoche por última vez,—dijo Caridad.

—De manera, que el señorito no podia haber escogido otra hora para ultimar relaciones; ¡voto va! hermana, que no te conozco. Sin comprender que con ese modo de obrar comprometias el honor de tu hermano,

pues empleando el misterio, cabia la duda de que pudiera ser tu hermana y no tú, que puedes hablar á la luz del sol.

La pobre criatura no contestaba; ¿qué podia decir á esas razones tan justas, segun su propia conciencia?

Laura estaba nerviosa y no sabia cómo dar fin á aquella conversacion.

—José, ya dice Caridad que acabó eso. No le hables mas; esto se ha concluido.

José era bueno y amaba á su hermana; volvió la espalda y salió, pero ya en la puerta miró á Caridad.

—¡Que sea la última vez!—dijo severamente, y se retiró.

—Por fin,—dijo Laura con enojo,—esto es peor que oir un sermon diario.

Caridad se levantó y se fué á su cuarto.

Desde este dia podia decirse que las dos cuñadas habian roto las hostilidades; sus relaciones eran cada vez mas tirantes. José lo notó.

—¿Estás enfadada con mi hermana?—preguntó un dia á Laura.

—¡No la puedo sufrir! no sé qué tiene conmigo, mas te aseguro que estoy padeciendo mucho;—y la taimada llevó el pañuelo á sus ojos secos.

—Pero, ¿qué pasa?

—Nada y mucho: si le digo que vamos á salir, dice que está mala; si le pregunto qué tiene, se niega á contestar; siempre fria conmigo, siempre echándosela de mártir en casa; ¿es esto razon? ¿qué le hago yo? ¿no debia estar agradecida?

—Tienes razon, mujer,—dijo José, informado de aquella intencionada manera;—y como esto no se corrija tendrá que sentir.

A los cuatro dias de esta escena, José volvió á su casa mas temprano que de costumbre; al llegar á la esquina vió al jóven en cuestion, que andaba de prisa: y en breve desapareció de la calle. José se irritó, llegó á su morada y llamó á Caridad.

—¿Estabas hablando con el de la otra noche?

—¡Yo, no!—dijo la infeliz, pálida y temblando.

—¿Cómo te atreves á negar? yo lo he visto, y en el momento de verme él poco menos que ha corrido; ¿soy yo un juguete?

Laura se puso encendida.

—¿Te has creido que vamos á servir de risa por tus locuras? pues te aseguro que sabré meterte en cintura, hipócrita; despues que no te se puede resistir con tus dengues y que mi mujer es tan prudente que aguanta tus impertinencias.....

—Hombre, ¡por Dios!—esclamó Laura con tono conciliador.

—No hay hombre que valga, esto no queda así.

—José,—dijo Caridad, levantando su hermosa cabeza que habia tenido inclinada sobre el pecho;—comprendo todo lo que me dices, los disgustos que habeis pasado por mí, mis impertinencias..... todo, y os pido perdon, pero desisto de tu tutela, hermano; á Dios gracias tengo trabajo, y no debo estar mas en una casa cuya tranquilidad he alterado.

—¿Qué locura dices?—dijo José alarmado.

—No

—No es locura, hermano, yo comprendo que el carácter de tu mujer y el mio no son para vivir juntas; no es justo que la paz del matrimonio padezca por mí.....

—De ningun modo te irás ¿lo oyes? quieres vivir con libertad ¿verdad? pues antes que te vea perdida, te mato.

—José, ¡por Dios!—dijo Laura asustada.

—Nada, la mato antes.

—José,—dijo dulcemente Caridad,—no pienso hacer ninguna locura, te lo juro por la memoria de mi santa madre. ¿Estás seguro de que no faltaré á este juramento sagrado?

—Sí,—dijo José conmovido;—te creo, ¿pero á qué ese empeño?

—Yo pienso vivir honradamente y quiero vivir sola..... por las razones que te he espuesto. No tengo otras. Juana me buscará una pequeña habitacion con una buena familia y vivirémos todos en paz. Tú no puedes darme nada mas que tu casa, y en ella, ya ves que por mí, se acabó la calma; déjame, te lo suplico.

—¡He dicho que no!—dijo José con firmeza;—no se hable mas de esto;—y salió.

Caridad entonces se llegó á su cuñada.

—Laura,—dijo con el rostro encendido,—ya ves en qué posicion me has puesto; yo hice una obra de caridad echando sobre mí tu culpa; pero esto se ha repetido, yo perderia mi opinion por seguir escudando la tuya, y he decidido salir de esta casa, pues tú y yo somos incompatibles.

—Pue

—Puedes salir cuando quieras, al menos por mi parte,—dijo Laura mirándola con descaro.

—Pues tú que sabes arreglar tan bien tus asuntos, puedes interceder por el mio,—dijo Caridad con tono insultante.

—Tú lo verás,—dijo Laura levantándose con ira,—te aseguro que saldrás hoy mismo;—y fué donde estaba su marido.

—¡José!—dijo llorando de soberbia;—ó tu hermana sale de casa ó salgo yo.

—¿Qué dices, mujer?

—Que no tolero ya mas tiempo me insulte semejante persona.

—Pero, ¿qué ha pasado?—dijo el pobre hombre, lleno de angustia.

—Es una infame y ha tenido valor de decirme que Eduardo ha paseado por mí.

—¡Ha dicho eso!—dijo José con las facciones alteradas;—cuando yo mismo la encontré en el jardin. ¡Caridad!—dijo gritando como un loco;—¡has tenido valor para ofender á tu hermana de una manera que no te creí capaz... y no cabes con nosotros: tú querias irte y haces bien: no cabes en una casa honrada. Vete, sí, vete, y pronto, que no piense en tal calumnia, pues te mataria.

Caridad levantó los ojos al cielo.—Hermano!...

—¡No soy tu hermano! ¡Vete! y haz cuenta que no nos conocemos. Ven, Laura, ven.—y se encerró por dentro con su mujer.

Juana, entretanto, sostenia á la infeliz jóven que estaba próxima á desfallecer.

—¿Por

—¿Por qué callas, hija mia?

—¡Oh! Juana, ¿qué haré?

—Pero ¿es verdad que estabas en el jardin?....

Caridad pareció que no la habia oido.

—Búscame una casa corriendo... por Dios que no me encuentren aquí...

—No te apures, hija, esta noche dormirás en casa de una conocida y despues yo te buscaré casa: lo principal es que no te falte trabajo:—y las dos mujeres salieron apresuradamente.

. . . . . .

Entre tanto, José, pasado su primer arrebato, salió con los ojos llorosos y encendidos.

—¿Y Caridad?—preguntó á Juana.

—La señorita ha salido hace un rato para no volver!—dijo tristemente.

José al oirlo, cayó en una silla, tapándose la cara con las manos.

. . . . . .

CAPÍTULO VI.

Una mujer cómo hay muchas y una pobre jaula embellecida por su dueña.

Cuando Jaime salió de su casa, dejando á su mujer llena de pena por su mala conducta, se dirigió á un estremo de la poblacion, hácia la calle de Carretas: allí sacó del bolsillo una llave, se llegó á una casilla de humilde apariencia, entró la llave en la cerradura y abrió la puerta.

—¿Quién es?—preguntó una voz de mujer.

—No te asustes, Quima—dijo Jaime, cuya voz se habia suavizado hasta el punto de parecer otro,—soy yo—y entró volviendo á cerrar por dentro.

Una mujer jóven, de buenas carnes, mas alta de lo que parece bien en una belleza, con ojos no muy grandes, pero graciosos y picarescos, bastante morena, de muy buen color y sueltas maneras, salió á recibirle.

—¡Cuán

—¡Cuánto tiempo esperándote!—dijo con una mirada llena de intencion.

—¡Ay Quima! bien quisiera estar siempre contigo; algun dia llegará.

—¿No has comido?

—Sí... ¿y tú?

—Tambien.

—Toma—dijo Jaime, sacando tres pesetas,—se me olvidaba, no pases hambre; eso me disgustaria mucho.

—Con tal que vengas, aunque pase, no me importa.

—¡Si fuera rico!... por tí es por lo que siento estas miserias; pero los jornales no dan para más: se mata uno trabajando, y luego... nada... no alcanzan mas que á lo preciso. Otros, en cambio, disfrutan de todo: la verdad es que en el mundo está todo muy mal repartido: ¿por qué han de poder llevar otros sus mujeres sin que les falte cuanto quieren, y yo he de contentarme con mal comer?

—Deja, Jaime—dijo Quima, rodeando su cuello con coquetería—deja, que dia llegará en que seamos todos iguales: ahora no te ocupes mas que en querer á tu Quimeta, que vive solo por tí...

. . . . . .

Hacia dias que Caridad estaba instalada en su nueva casa, y Dolores la veia con frecuencia, pues las dos mujeres habian simpatizado: el pequeño Pedro se escapaba de su habitacion para ver á su nueva amiguita. El cuarto de Caridad estaba desconocido: Juana le habia llevado cuantos objetos la pertenecian; su camita, tan blanca como la conciencia de la dueña,

estaba colocada en el sitio mas ancho: al lado la compañera inseparable de la jóven, la Vírgen de la Misericordia, que no abandonaba nunca y que habia escuchado todas las plegarias de su madre; un poco mas allá una modesta mesa de pintado pino y sobre ella un espejo de dos palmos en cuadro, una caja con dos peines, un cepillo de dientes, otro de ropa, una almohadillita con alfileres y agujas y algunas horquillas: al lado de la mesa un clavo sosteniendo una toalla de hilo grueso pero limpio, y al de la cama una silla de pino como la mesa: enfrente una percha cubierta con una cortina cuidadosamente corrida para que no se empolvasen las ropas de ella suspendidas, un cofre y tres sillas más simétricamente colocadas; en la parte baja de la habitacion habia un jarro y un vaso, un hornillo, una capachita con algunos carbones, un puchero, una alcuza, unas tenazas, dos cazuelas, y dos ó tres cacharros mas: ypara completar la ilusion de su casa, Caridad tuvo la coquetería de colgar una cortina del techo en la parte baja de él y antes de llegar al estremo, de modo que habia aislado los inocentes bártulos y convertido en cocina aquel nuevo departamento. En cuanto á la ventana, estaba adornada tambien por cortinas de muselina blanca, recogidas con la mayor gracia con un lacito color rosa, y el tejadillo que la servia de antepecho ¡oh! aquello era ya el colmo del lujo y del esplendor; estaba en él una hermosa maceta de claveles, ostentando orgullosa tres de sus preciosas flores, que su encantadora dueña habia tenido el cuidado de atar con unos hilos

sujetos por clavos para preservarlas de alguna inconveniencia de los moradores de esos sitios; tenia además dos pequeñas macetas de pensamientos y un lindo heliotropo. En una palabra, el lujo tan ajeno, y cuando no lo es, tan pernicioso al que no tiene, estaba en la pobre habitacion sustituido por una pulcritud, un aseo y un órden que la hacian mas agradable que muchas otras en las que, si se ven muebles ricos y suntuosos, no acusan en ninguno de sus detalles que el dueño rinda culto á lo bello y á lo bueno.

Caridad se consideraba en medio de su pobreza muy feliz, ¡completamente feliz! era dueña de todo: tenia salud, trabajo, una conciencia tranquila, un corazon sano, poseia un lindo albergue y hermosas flores, ¿quién se podia comparar con ella? No sentia envidia ni era envidiada; ¿podian presentarse muchos con tales condiciones?

CAPÍTULO VII.

Un amor sospechoso.

Caridad habia salido del trabajo, eran las seis de la tarde; compró algunas provisiones y se encaminó á su guardillita alegre como un pájaro;—hoy Pedro va á estar muy contento—pensaba—le llevo unos caramelos y el pobrecillo no sabrá qué hacer—y con estos pensamientos no reparó en un hombre que la seguia. Mas éste viendo el poco caso que Caridad hacia de su persona, antes que llegara á su calle, adelantó hasta ponerse á su lado. Caridad levantó sus hermosos ojos y palideció.

—¿Qué quiere V.?—dijo con voz trémula.

—Hablarla, Caridad, solo suplicarla que me escuche: V. ha recibido una carta mia y he pasado largos dias con la esperanza de una contestacion, pero inútilmente, ¿seré tan desgraciado que no la merezca?

 —No

—No sé cómo esplicar á V. – dijo Caridad con un tono fino y satírico – lo que me admira su conducta: creí que se hallaria V. completamente satisfecho del fruto de sus maniobras y no tendria la osadía de mortificarme con una impertinencia.

—¡Señorita!—dijo Eduardo pálido – esas palabras son demasiado duras y no creí nunca de su boca...

—Es estraño que crea V. tan inocente su conducta, cuando no le debo mas que graves disgustos y el haber perdido por su causa la proteccion de la única persona que me amaba en el mundo, ¡de mi hermano!

—Tenga V. la seguridad que desde el momento en que comprendí su situacion, no he dejado de pensar buscando la manera de reparar mi falta, y por esto mismo la suplico me escuche.... yo la amo, se lo juro, y sabré probárselo de la manera que usted crea mas conveniente.

—Gracias—dijo Caridad dulcemente – yo agradezco sus intenciones; pero no sé mentir, y como no le amo, seria indigna de mí misma, que me estimo en mucho, si faltara á la verdad, por el interés de alcanzar una posicion. ¡Dios me libre! soy jóven y tengo fé y salud, y no me falta fuerza de voluntad, puesto que trabajo y me gano el pan de cada dia sin fijarme en mi posicion de ayer: el que vela por todos y cuida de la subsistencia de la más débil de sus avecillas, ¿dejaria de mirarme con ojos de misericordia?

Eduardo bajó la cabeza y parecia reflexionar. Luego miró á la jóven de un modo supremo.

—Caridad, ¿qué mágia tiene su acento que de este modo me ilumina y me hace ver las cosas de otra manera que hasta hoy? es que la amo como nunca amé, ó que sus acentos son los ecos de la virtud mas pura; una palabra suya me ha hecho conocer mas que muchos libros leidos en largos años: no me ofendo por la dureza de sus palabras; pero no me quite usted la esperanza de que pueda llegar para mí un dia venturoso. V. es una noble y valiente jóven, pero no sabe lo que es la necesidad de todos los dias, de todos los momentos; su juventud se marchitará, y el desaliento la rodeará en breve.

—Y bien, caballero, ¿qué puedo hacer despues de la situacion en que gracias á V. me encuentro con mi hermano? ¿cree usted que no pienso con miedo en el mañana? pero, si he aceptado con valor mi suerte y he puesto sobre mí la falta de otros, ¿quiere usted que admita como compensacion el corazon del hombre mismo que tanto daño me ha hecho y cuyos sentimientos, perdonad mi franqueza, han de ser para mí muy sospechosos siempre?

—Caridad... no soy el primer hombre que ha faltado, y me parece que otros mas graves pecados se perdonan gracias al arrepentimiento: ¿no puedo así á mi vez ser perdonado?

—Tiene V. razon, pero nunca creido por mí; y V. juzgará de mis impresiones, cuando sepa que aquella fatal noche, de la que siempre he de conservar un desagradable recuerdo, esperaba que Laura, arrepentida de su ligereza, por no decir su crímen,

 me

me hubiese hablado con sinceridad; mas no fué así, quiso vindicarse á mis ojos, y me dijo que usted me amaba, cosa bien inverosímil y ridícula. Así se lo dije, y se ofendió; despues... V. sabe que á pesar del amor que me profesaba, estaba en inteligencia con ella, y yo he tenido que salir de la casa gracias á su calumnia; y apenas trato de retirarme de allí, usted me repite, como ella, que me ama; ¿serian ustedes capaces de que siguiera la comedia hasta lo último, y que gracias á mí, los obstáculos desaparecieran para ustedes, aunque yo fuese víctima, como ya lo es mi hermano? V. comprenderá que los sentimientos de mi corazon para Vds. no pueden ser ni de amor (eso nunca) ni de benevolencia; por lo tanto, le suplico encarecidamente no se cruce mas en mi camino; conténtese V. con el mal hecho, y no quiera que una pobre mujer huérfana, pobre y desamparada llore siempre el haberle conocido.

—De modo—dijo Eduardo con acento sombrío—que no hay medio humano de vindicarme á sus ojos?

—El pasado, imposible; el porvenir ¿quién sabe?

—Pero si usted ve que mi amor es sincero, que yo no vivo ni amo á nadie mas que á V., ¿podria alimentar alguna esperanza?

—Le repito á V., que hoy cada insistencia suya se me hace mas sospechosa; pasando el tiempo tal vez mis opiniones respecto á este asunto varien; es lo único que tengo que hablar sobre el particular—y saludando con dignidad á Eduardo se alejó con viveza de aquel sitio.

Eduardo la miró, y la siguió con la vista hasta que desapareció.

—Es la primera vez que una mujer se me ha resistido... y me gusta sériamente! es una criatura hechicera, llena de virtud, de talento, de gracia!!! ¿Si estaré enamorado en sério? ¡diablo! es cosa para pensarlo, porque este parece un enemigo que, como los duendes, entra sin saber por dónde. Esa dichosa Laura me ha fastidiado, ¿qué haré?.... pondremos sitio á la plaza y veré si con paciencia rindo al enemigo— y meditando sobre el particular se fué hácia la Rambla, donde estaba citado con dos ó tres amigos.

CAPÍTULO VIII.

Una escena matrimonial poco edificante.

Entre tanto, Caridad arreglaba en su pequeño domicilio, la modesta comida que habia traido para que le sirviese de cena.

—Es lo que me entristece—pensaba—estas horas del oscurecer son de por sí melancólicas, estando tan sola como yo estoy: de seguro que mi pobre hermano se acordará de mí: si mi madre levantara la cabeza... cuánto lloraria al verme trabajar todo el dia para ganar una peseta: ¡cómo ha de ser!.... voy á encender luz; no quiero estar triste: ese dichoso Eduardo tiene el privilegio de ponerme de mal humor—y Caridad fué arreglando y disponiendo su cena: despues echó agua de un cántaro en un jarro y regó sus claveles y sus pensamientos, cerró la ventana y se dispuso á cenar. Un tremendo portazo la hizo levantar sobre-

saltada,—¡Jesús, qué susto! parece la puerta de al lado—despues escuchó la voz de Jaime que parecia un trueno. Dolores lloraba... Pedro llamaba á su madre... —¿Qué será, Dios mio, iré?—Pero en aquel momento la voz de Dolores llegó mas clara á sus oidos pidiendo socorro... no vaciló mas, tomó la luz y salió temblando de su cuarto. La puerta del de Dolores estaba cerrada y se detuvo, pero oyó otra vez una palabra de la infeliz, y adelantando con resolucion golpeó la puerta con fuerza.

—¿Quién es?—dijo Jaime colérico; pero antes que Caridad contestase, el pequeño Pedro alzó el picaporte y la jóven penetró en la triste morada de su infeliz amiga: la pobre mujer estaba tendida en el suelo y Pedro lloraba á su lado.

—¿Qué quiere V., quién la ha llamado?—preguntó Jaime con su brutal tono de costumbre.

Caridad levantó sus hermosos ojos llenos de lágrimas hácia aquel hombre infame, y con su tono dulce y grave á la vez, le dijo mirándole fijamente:

—Los hombres honrados no pegan á las mujeres.

—Esa mujer me dá motivo—contestó con rábia—y yo hago en mi casa lo que quiero, ¿lo entiende V.?

—Entiendo—dijo Caridad sin turbarse—esta mujer está enferma, es la madre de vuestro hijo y es mejor que la abandone V. y no que la mate; por el primer camino tiene V. libertad, por el segundo es fácil que tropiece con el presidio.

Jaime levantó el puño con ira—Pedro!—dijo con su voz de trueno—dile á tu madre cuando se le pase la

mona, que no la encuentre mas, que se vaya, si no quiere llevar la última paliza!—y sin mirar á Caridad volvió la espalda y se dirigió á la calle.

Caridad entre tanto se habia arrodillado junto á la infeliz y le hacia oler vinagre... abrió los ojos por fin y miró con espanto á su alrededor.

—No hay cuidado—dijo Caridad cariñosamente—está V. sola conmigo.

—¡Pero vendrá!—dijo con ansiedad.

—Madre!—dijo Pedro abrazándola—él ha dicho que nos vayamos.

—No, niño—dijo Caridad—ha dicho que se vaya tu madre.

—Bueno!—dijo el pequeño con esa filosofía de los niños—mi madre es lo mismo que yo.

Dolores se levantó y se apoyó en el brazo de la jóven.

—¿Qué hago? no tengo familia ni recursos, conozco que estoy muy enferma...

—Véngase V. conmigo, Dolores.

—Hija mia, es usted pobre como yo,—dijo la infeliz llorando.

—¡Bueno! Dios nos abrirá camino; por de pronto hay donde meterse—y acompañó á Dolores hasta la guardilla y la dejó sentada con el mayor cuidado.—Ahora, Pedro, ven, es preciso que trabajes como un hombre antes que venga tu padre.—La criatura se puso en pié.

—¿Nos venimos aquí?

—Sí, hijo mio, es preciso traer todo lo de tu madre

y tuyo—y con la ligereza de los pocos años, en algunos momentos habia trasladado las camas y los demás enseres de la madre y del hijo: despues hizo la cama de la pobre mujer.

—Vamos, Dolores, es preciso que se acueste V. en seguida.

—Caridad, no sé qué me sucede; yo no he debido admitir este ofrecimiento, es demasiado, V. es muy pobre, y sobre todo, yo estoy muy enferma, ya vé V., mi marido no puede sufrirme!

—Yo no pienso como su marido; no hablemos mas de esto, Dolores, se lo suplico: déjeme V. el placer de hacerle este pequeño servicio.

—Sí, madre, mejor estamos aquí.....

—¡Calla, Pedro! desventurado niño, tú no comprendes todo lo triste de nuestra posicion!—y Dolores lloraba amargamente.

—¿Cómo es preciso que la pida á V. que no llore? Vamos, amiga mia, se lo ruego, acuéstese V., no piense en nada, viviremos contentos, sí, yo no tengo familia, usted y Pedro serán la que nuestro buen Dios me ha deparado—y sin aguardar á mas razones, aquella noble niña, cuya generosidad hacia parecer como un favor hácia ella, lo que realmente no era mas que una caridad ejecutada como Dios manda, con alegría y un deseo nacido del fondo del corazon; aquella niña, repito, desnudó á la pobre víctima de la suerte con el cariño de una tierna hermana, la abrigó perfectamente, y dirigiéndose á Pedro—vamos, niño, tú y yo á cenar,—y se sentó con Pedro á la mesa; ambos tenian buen apetito

y estaban contentos; la cena se acabó pronto. Pedro fué acostado por su amiguita con el mismo cariño que habia empleado con la madre y no tardó en dormirse.

Caridad entre tanto rezaba arrodillada delante de su Vírgen.—¡Gracias, Madre mia—decia,—estaba triste y me creia tan sola... pero he podido hacer una obra de caridad, y mi corazon rebosa de alegría! ¡qué placer se siente cuando se obra bien, y cuántos bienes derramais sobre mí! ¡gracias, Vírgen María, gracias!

CAPÍTULO IX.

Una triste libertad.

A la siguiente mañana, Jaime antes de irse al trabajo subió á su casa; la puerta de la habitacion estaba cerrada, pero con la llave puesta.

Jaime dió la vuelta á la llave y entró: la habitacion estaba desierta, la recorrió toda y en la alcoba encontró un cofre, y lo abrió: su ropa estaba intacta y cuantos objetos le pertenecian.

—¡Pues, señor!—se dijo—esto ha pasado mejor que creí. ¿dónde se habrán ido?—pero como si contestaran á su pregunta, la voz de Pedro se dejó oir en la guardilla inmediata.

—Vamos, están con la vecina remilgada de anoche; bueno; pues que me esperen sentados—y tomando el cofre con sus robustos brazos se lo puso en el hombro y bajó la escalera haciendo resonar sus gruesos zapatos con sus fuertes pisadas.

CAPÍTULO X.

Dos corazones gemélos.

Caridad entre tanto se arreglaba para irse tambien á casa de la modista. Dolores se sentó en la cama: su pálida tez hacia resaltar su natural blancura y la asemejaba á una estátua: parecia que la sangre no circulaba en aquel cuerpo, ó que la vida la habia abandonado. No era Dolores una mujer llamativa, pero su belleza debia haber sido en sus buenos tiempos distinguida, por decirlo así, y para apreciada por otro hombre no tan brutal y grosero como su marido: su carácter armonizaba con su tipo: era afable, dulce, sufrida y de tiernos sentimientos, y sus facciones tenian una correccion admirable, mas á propósito para modelo de un artista que para llamar la atencion á las gentes entre quienes habia vivido, pues era muy blanca y naturalmente pálida, palidez aumentada hasta hacerse ca-

davérica, gracias á la vida terrible que habia llevado, y ni en sus ojos azules y su cabello rubio claro, ni en lo regular y acabado de sus facciones habia esa vivacidad, ese gracejo picaresco de que tanto gusta la que hemos dado en llamar gente del *bronce*.

En el momento que Caridad se disponia para su trabajo, Dolores estaba como digo en la cama.

—¡Vamos!—dijo la jóven,—es una locura que se levante V. hoy: Pedro se quedará al cuidado de lo que ocurra,—¿verdad que cuidarás á mamá?

—¡Sí! yo la cuido—dijo el pequeño que tomaba en aquel momento un enorme pedazo de pan con manteca que su amiguita, como él la llamaba, le habia preparado.

—Yo no puedo estar en la cama,—dijo con voz apagada la enferma,—necesito trabajar por mi hijo.

—No hay que pensar en eso, Dolores, vamos, es preciso ser razonable, está V. delicada y todo por falta de carácter;—¿por qué no vivia V. sola con su hijo y no se dejaba matar así?

—¡Ay, Dios mio! ¿dónde hubiera ido? ¿crees que es tan fácil encontrar trabajo?

—Ya verás—dijo alegremente Caridad al ver que su nueva amiga la trataba con familiaridad—cómo te lo encuentro; vamos á vivir como hermanas: no te asustes por nada: por de pronto queda convenido que nos tutearemos, despues entraremos en la cuestion de trabajo.

Dolores se sonrió;—¿pero no ves que tu casa es pequeña para todos?

—La casa se agrandará porque la voluntad lo agranda

todo: no quiero pensar que por una triste peseta te hayas sometido.....

—Eres muy jóven; si hubieras tenido un hijo ¡oh Dios mio! he sufrido tanto por él; es verdad que era una peseta, pero tenia casa, estaba recogida y yo apenas podia trabajar, pues me encuentro enferma... ¡verdaderamente enferma! ¿qué hacer? no tengo nadie que mire por mí y al menos mi pobre Pedro no sufria hambre; ¡ay, amiga mia, no sabes cuán terrible es la miseria! yo la he sentido por mi hijo, solo por él siento; yo estoy ya insensible á todos los dolores del cuerpo, estoy acostumbrada á padecer, pero su suerte, su poca edad, ¡eso es lo que me mata! ¡por él sufria! ¿Qué me importaban á mí los malos tratamientos, la vida horrible que he arrostrado sin murmurar, si al cabo del dia podia disponer de una peseta con que satisfacer sus necesidades? ¿Crees que si yo pensara que mi pobre Pedro seria tratado con blandura, no iria á esa mujer que me arrebata mi marido y mi pan, y le suplicaria de rodillas por mi hijo? pero mi corazon me dice que esa mujer le mataria si pudiera: no quiere á Jaime tampoco, pero él se sacrifica por ella, y como ella sabe que el único obstáculo que lo detenia era su hijo... De mí tiene completa seguridad—añadió con amarga sonrisa—ha intentado llevarse á Pedro, pero este pobre niño—dijo mirándole con una ternura infinita—no quiere estar mas que con la pobre enferma.

—Pues mira, Dolores, tal vez Dios haya dispuesto que mis desgracias me traigan aquí, soy pobre, no tengo mas que mi trabajo; pero no te apures, tienes casa,

y mientras que estés delicada no consentiré que trabajes: despues yo misma te traeré costura; no necesitas dejar á Pedro, pues sabes coser, y aquí, al lado de la ventanita, junto á mis flores y á tu hijo, trabajarás lo que puedas, y verás qué felices vamos á vivir; yo no tengo familia, tú serás mi hermana mayor, y Pedro.....

—Yo seré el hermano mayor—interrumpió Pedro gravemente.

—Dichosa edad—dijo tristemente Dolores,—tiene el privilegio de dorar hasta la muerte.

—¿Quién habla de muerte?—dijo Caridad con pena—vamos, me voy, no se haga tarde.—Pedro, cuidadito con que tires el hornillo, ¿ves esa agua? es para que mamá tome un huevo cocido; cuando veas que hace gu, gu, gu, avisa, ¡vamos, Dolores! aquí tienes un huevo en este capachito, ¡adios! hasta la tarde que traeré provisiones, si Dios quiere!—y salió con la sonrisa en los lábios y alegre como los pájaros en la estacion de las flores.

CAPÍTULO XI.

El castigo en la culpa.

Cuando Jaime salió de su casa con el cofre á cuestas se encaminó á la de su querida.

—¿Qué es eso?—dijo Quima al verle entrar.

—Que me encontré la jaula vacía; mi mujer se ha ido con el chiquillo y me han dejado el cofre con mi ropa.

—¿Y dónde están?

—Oí á Pedro en la guardilla de al lado.

—Pero bien, ¿tendrás que mantenerlos?....

—Puede que á mi mujer le dé por trabajar.

—Trabajar!—dijo Quima con ironía—le vá bien así; pero, Jaime, date prisa, es la hora de entrar en la fábrica.

—Es verdad,—cuando estoy junto á tí no me acuerdo de nada; adios, morena de mis ojos, cuidadito lo que haces en el obrador.

—¡Po

—¡Pobre de mí! ¿qué puedo hacer mas que quererte?

Jaime salió y Quima se sentó pensativa en una silla.

—Ya estoy harta de miseria—dijo con mal humor —y no sé cómo salir de ella; no se puede jugar con Jaime, pero ¡si yo pudiera obligar á D. Timoteo!.... en fin probaremos; si pierdo mis mejores años ¿qué he de esperar despues? pues al negocio; dicen que la fortuna es de los audaces:—y levantándose con resolucion, arregló sus negros cabellos, y se colocó en la cabeza con toda la coquetería imaginable un pañuelo de seda color de fuego, que hacia resaltar agradablemente el color moreno de su cara y sus hermosos ojos negros, negros como su conciencia pecadora.

Quima salió, cerrando la puerta, y anduvo de prisa por infinidad de calles que la alejaban de la fábrica de Jaime y de su obrador.

Cuando llegó á la última del Paseo de San Juan, entró en una magnífica casa, cuya soberbia escalera indicaba la opulencia de sus moradores.

Quima vaciló y miró el número; pero en el momento de este exámen, un hombrecillo que la observaba, salió de la portería y se encaminó hácia ella.

—¡Tú por aquí!—dijo el vejete con todo el aire de importancia que su posicion requeria.

—¡Señor Bruno!—contestó Quima con una alegría tan natural, que el viejo la miró con toda la benevolencia que sin desdoro de sus funciones le era posible dispensar.

—¡Entra, buena pieza'—dijo el señor Bruno, dando

un golpecito en la espalda de su, al parecer, antigua conocida.

—¿Está V. solo?

—Como un viejo, hijita; pero siéntate... ¿qué ocurre?

—¡Ay, señor Bruno, soy muy desgraciada!—y Quima sacó un pañuelo del bolsillo y le aplicó á sus ojos.

—¿Qué te sucede?

—Ya V. sabe, que el señor Timoteo.....—dijo Quima bajando sus hermosos ojos, que parecieron iluminar como dos luces su moreno semblante.

—Sí, ya estoy enterado..... desgraciadamente he tenido que mediar en las persecuciones de mi amo.

—Pues como iba diciendo: mi tio, no sé por dónde se ha enterado, y dice que me matará como no le diga quién es: está furioso, y quiere darle una paliza á él, á mí, y á todos los que se hayan interesado en mi perdicion.

—¡Diablo!—exclamó el señor Bruno alarmado—y el hombre tiene una facha atroz; un pedazo de animal capaz de hundir de un puñetazo una puerta.

Quima volvió á arrimar el pañuelo á sus ojos: el señor Bruno se levantó y miró á la calle. Era un hombrecillo pequeño y raquítico, de fisonomía maligna, de largas narices y labios enjutos; usaba un enorme gorro de algodon negro, porque la ausencia completa de su cabellera le obligaba á esta necesaria precaucion: llevaba un enorme leviton, que no se podia dudar no fué hecho á su medida, segun lo holgado de cuerpo y largo de mangas que le estaba, y su buen humor era siempre tan escaso, como su cuerpo para el

traje: el señor Bruno padecia de graves ataques de bilis, que le tenian amargado media semana, y cuando se creia ya libre de su plaga, venia el segundo ataque á recordarle habia de morir tan amargo como habia vivido.

Precisamente aquel dia era uno de los mas tranquilos de su vida, y la visita de Quima no habia dejado de alegrar al viejo,—¡tenia unos ojos tan negros la picarilla!!

—Conque, dime, hijita, ¿qué peligro nos amenaza?

—No sé, señor Bruno; pero como mi tio es así, tan...

—Tan animal, no te detengas.

—Le ví uno de esos cuchillos enormes.....

—¡Un cuchillo! —esclamó el señor Bruno como apuntando en su memoria ese dato.

—Despues—continuó Quima,—me dijo con su terrible voz: He visto una vision por aquí.

—Una vision—interrumpió el viejo,—¿á quién se referia?

—A V. cuando me llevó el recado ....

—Es muy grosero—dijo el señor Bruno, como si fuera el segundo dato.

—Pues como decia, me encargó que no mirase á nadie, so pena de morir; que no hablase con nadie y que le dijera quién era mi amante, y qué me habia llevado el hombre que habia en la calle. Yo le negué que hubiese hablado con V. y todo lo demás; pero es el caso que una vecina se lo ha dicho todo, y yo antes que me asuste otra vez, he venido á ver á D. Timoteo: usted puede proporcionarme que le hable para ver qué

puedo yo hacer: no se me ocurre ni espero mas que una desgracia, y estoy temblando...—y Quima suspiró como una mujer verdaderamente apesadumbrada.

—Pues, señor, buena la hemos hecho; se lo decia siempre.... ¡Señor, no se meta V. en mas historias! ¡bastantes trapicheos hemos tenido en el mundo! ¡Pero nada, siempre igual!! y ahora pagarán unos por otros, porque ese hombre celoso de su sobrina, enfurecido, si sabe..... es capaz de matarle, y..... mira, Quima, aguarda aquí, ten cuidado de la portería: yo voy á explorar el terreno, —y el señor Bruno pasó un cepillo por su leviton, arregló el lazo de su corbata y empezó á subir lentamente la régia escalera de la morada de su amo.

CAPÍTULO XII.

Un viejo verde.

Era D. Timoteo Garquilla, un hombre de 60 años, pero se le podian echar los 70, sin escrúpulo de ninguna clase.

Estremadamente grueso y de un color tan arrebatado, que se adivinaba en él al hombre dedicado á los placeres de la gula, sin olvidar los de Baco, D. Timoteo era el heredero ó *hereu* de una riquísima familia catalana. Su juventud habia sido borrascosa, pero nunca hasta el punto de comprometer su caudal: el señor D. Timoteo era en eso hombre prudente y precavido, y sus conquistas y sus excesos no habian pasado de la mas prosaica vulgaridad: no tenia un paladar muy delicado respecto á virtudes, efecto de la sociedad especial en que vivió la mayor parte de sus años, y jamás se le ocurrió casarse, porque como decia él, el hombre

rico lo tiene todo: ¿para qué forjarse cadenas? á él le querian siempre, tenia buenos patacones, y esta era su familia; la mujer y los hijos son siempre estorbos: con tan escelentes máximas, el señor Garquilla se convirtió en objeto esclusivo de su cariño, y sobre el que tenia á su persona no escedia nada: es decir, se hizo terriblemente egoista.

Bruno era su único afecto y su único cariño, si cariño se puede llamar al pedazo de pan que se le arroja al perro que tenemos por nuestra utilidad ó nuestro capricho. Bruno era el confidente de siempre, el depositario de todos los devaneos del amo, el que le desnudaba, el que le vestia y el que desempeñaba el cargo de portero, para vigilar mas los entrantes y salientes de su casa.

Hacia seis años que la única hermana de D. Timoteo habia quedado viuda y sin hijos, y como las costumbres de Cataluña obligan al mayor, ya que se queda con casi todo el caudal, á que mantenga á los desvalidos de la familia, en este concepto la hermana habia ido á vivir con él.

No fué esto muy del gusto del primero, y para no ser molestado, habia tenido buen cuidado de colocar las habitaciones de Rita su hermana bastante distantes de las suyas: solo la comida y alguna que otra necesidad les obligaba á reunirse. D.ª Rita era mujer que no hablaba media docena de palabras al dia: apenas podia saberse de qué color eran sus ojos, porque casi siempre los tenia bajos, y tan delgada como su hermano grueso; su severidad de costumbres, sus rezos y sus

ideas eran completamente opuestos á los de su hermano; los dos se conocian, se sufrian, se aguantaban y toleraban con pena; pero podia decirse lo que de aquellos: «vivian sin tratarse, y morian sin amarse:» eran dos polos, por mas que en ninguno de los dos hermanos hubiese una mira, una idea ni un rasgo que fuesen dignos de elogio: dos vulgaridades que seguian distinto camino: ella pretendia el de Dios, él se habia conquistado el del diablo.

Cuando Bruno entró, D.ª Rita y D. Timoteo, cada uno en un estremo de la mesa, estaban en los postres del almuerzo. D. Timoteo tenia una ancha y fina servilleta prendida del ojal, su peluca peinada cuidadosamente, estendidos mechones de su pelo castaño, en forma de bucles al rededor de sus orejas; sus ojos resplandecian, por decirlo así, de la satisfaccion que siente un hombre que ha comido bien y ha bebido mejor, y que no tiene ni otros cuidados ni otros gustos. D. Timoteo estaba satisfecho de la comida, y del buen acierto de la cocinera, y todo habia ido perfectamente hasta la entrada de Bruno en el comedor: esto, que parece insignificante, tenia importancia allí, donde ni el mas pequeño ruido, ni el incidente mas trivial alteraba la calma chicha que reinaba de ordinario en la opulenta casa del viejo sibarita, donde la hipocresía imponia á todos un silencio aterrador.

—¿Qué ocurre?—dijo D. Timoteo mirando á Bruno con la mayor sorpresa. Los ojillos de D.ª Rita se fijaron por un momento en el atribulado portero, y despues se volvieron á su plato.

 —¿Qué

—¿Qué ocurre?—dijo otra vez D Timoteo, examinando á Bruno con atencion.

—Señor, el jóven que vive en la calle de Carretas ha traido un recado, y dice le interesa mucho sepa usted se queda sin trabajo, por si le quiere V. colocar donde dijo.....

—¡Ah! el jóven..... sí es verdad..... ven, Bruno, quita esta servilleta: ven y arréglame estos pantalones: con tu permiso, Rita, tengo un asunto urgente:—y sin esperar contestacion de su hermana se fué, seguido del fiel servidor.

Cuando estuvieron solos en su habitacion, Bruno tomó la palabra.

—Señor, Quima está en la portería.....

—Pero ¿hay alguna novedad?

—Muy grave, señor; aquel gañan del tio se ha enterado de todo... él guarda á la muchacha como á las niñas de sus ojos y trata de averiguar quién es el amante, y eso que no sabe.... su vida está comprometida y viene á que V. la proteja.

—¿Está oculta en la portería?

—Sí, señor.

—Pues llévala por la puerta falsa, y la entras por la escalera escusada que da á mi gabinete: voy entre tanto por la llave: cuidado con mi hermana, con todas las precauciones, y tú quédate de centinela.... ¡anda! ¡anda! dijo el viejo impaciente.

Bruno salió. D. Timoteo se acercó al espejo, arregló su corbata, estiró su blanca camisa y esperó paseándose á su hermosa conquista: una sonrisa de satisfac-

cion vagaba en sus gruesos labios.—Pues, señor, es preciso convenir en que los hombres somos terribles... el tiempo no hace que las pasiones calmen; esta pobre muchacha..... víctima de mi..... veremos qué reclamacion trae.

En aquel momento, Quima apareció por donde don Timoteo habia encargado á Bruno que la trajese. No era ya la graciosa morena de Jaime, cuya risa hacia brotar sus hechiceros ojuelos; era una jóven pudorosa que apenas tenia fuerza para hollar las mullidas alfombras de la espléndida morada, segun la conmocion de que parecia ser víctima. D. Timoteo tomó su mano con la galantería digna de un jóven de veinte años, la colocó en una butaca y se sentó á su lado en una posicion académica.

—No podia figurarme, hermosa Quima, una visita tan encantadora.

—¡Ay, D. Timoteo de mi alma! soy muy desgraciada! —y rompió á llorar.

—Querida niña, no hay que afligirse. Veamos el mal.

—Mi tio está furioso y yo no me atrevo á ponerme en su presencia; quiere que le diga el nombre de mi.....

—Adivino, querida niña, y cada vez estoy mas complacido de tí; has sido prudente, y sobre todo que no te se escape mi nombre... que corresponderé á tu interés, á tu prudencia; y desde luego no cuentes con vivir mas con ese hombre, yo me comprometo á tenerte como una linda palomita en un precioso nido.

 —¡Ah

—¡Ah, señor! yo conozco que no debo aceptar; mi tio tiene razon, pero hay una cosa en mí que no sé cómo llamarla; es un afan, una incertidumbre que despues de luchar conmigo misma tres meses seguidos comprendo que es superior á mi voluntad y superior á todo; en este estado, he recordado sus deseos y sus ofrecimientos, y al oir las amenazas de mi tio, me han precipitado y me obligan á dar este paso imprudente, lo reconozco, á pesar mio—y Quima colocó nuevamente el pañuelo en sus ojos...

—Pues, señor,—pensó D. Timoteo—está visto que soy un hombre temible; mas es preciso compensar en esta cándida criatura todas mis injusticias pasadas; le debo una reparacion y se la daré... ¡caramba, para eso soy hombre de pesetas!

. . . . . .

CAPÍTULO XIII.

La caridad y el amor.

Cuando Caridad salió de su trabajo, invirtió el dinero que habia ganado en comestibles para su nueva familia; pero esto fué el primer disgusto, la primera contrariedad de su vida de obrera; eran tres y apenas tuvo para lo mas indispensable; ¡da tan poco de sí una peseta!—yo que queria comprar un poco de carne para Dolores, ¡no puede ser! Pedro come mucho ¡angelito! está tan saludable que es natural, siempre tiene gana.

Distraida con estos pensamientos, no vió á Eduardo que la seguia de lejos y á Juana que llegaba corriendo hácia ella.

—Mi querida Juana—dijo la jóven tendiéndole los brazos—tú me sigues siempre.

—¡Ay, niña mia! la pena me come, no pienso mas

 que

que en verte, ¿pero qué haré mas que estar allí? no sé coser en blanco, ni puedo trabajar en una fábrica; soy ya vieja; si fuese útil estaria contigo, mas esta pícara necesidad...

—No te aflijas, Juana, yo tambien quisiera tenerte conmigo; pero no puedes figurarte lo que cuesta ganar una miserable peseta que no da para nada.

—Pero pasas falta...

—No, mi buena Juana, sino que Dolores y su hijo están en mi casa, y como está mala y se ha separado del marido...

—¿Qué dices, niña?

—¡Juana! no puedes figurarte! la mataba; ¿cómo querias que no la ofreciera mi casa y lo poco que tengo?

—¡Pero, hija mia, si para tí no tienes! ¿cómo vas á echarte esta carga encima?

—Si no es mas que la casa lo que le ofrezco. Dolores va á trabajar.

—No quiero pensarlo, ¿con que ves, me estoy yo con todo mi disgusto con aquella Laura de mis pecados, por no serte gravosa, y vas á tomar dos personas á quien mantener?

—No hablemos de esto, Juana; tú no sabes aquella mujer lo que padecia, es cosa de dias; pero háblame de mi hermano.

—El pobre cada dia peor; aquella casa es un infierno. Laura yo no sé lo que le ha metido en la cabeza; cada dia se conoce que está mas enfadado contigo.

—¡To

—¡Todo sea por Dios! ¿y no has visto...?

—No, y creo que eso se acabó, por lo que parece que Laura está siempre de peor humor; hace dos dias que me preguntó por tí y me dijo tenia ganas de verte; pero José está muy enfadado, y es ella la que siembra la cizaña.

—Déjala, Juana; demasiado infeliz es José para que piense yo en las desgracias que ella me ha ocasionado; ven á verme el domingo.

—Se me olvidaba; dále esto á Dolores, son ocho reales, puedes comprarle alguna cosa.

—¡Mi buena Juana! tú me regañabas y sin embargo te desprendes de lo poco que tienes... no por Dolores, bien lo sé, por tu niña Caridad... ¡gracias por la enferma y por mí!... estaba triste al ver que no podia llevarle casi nada, y tú me proporcionas esta alegría.

—Si consigo cobrar ya te traeré algo; pero sabes que están tan mal que ya hace dos meses...

—Bueno, Juana, no me detengo mas. ¡Adios! otra vez hablaremos mas—y apretando la mano de la pobre mujer, se alejó con paso ligero.

Juana quedóse mirándola, y cuando la vió desaparecer, limpió dos lágrimas que corrian por su rostro.

—Tan buena como su madre—murmuró—¡pobre niña! su corazon la engaña, no podrá trabajar tanto... y los disgustos la matarán como á mi pobre señora—y Juana iba tan distraida con estos pensamientos que tropezó con un hombre que habia pasado; levantó la cabeza y vió con sorpresa á Eduardo.

—V. perdone—dijo Juana con mal humor.

—No hay de qué, Juana; ¿sería indiscreto si le preguntase por qué llora?

—¡Ay, Dios mio!—dijo Juana, sintiendo correr nuevamente sus lágrimas—tengo muchas penas y usted tiene la culpa.

—Pero, Juana, ¿le pasa algo nuevo á Caridad?

—¿No es bastante ver á la pobre niña ganando su comida con tanto trabajo?

—Lo comprendo—esclamó Eduardo tristemente—no puede V. figurarse, Juana, lo que pienso en ella... le he dicho lo que á ninguna mujer, pero es desconfiada; yo la veo cuando va al trabajo, cuando vuelve, pero esta constancia parece que ni la ve: no sé si me desprecia ó me aborrece... mas yo le aseguro que mis ideas para con ella son santas y puras; y cuando comprendo que está resignada con su suerte, cuando veo el valor con que resiste el infortunio, acostumbrada á otra cosa y ahora sometida á una triste tarea.....

—¡Y si fuese para ella sola!—dijo Juana complacida al oir los sentimientos que abrigaba hácia Caridad aquel hombre á quien ella consideraba un libertino.

—¿Pues qué novedad hay? ¿con quién reparte Caridad su dinero?—preguntó Eduardo con inquietud.

—Es mucho lo que pasa, y conociéndola como yo la conozco temo por ella: una pobre mujer á quien su marido trataba cruelmente y un niño hijo de esta infeliz, al verlos pobres y desvalidos se los ha llevado á su casa, y no sé, pero ella no les abandonará y morirá si se empeña en trabajar para todos: ¿cómo va á sobrellevar tanta fatiga?

—¿Pe

—¿Pero V. no puede aconsejarle?

—Ya lo acabo de hacer, pero sé quién es y será en balde: cuando trató de separarse de su hermano le hice ver á todo lo que se exponia; mas inútilmente; es en esas cosas terca como un aragonés.

—Juana:, ¿no podia V. ofrecerla como si fuera de usted alguna cantidad?

—¡Dios me libre! ¿se cree V. que es tonta? seria lo bastante para que no quisiera ya ni verme: yo á lo que estoy decidida es á decirle á su hermano que esto no puede seguir así: es una lástima, una iniquidad, que por..... en fin,—dijo bruscamente—es tarde, quede V. con Dios—y Juana se dirigió á su casa con visibles muestras de mal humor.

Eduardo se quedó solo, y anduvo maquinalmente como hombre que no tiene objeto alguno.

—¿Qué es lo que me pasa? ¿qué impresion ha hecho esa criatura en mí? yo lo creí capricho ó ilusion producida por su celestial hermosura, y hoy veo que este penar incesante me consume y no me abandona un momento.

—¡Eduardo! ¡chico! vas haciendo visajes como un loco. ¿Cómo te va? ¿tú por estos barrios?

El que así hablaba era un jóven alto de buena figura y vestido con la elegancia mas esquisita: parecia ser mayor que Eduardo, tenia hermosos ojos negros y facciones muy regulares, llevaba la barba cuidadosamente arreglada, y un bigote fino y sedoso agraciaba su simpática fisonomía.

—¡Ramon!—dijo Eduardo, como el que sale de un

sueño—¡qué encuentro! y por estos barrios, te juro que no sabia ni por dónde iba. ¿Cómo te va, querido?

—Bien, amigo mio. ¡pero estás desmejorado! ¿qué te pasa?

—Sí, estoy padeciendo dolores de cabeza hace dias, y no me siento bien.

—Pásate una temporada de campo, y yo te aseguro que te se quitan los males.

—¿Tú has estado mucho tiempo?

—Medio año, pero ¡es delicioso! una libertad encantadora; aires puros y sanos; brisas que traen la salud sin sentirlo el enfermo; y sobre todo quitado de jarabes, de píldoras y de médicos.

—De modo que vienes bien.

—Completamente.

—¿Y no te aburrias?

—No, tenia un amigo, no como los del dia, cariñoso, sufrido y complaciente que nunca me abandonaba.

—¿Quién es ese nuevo Fénix?

—Un magnífico perro: él y mi escopeta me han proporcionado dias muy hermosos.

—¿Cazabas mucho?

—Hombre, cazaba lo que mas falta me hacia, la gana de comer.

—Pues me alegro, querido, me alegro mucho; he preguntado por tí diferentes veces.

—Gracias, y si quieres hacer uso de mi medicina ya sabes que mi casa está siempre á tu disposicion.

—Lo agradezco, pero francamente, el campo no me seduce, la escopeta no la entiendo, ó al menos la he manejado tan poco que seria muy fácil que el perro que me acompañase, sufriera todas las consecuencias de los perdigones en vez de los conejos á quien los dedicara; el calor me fatiga, los insectos me molestan y no hay con quién hablar... y en fin, querido, estos dolores de cabeza no me los cura ninguna fresca y perfumada brisa.

—De manera, que sabes de qué provienen.

—¡Perfectamente, querido!

—¡Cuestion de faldas!

—¡Cuestion de cuerpos!

—¡Diablo! cualquiera diria de cuerpo.

—No. el plural está bien aplicado.

—Pues si te duele la cabeza por varios cuerpos, encuentro muy general el motivo.

—No, amigo mio, es de uno; pero de varios; no puedes comprenderlo; es un anagrama, ¡y si al menos supiese yo la solucion!

—De modo, que despues de echártela de calavera, de Tenorio, ¡já... já... já...!

—No te rias, Ramon, mira que el dia que menos se piensa...

—No me rio de la causa, ¡líbreme Dios! me rio de tí, á quien dejé detrás de una gruesa conquista... siendo el primero que te reias de ella, y hoy aquellas risas se han convertido en dolor de cabeza.

—Te equivocas, Ramon, no es aquella.

—¡Diablo! pues mudas como de camisa, ¿y está por estos barrios tu Dulcinea?

—Si,

—Sí,—dijo Eduardo mostrándole la casa de Caridad—ahí tienes su morada.

—¡Hombre! soy nada menos que dueño de la casa donde vive tu dama.

—¿Es tuya esa casa?

—Y tuya.

—Y no has visto á...

—¡Chito! no la nombres, querido, sé discreto... te advierto que no me comunico con mis inquilinos, tengo un apoderado hace años y él es el que sabe quién entra y sale.

—Pero, ¿tu casa no está por aquí?

—No precisamente por aquí: está en la calle intermedia. ¿Quieres acaso dedicarte á hacer desde ella telégrafos?

—¡Ay! amigo mio, seria muy feliz si pudiese hacerlos.

—Pues si está en mi mano esa felicidad, te la ofrezco generosamente.

—Lo creo por tu parte: mas digo que no soy tan feliz, porque la jóven en cuestion no se comunica para hacerle telégrafos.

—¿Qué me dices? conquistador afortunado y se atreve á tu fama una... ¿cómo diré? porque al parecer su posicion no es muy brillante; ¿qué piso habita?

—La guardilla.

—¡Diablo! Virtud de caramanchon.

—¡Ni con el pensamiento! Ramon, te lo suplico encarecidamente, no la ofendas, porque es digna del respeto de todos.

—¡Dios

—¡Dios me libre! ya sabes que en eso mis opiniones han sido siempre opuestas á las tuyas.

—Pues por eso, hoy conozco que tienes razon, y creo todo lo que tú hablabas en nuestro círculo respecto al particular; á otro, que á tí, te lo aseguro, no confiaria mis pesares: á tí sí, y creo que la casualidad te ha puesto en mi camino.

—Pues vénte á mi casa; tengo un cuarto de estudio delicioso... y un anteojo magnífico.

—Vamos—dijo Eduardo, que ya pensaba servirse de él para ver á Caridad; y los dos amigos se encaminaron, cogidos del brazo, á la casa de Ramon.

CAPÍTULO XIV.

La virtud practicada.

Caridad llamó á la puerta llena de alegría, al pensar en aquellos dos séres que la esperaban con impaciencia.

Pedro abrió en seguida.

—¡Qué tarde has venido! ¿traes muchas cosas? ¡tengo mucha gana!

—Pedro—dijo dulcemente la enferma—no quiero seas así.

—Déjale preguntar, Dolores; afortunadamente vengo con una cesta... pero ¿cómo estás?

—Bien: me vestí y tuve que acostarme otra vez: ahora que estoy tranquila me va saliendo el mal; pero ¡qué buena eres! Caridad: ¡te mortificamos mucho!

—¡Mi buena amiga! te lo suplico, no pienses en ello;

¿no comprendes que mi corazon goza en proporcionarte este pequeño servicio? ya ves, ahora estaria sola, y me veo con familia; deja esas ideas... mira á Pedro cómo está haciendo el centinela á la cesta; vamos, ven aquí, Pedro, ayúdame á sacar estas cosas: ¡qué prisa te das! con cuidado, no las rompas... ves, Dolores, una docena de huevos para tí: ¿lo oyes? no me vengas con lágrimas; Pedro y yo vamos á cenar como príncipes; ¿te gustan las patatas fritas? te traigo chocolate, Dolores; ¿qué quieres cenar? ¡mira Pedro cómo me ayuda! y eso que aun no ha visto lo que le traigo.

—¿Qué me traes?

Caridad se acercó á sus flores.

—Pedro, espera que arregle este clavel... ahora, toma—y sacó unos caramelos.

—¡Madre!—gritó Pedro—mira lo que me da—y empezó á saltar alegremente. Caridad pasó revista á su jardincillo y sus miradas recorrieron el hermoso cielo y el vasto panorama que se descubria desde allí; de pronto vió una cosa que brillaba á los rayos del sol que se ponia; era un anteojo que salia por la torrecilla de un terrado.

—¿De quién será?—pensó—tal vez de algun observatorio—y dejando las flores se entró á arreglar la cena con Pedro.

CAPÍTULO XV.

El amor bajo diferentes prismas.

Entre tanto, los dos amigos estaban en el cuarto de estudio de Ramon, como éste le llamaba.

Era una salita cuadrada, con una gran ventana en cada uno de sus lados y ocupada por dos enormes estantes cargados de libros, un trípode, sosten de un largo anteojo; media docena de butacas de las llamadas balancines y una mesa completamente revuelta y en la que habia, en el mas absoluto desórden, escritos, periódicos, útiles de escritorio, una magnífica cigarrera atestada de buenos tabacos y algunos otros objetos que la llenaban por entero.

Eduardo y Ramon estaban sentados en dos cómodos balancines.

Ramon parecia escuchar á su amigo con atencion, pero su pensamiento formando mil fantásticas imáge-

nes, que se desvanecian como el humo al desprenderse de su cigarro, siguiendo caprichosos espirales, estaba lejos de impresionarse por la relacion de su amigo.

La ventana, que miraba hácia el tejado de Caridad estaba abierta, y el anteojo puesto en su pié se dirigia certeramente hácia la de la jóven.

Era el crepúsculo de la serena tarde de uno de los mas bellos dias de la primavera, y una brisa fresca que penetraba por la ventana traia los perfumes de mil florecillas. Las sencillas canciones de los trabajadores que vuelven á sus hogares, los alegres gritos de los niños, el gorjeo de los pajarillos que despiden el dia, y las campanas con sus melancólicos toques de la oracion, formaban un conjunto tan sencillo, tan tierno, tan poético, que solo un alma endurecida podia dejar de conmoverse en aquella plácida hora en que el negro manto de la noche va cubriendo el mundo.

El pensamiento de Ramon parecia vagar por las regiones imaginarias.

—¿Comprendes mi situacion?—preguntó Eduardo con desaliento.

—¡Ah! sí—dijo Ramon, como si despertase de un sueño—me parecia oirte una fábula llena de poesía... pero ¡fábula en fin!

—No; te aseguro que es cierto cuanto te digo y que todas las calificaciones mas entusiastas son pocas para admirar esa notable criatura.

—Lo que deduzco, querido, es que estás enamorado,

¡nada mas! y ya sabes que el amor todo lo embellece; te compadezco, Eduardo, y si crees que tu corazon no está en ese período álgido de la pasion, en el cual todo lo atropella, todo lo arrolla, todo lo allana; ¡huye, amigo mio! es lo único que puedo decirte: á esto se reduce mi consejo.

—Tú no me comprendes, tú no sabes que yo soy mi enemigo; ella no alienta mi esperanza; sus hermosos ojos no han iluminado mi alma con una mirada de amor, ¿quieres que huya de mi mismo? y aun así, ¿conseguiria algo? su imágen va conmigo, me sigue á todas partes, la veo y la siento en el agua, en el aire que respiro, en las nubes que pasan, en la brisa que en este momento refresca mis sienes... ¿dónde huir? si el agua, el aire, la brisa, las flores y la naturaleza toda me recuerda siempre y en todas partes esa mujer!

—Pues entonces, te compadezco; es lo que puedo hacer, y creo que en breve llorarás la muerte de tu corazon hecho pedazos... ¡el amor! es lo mas bello, es el sentimiento mas poderoso de la humanidad; un hombre como una mujer que aman, en la plenitud de su pasion, lo pueden todo... vencer imposibles, allanar montañas, son sublimes; tiranos, fieros, leales, cobardes, valientes, generosos y avaros, lo son todo y lo pueden todo... ¿qué no harias tú, hoy, si te ofrecieran la posesion de esa mujer? las hazañas mas inverosimiles, mas caballerescas, mas inconcebibles, te parecerian pagadas con usura si oyeses de sus labios un «yo te amo», si por fin su corazon fuese tuyo, al pen-

 sar

sar que otro hombre tenia la intencion de robarte tu tesoro... ¡oh! no retrocederias ante la idea de un crímen... ya ves, si comprendo que si, como dices, estás en ese período, no hay remedio para tí... no tienes mas que hacer trizas tu corazon.

—¡O su amor! ¿por qué no he de conquistar su amor? ¿No aman las mujeres?

—Sí, querido amigo; aman, pero siempre al que menos comprende la sublimidad de la pasion;... ¿ves un majadero echándosela de conquistador, fátuo, presumido, nécio, enamorado tan solo de su persona? pues asegura que tiene partido con las mujeres y que llegará á ser amado por alguna con locura; ¿vés un hombre grave, digno, sério, formal, incapaz del mas pequeño abuso? ese será muy posible caiga en las redes de la mas despreciable coqueta, y podrá suceder se salte la tapa de los sesos por tan frívola mujer. Este es el mundo, esta la historia del amor; si no fuese asi, ¿se hubiesen perdido tantos hombres notables por ellas? no: el amor les habria servido de estímulo en su mision en el mundo; el artista, el diplomático, el militar, el comerciante, el pobre y el rico, todos hubieran tenido compensacion en sus trabajos; ¿qué fatiga no alivia la mano suave de la mujer, cuando su corazon está identificado con el que ama? pero, consiste el mal en que el amor es una balanza,... el hombre está en uno de los platillos, la mujer en el otro: si el de él pesa mas, ella sube hasta las nubes; y si por el contrario, ella baja, él se eleva como si fuera una pluma.

 —¿Có

—¿Cómo quieres, pues, pretender ser feliz si no es posible que los pesos esten iguales?....

—¡No me niegues por Dios que ha habido amantes afortunados!

—Es verdad, como no niego que toda regla tiene su escepcion: ya ves Abelardo y Eloísa, los amantes de Teruel, Romeo y Julieta: pero observa que son muy escasos los que han llegado á tener en fiel las balanzas; y si en medio de miles y miles, que todos han tenido su cuarto de hora, no han conseguido encontrar su *media naranja* mas que alguno que otro, observa tambien, que la fatalidad, como envidiosa de los pocos favorecidos, les ha proporcionado, no la felicidad ni la dicha, sino la muerte ó la desesperacion.

—De modo—dijo Eduardo con amargura—que conviertes uno de los sentimientos mas bellos que Dios ha puesto en nuestro corazon, en el suplicio de Tántalo; entonces en lugar de agradecer el habernos dotado de un corazon que siente, que ama, es preciso pensar que el sentimiento de que somos susceptibles es un castigo impuesto para que pensemos en la vida hasta con horror.

—¡Dios me libre de acusarle de semejante disparate! ¿qué culpa tiene Él de nuestros errores? ¿ha puesto acaso la avaricia en el corazon humano? y sin embargo observarás que es la pasion que mas lo domina; no ves al hombre y á la mujer vender sus sentimientos, sus creencias, sus ilusiones por una posicion que les asegure la vida sin fatigas? no les ves á todos anhelantes buscando, ¡más! ¡siempre más! nunca contentos

con su suerte? El comercio, la industria, las bellas artes, la política y la guerra, todo en fin, esplotado por la avaricia incesante que nos devora, siempre en pos de un mas allá: se agitan, suben, bajan, se atropellan unos á otros, y cuando creen haber conquistado la felicidad anhelada, viene la muerte implacable y les ofrece por todos sus afanes seis palmos de tierra para acabar su historia: ¿acusará á Dios esta humanidad de sus desdichas?

—Tú, Ramon, has sufrido mucho, tú corazon está lacerado y vierte hiel por todas sus heridas, y eso te hace mirar las cosas bajo un prisma que hiela la sangre.

—No, querido, te engañas cruelmente, tú tienes ilusiones, amas como yo amé, y como yo serás desgraciado.

—¿Y ella por qué no puede amar?

—Es un verbo que no sé conjugar; empieza, yo amo, tú amas,... y no puedo seguir: te aseguro que lo siento por tí, pero no creo pases de donde lo dejo yo.

—¡Oh Ramon, si la conocieras! ¡tan hermosa, tan digna, tan pura!

—Y tan terca, podias añadir, porque en resumidas cuentas, yo no veo mas que terquedad en su negativa.

—No, hombre, no, tú no te has hecho cargo de mi posicion y la suya, yo creo que tiene razon, por mas que mi alma lo sienta, ¿qué fe puede tener esta mujer en mis palabras, si mis obras han sido tan poco edificantes? Ella ve en mí la causa de sus desgracias, el autor de las desventuras de su hermano.... ¿cómo quieres que sea fácil convencerla?

 —Muy

—Muy sencillo.

—Dílo pues.

—¿Ella es pobre?

—Muy pobre.

—Pues cásate con ella.

—Cuando te digo que no comprendes mi situacion... ¿no me escuchaste?

—Sí; pero no entendí.....

—Pues la ofrecí cuanto tengo y cuanto valgo, pero me dijo que no me amaba y que no estaba en su conciencia faltar á la verdad.

—A lo menos es leal.

—Sí: mas es una lealtad terrible.

—¡Pues no comprendes el bien que te hace! y te aseguro que te ahorra la mitad de la pena: ¿si en lugar de esa claridad te brindase amor, y despues al encontrar otro mas rico te abandonase, ¿qué seria de tí?

—Es mejor morir, pues esa es la muerte de todas las ilusiones.

—Pues así estoy yo, querido, muerto para todo sentimiento; mi pobre corazon ha sufrido todas las torturas, y ya no hace mas que analizar y comparar los sentimientos y las pasiones de todos: si alguna idea brota en mí que se parezca, no al amor, pues esto es imposible, sino mas bien á una ligera simpatía hija de la vista de una bella mujer ó de una relacion interesante, cual acabas de hacerme de esa heróica jóven, antes que mi corazon generoso se empape de lo que la vista ó el oido llevan hasta él, la razon fria viene con su escalpelo á sondear el mal, y, ¡cuidado! me

dice, con su sonrisa helada, ¡está muy enfermo y el soplo mas ligero le matará!

—En fin, Ramon, desgraciadamente tus ideas sobre esto no pueden hoy tranquilizar mi espíritu agitado.... me voy, llevando la incertidumbre en el alma como al llegar.

—¡Es verdad, amigo mio! hoy no puedo ofrecerte mas lenitivo á tus dolores que este cuarto y mi anteojo de larga vista.

—Y los acepto—dijo Eduardo sonriendo—son para mí dos joyas de elevado precio:—y estrechándose las manos afectuosamente los dos jóvenes se separaron.

—¡Lástima de Eduardo!—pensaba Ramon,—se cree que está enamorado; ¡pobre de él si es cierto!

Eduardo por su parte se decia:—este Ramon es un hombre digno de mejor suerte, pero las mujeres ¡oh! las mujeres cuando se da con una coqueta.....

. . . . . .

CAPÍTULO XVI.

Heridas del corazon.

Ramon era un hombre de un bello y noble corazon, habia sido criado por una madre tierna y amante que concentró toda su ternura en su único hijo; quedó viuda muy jóven y nunca quiso volverse á casar. Ramon compensó todas sus fatigas y todos sus desvelos, era el tipo del cumplido caballero: cortés con las mujeres y afable con los hombres, instruido, generoso y de elevados sentimientos, hubiera sido indudablemente un esposo escelente, y un padre de familia modelo: pero la suerte ó su desdicha lo quiso de otro modo.

Su madre murió cuando él tenia veintitres años, y esto fué su primera desgracia: Ramon la idolatraba, y su dolor fué inmenso, como habia sido su cariño: pero el tiempo que todo lo mitiga, y mas cuando se tienen pocos años, fué cicatrizando la herida producida por

tan sensible pérdida; sin embargo, su corazon estaba triste y falto de la ternura de la que tanto le habia amado, cuando conoció á Malvina, jóven y encantadora criatura, de cabellos rubios y blondos, que caian en sedosos rizos sobre su blanca frente; sus ojos azules como los cielos, lánguidos como una de esas bellas baladas que nacen en las brumas de Escocia, hacian de ella el conjunto de lo mas bello y sublime cuando mirando tiernamente á Ramon, le decia ¡yo te amo!

Estaba precisamente en la mas crítica circustancia de su vida, se encontraba con necesidad de cariño, y aquella linda niña se apoderó por completo de todos los sentimientos de su corazon tierno y apasionado, educado por una mujer espiritual, y de un alma recta y elevada.

Ramon se entregó sin reserva alguna á su pasion, que habia sido para él una segunda naturaleza.

Pasaron dos años, y Malvina comprendió bien pronto el poder que tenia sobre aquel hombre que se doblegaba ante ella como un niño.

No era ella mala, mas tenia una madre vulgar y avarienta, que rezaba mucho, es verdad, que no perdia sermon, pero que con la mejor buena fe del mundo aconsejaba siempre á su hija, que la mujer debe mirar por su porvenir, y dejarse de niñadas y amoríos con románticos, como la buena señora llamaba á Ramon.

Para desgracia de éste, un hombre inmensamente rico, y conocido por la madre de Malvina en sus buenos tiempos, se enamoró de la hija, y la vieja oyó con

gozo la pretension de su contemporáneo: entonces empezó una lucha sin tregua entre aquellas cuatro personas; el viejo ofrecia siempre; la vieja aconsejaba sin cesar; Malvina vaciliba y Ramon sufria....

—¿Qué es lo que pasa de poco tiempo acá?—dijo Ramon á Malvina,—tu madre parece que me recibe de mala gana: ¿tiene algun motivo de queja conmigo?

—No sé—dijo Malvina poniéndose colorada y bajando sus ojos—manías.....

—¿Pero de qué? ¡háblame claro!

—Don Agustin le habló de mí y.....

—¡Ah! ¿D. Agustin te pretende?—preguntó Ramon poniéndose escesivamente pálido—¿y D.ª Petra te aconseja tal vez?.....

—Ya te he dicho que son manías....

—Sí, pero manías que tú podias haber cortado al nacer.

—¡Es mi madre!—murmuró con voz apenas inteligible la jóven.

—¿Y yo qué soy?—dijo Ramon con vehemencia,—ó es acaso que en tu pensamiento has dado cabida á esa pretension.....

—No, Ramon, no por Dios: pero sufrir.....

—¡Quieren obligarte! y tú no me hubieras dicho nada, á mí, á quien ves ciego: no sé como toleras las sandeces é impertinentes pretensiones de la que te ha dado el ser. Si hoy, falto de paciencia no te pregunto...

—Temia tu disgusto.....

—Mayor lo tengo así, pero te aseguro que D. Agustin se acordará de mí.

—Eso

de las pasiones lo hubiese marchitado para siempre: por lo demás, su carácter siguió siendo afable, solo que una sonrisa melancólica vagaba por sus labios si le hablaban de amor: su pobre corazon estaba terriblemente destrozado!

CAPÍTULO XVII.

Las mentiras de Quima.

Cuando Quima salió de casa de D. Timoteo, sus ojos brillaban y su corazon saltaba de alegría.

—¡Todo va bien!—pensaba—solo me queda el lobo por domesticar; ¿quién sabe? ¿no he de tener recursos para convencerle? en esto me va mi porvernir y ya estoy cansada de vivir miserable, y en todo caso... Jaime dejará el puesto: bueno es para mientras no hay otra cosa mejor; ¡oh dinero! ¡si yo consigo el gato del viejo!

Cuando Quima entró en su casa, Jaime se paseaba en la sala; sus cejas estaban fruncidas y su mirada no era muy tranquilizadora.

—¿Dónde has estado?—dijo bruscamente; pero Quima sin darse por entendida, le rodeó el cuello con sus hermosos brazos.

—¡Ay

—¡Ay, Jaime, Jaime! ¡qué felicidad!

—¿Qué ha pasado?

—¡Encontré mi suerte!

—¿Tu suerte?

—¡Sí, Jaime! ¡no mas escasez, no mas trabajo, no mas miseria!

—¡Tú estás loca!

—No, Jaime, escucha y admira, ¡qué casualidad! pero, ¡si no sé cómo contarlo! ¡estoy fuera de mí!... ¡me parece un sueño!

—Acaba, y deja digresiones.

—Figurate que iba al taller, cuando encontré á la señora Brígida.

—¿Quién es esa señora Brígida?

—¡Hombre!—dijo Quima con el tono mas admirable del mundo,—¿no te acuerdas de Brígida?

—¡No! no recuerdo ese nombre.

—¡Aquella viejecita que me queria y profesaba tanto cariño!

—No la recuerdo.

—Pero me habrás oido nombrarla.

—¡No, mujer, no!

—¡Parece imposible!

—Pero acaba, ¿qué falta hace el conocimiento de la vieja?

—Bueno, tienes razon, sigo: encontré á la señora Brígida...

—¿Tú por aquí? me dijo con mucha alegría, ¿has mudado de taller?

—Sí, señora, le contesté.

—¡Cuán

—¡Cuánto tiempo que no te habia visto! ¿ganas mucho?

—Una peseta.

—Cuando quieras ganar un buen salario avísame.

—Por avisada.

—Pues estoy encargada de buscar una persona de confianza: unos señores mejicanos han ido á su país por una herencia que tenian en pleito; yo les he servido mucho tiempo, y hoy soy la persona de su confianza, y, si quieres, yo respondo de tí; ganarás un magnífico salario, y si la señora queda contenta, al llegar se quedará contigo.

—¿Y ese es el motivo de tu alegría?—dijo Jaime encogiéndose de hombros.

—¿Pero es posible que contestes eso?—dijo Quima admirada—¿conque comer bien, no trabajar y encontrarse á fin de mes con una oncita, por solo la responsabilidad de guardar la casa, te causa esa indiferencia?

—En fin, bueno; ¿y yo qué haré?

—Tú, lo mismo, solo que tendremos cuidado no te vean.

—¿De quién me he de tapar?

—De un cuñado de la señora, que va de cuándo en cuando á ver la casa,... no, Jaime, no pongas mala cara, de estos negocios entran pocos en libra.

—¡Allá veremos!—repuso Jaime con un tono indiferente—¡negocio hecho por mujeres!—pensó—milagro será que no haya gato encerrado.

Quima, entre tanto, no cabia en sí de gozo; tenia urdida la tela para coger dos moscas, y por el pronto las dos estaban pilladas; ahora necesitaba aplomo para sostener sus mentiras, y si lo tenia, podria esplotar el gran filon.

CAPÍTULO XVIII.

Las primeras sospechas.

A los dos meses de la entrevista de D. Timoteo y Quima, y de la escena de esta con Jaime, nadie hubiese conocido á la jóven; estaba mucho mas gruesa, de mejor color, y peinada y vestida de una manera llamativa y lujosa.

La casa estaba perfectamente puesta: hay que confesar que el viejo habia sido espléndido.

En el momento que volvemos á verles, Quima habla con distraccion á Jaime, que la mira apasionadamente.

—¡No sé, Jaime, por qué te encuentras disgustado! Te consulté mi venida á esta casa.

—Y nunca me gustó.

—Pues desengáñate, es mucho egoismo.

—¡Egoismo!

—Sí

—Sí, muy grande, porque en vez de estar con comodidad prefieres verme hecha una miserable.

—Con lo que tenias hay muchas que pasan.

—Pasan muy mal.

—Es que tú tienes ahora unos humos de señora!.... parece que me miras de otro modo que antes, y... ¡voto al demonio! si sospechara...

—¡Jaime! ¿es posible que te pongas de esa manera? bien sabes que te quiero, ¿quién me obligaba á decírtelo si no fuese verdad? ¿tienes derecho sobre mí?

—Es verdad—dijo Jaime sombríamente—lo olvidaba, haces bien en recordármelo.

—No lo digo por eso, Jaime, y sobre todo, no quiero disgustos, se acabó: no me mortifiques con tus celos.

En aquel momento sonó un timbre.

—¡Ay Dios mio!—esclamó Quima alarmada—debe ser el cuñado de la señora, ¡véte, Jaime! ¡por Dios!

—Pero ¿tú no puedes decir que soy pariente?

—¡Dios me libre! dije que no tenia á nadie, no quiero que me pillen en mentira: véte, Jaime, te lo suplico.

—Ya estoy harto de jugar al escondite.

Quima no contestó; pero le empujó suavemente y cerró una puerta escusada por donde habia desaparecido.

—Por fin—murmuró—es preciso ir desengañando á este hombre; me estorba, pero le tengo miedo—y se encaminó á abrir.

D. Timoteo, seguido de su indispensable Bruno, se presentó en el dintel; el viejo estaba flamante; su peluca ostentaba sus simétricos bucles, alisados y

relucientes; su corbata perfectamente anudada, su camisa de una blancura admirable y toda su persona denunciaba un gran rato dedicado al tocador.

—¿Cómo va, amiguita querida?—dijo sentándose familiarmente al lado de Quima.

Bruno se retiró discretamente de la sala.

—¡Ay, D. Timoteo!—contestó Quima con una sencillez, con una naturalidad digna de una niña de quince años—¡qué tarde ha venido V.!

—¿Te parece eso, palomita? jé..., jé..., yo creí que mis visitas no eran esperadas.

—¡Ay, D. Timoteo de mi alma! seria muy ingrata si no deseára verle, cuando únicamente á V. debo mi felicidad; tan bueno, tan cariñoso, tan espléndido!... muchos dias se me pasan mirando todos los obsequios que debo á su generosidad, y me digo: ¿será posible que sea tan dichosa? ¿dice V. que si no echo de menos sus visitas? pues si me viera V. le pareceria mentira, siempre escuchando horas, siempre mirando el sol á ver si me indica la de su visita.

—De modo, querida niña, que si trajese un reloj que adornase tu sobremesa...

—¡Señor! ¿será posible? ¿cómo pagar tanta fineza?

—Queriéndome, niña mia,—dijo tiernamente el viejo verde, con toda la galantería que se usaba en su siglo—por de pronto, deja que adorne tu hermoso cuello con esta cadena y quédate con mi reloj hasta que lo desempeñe con otro mejor.

—¡Oh! no, mi querido señor, no quiero otro; este que ha estado en su poder me servirá de recuerdo

eterno—y se colocó la hermosa cadena y ocultó en su pecho el reloj, que era una magnífica alhaja.

. . . . . .

Jaime, entre tanto, esperaba la salida del viejo, oculto en el ancho portalon de una casa de enfrente.

—¡Y que yo consienta esto—murmuró—¡voto á cien mil demonios! que no me conozco; pero hoy voy á conocer quien es ese viejo de las visitas, que, ¡voto á sanes! para ver el estado de la casa ya tarda mucho; bueno estuviera que el tal viejo me la pegara; ¡oh! por vida mia, que se habia de acordar: lo primero es saber dónde vive, despues enterarme por el portero ó por el demonio, qué cuñado es ese, qué pleito el de Méjico, y si, como sospecho, hay aquí algo, te aseguro, Quima, que tu viejo... y tú sabreis que de mí no podeis reiros, aunque tengais pesetas;... pero ya salen: son dos, dejaremos que tomen libremente su camino—y cuando vió que el amo y el criado llevaban algunos pasos de ventaja, atravesó la calle y echó á andar detrás de ellos.

Pronto notó Bruno que un hombre seguia el mismo camino que ellos, y le chocó que ni atrasaba ni adelantaba un paso; un sentimiento de curiosidad le hizo volver la cabeza, mas al reconocer á Jaime, un temblor convulsivo le agitó hasta la médula de los huesos.

—Señor,—dijo en voz baja y entrecortada á don Timoteo—estamos perdidos.

—¿Qué ocurre?

—El tio nos sigue.

—¿Qué

—¿Qué tio?

—El de Quima.

—¡Dios nos asista! aprieta el paso.

—Él tambien lo aprieta.

—¿Llevará armas?

—Es probable. Apriete V. mas á ver si nos salvamos.

—Bruno, no puedo correr mas, sudo y tiemblo,... ¿viene?

—Sí, señor.

—Me apoyaré en tí, á ver si puedo ir mas de prisa; ¡estoy incapaz!—El bueno de Bruno volvió la cabeza y vió á Jaime que apretaba el paso; entonces ya no fué dueño de sí y tiró de su amo con tal furia, que, arrastrado D. Timoteo por aquella nueva máquina, corrió con gran admiracion de Jaime, que se cruzó de brazos al ver aquel nuevo convoy, y se detuvo, temiendo llamar la atencion.

—¿Me conocia esta gente?—pensó al ver huir á los dos viejos—¿qué mosca les ha picado para correr de esa manera? Ya averiguaré este misterio.

. . . . . .

Cuando D. Timoteo y Bruno llegaron á su casa, subieron la escalera con toda la prisa que su estado les permitia; entraron en la habitacion de D. Timoteo, y allí, sin ninguna clase de consideraciones, sin respeto á la diferencia de posicion, se dejaron caer en dos sillones; no habia amo y criado, eran dos hombres rendidos y jadeantes; despues de algunos minutos, Bruno sacó su pañuelo y se limpió el rostro inundado de sudor.

—¡Es

—Es terrible!—murmuró poniéndose en pié—ha sido una carrera en pelo; ese hombre tiene ideas siniestras.

—¡Ay! —dijo D. Timoteo, lanzando un profundo suspiro—¡ay, Quima, lo que me cuestas!

—¡A mi si que me cuesta, señor—dijo Bruno compungido—que sufro el porrazo sin haber disfrutado del bollo!

—¡Calla, Bruno, calla!—tú no puedes menos de sentir con tu amo.

—Al menos para correr, señor, somos uno mismo.

—¡Ay, Bruno, sácame estos zapatos, ponme el gorro, mi bata!... así tengo un temblor!... cualquiera creeria que he tenido miedo.

—Harian muy mal en creerlo, señor; lo que tiene usted son los nervios que se alteran; lo mismo están los mios, muy irritados.

—Y, díme, Bruno, ¿llevaba armas?

—Un cuchillo enorme... y el cinto lleno de pistolas y otras armas.

—¡Qué barbaridad!.... lo cierto es, que hice mal en meterme en este asunto; ¡esta Quima... tiene un atractivo!...

—Todo el que le falta al tio, y francamente, ya lo decia yo, señor, déjese V. de belenes, ya estamos viejos; pero en fin, es un disparate, señor.

—Tienes razon, Bruno; mas ¿qué quieres? la sangre retoza en las venas.

—Lo creo, señor, porque en este momento así la tengo yo tambien, que no parece sino que el tio y la sobrina tienen el privilegio de alterar el ánimo.

—En fin, Bruno, me voy á acostar; no sé por qué me figuro que esta emocion tan fuerte no me ha sentado bien.

—Lo que no sienta ese andar á carreras á nuestros años—dijo Bruno, destapando la cama.

CAPÍTULO XIX.

Un juramento sublime.

Desde que no hemos visto á Caridad y á Dolores, en la guardilla se han sucedido las escenas tristes unas á otras. Caridad pensaba con desaliento en su suerte: Dolores se moria: Pedro, el inocente Pedro, habia llorado ya las tristes lágrimas del huérfano; la pobre criatura oia á su madre sin cesar enferma, decirle que se moria, besarle mil veces, hacerle mil juiciosos encargos, y como no hay nada que enseñe mas que el infortunio, el pobre niño se habia penetrado de su desgracia, á pesar de su corta edad. Su madre lo era todo para él, y en medio de su miseria, Pedro no sentia la escasez, ¡es tan buena una madre! pero ahora, pensaba con horror en que no tendria á nadie, y que su padre le llevaria consigo, ¡su padre! ¿qué mayor desgracia para él?

Caridad cosia dia y noche: la noble jóven no podia ver las necesidades de su nueva familia con calma; ella habia implorado á la caridad, y la enferma tenia médico, botica y algun otro socorro; pero ¡son tantas las cosas que se ocurren! Dolores estaba desahuciada. el médico dijo tenia una tisis galopante, y Caridad veia con dolor inmenso, que aquel infortunio la dejaba sin una tierna amiga: Sus corazones se habian entendido, ella tenia necesidad de amar, y aquella mujer comprendia los sentimientos que la dominaban. Pedro era la alegría de ambas, y sus gracias y ocurrencias la compensacion de sus tareas.

Dolores estaba acostada, y tan blanca como las sábanas que la cubrian. Era domingo. Caridad estaba sentada al lado de la enferma, y Pedro jugaba sentado en el suelo.

—Mi cariñosa amiga—decia Dolores con su doliente voz—no puedes figurarte lo que deseaba este dia de fiesta: toda la semana pensaba en él. Dios ha querido que no me muera antes.... tengo tanto que hablarte!

—Dolores, amiga mia, no te fatigues.

—¡Oh, no! déjame que mi corazon te dé gracias en esta hora postrera: si los ruegos de un moribundo llegan á Dios, como creo, Caridad, yo te aseguro que le pido por tí... mi noble y querida niña; ¡cuánto te debo ¡con qué cariño tan delicado has sufrido mi larga agonía!.... qué triste es ver morir, ¡pero tú eres tan buena! ¡si supieras lo que te ama mi corazon agradecido! si no te hubiese conocido, mi muerte seria desesperada; hoy muero tranquila. Te conozco y te voy á pedir una cosa:

no llores..... mira cómo yo estoy tranquila; te voy á pedir, sí ¿qué puedo hacer mas que pedir? que no abandones á mi hijo: ¡oh! esta idea me mata..... yo sé lo que te pido; pero solo á tí,.... á tí.... mi buena y querida amiga, solo á tí puedo exigir tanto: es un sacrificio que te impongo, lo sé, pero soy madre... y mi corazon salta en pedazos á la idea de que Jaime... ¡oh! aquella mujer le mataria. Por Dios te lo pido.... Caridad, no abandones á Pedro... ¡protege á mi hijo!..... y dejó caer su cabeza en la almohada, desfallecida por tan grande emocion. Caridad lloraba.

—Dolores—dijo apretando su mano—¿puedes creer que seria capaz de abandonarle?

—¿Verdad que no?

—No lo dudes ni un momento, mi buena amiga, y si para tu tranquilidad mis palabras han de ser esplícitas, yo te juro, sí; lo juro delante de esa imágen, ¡por el recuerdo de mi santa madre!.... cosas ambas que tanto adoro, que tu hijo será mi hijo; nada me separará de él, y si no puedo vencer la miseria, si necesito implorar la caridad, Pedro compartirá la miseria conmigo, como contigo la he compartido; si Dios te llama á sí, descansa en paz, amiga mia, dejas á tu hijo con su nueva madre.

—¡Gracias! ¡Gracias! Caridad, santa y noble amiga bajada á la tierra para consuelo mio, tú no comprendes, no puedes comprender nunca el bien que derramas en mi alma: bendito tú, Dios mio, que en mi desamparo has puesto este sér en mi camino; ahora ya, Señor, dispon de mi alma.

—Te lo suplico, Dolores; si esto desasosegaba tu corazon, ya puedes estar tranquila, no pienses ya en morir, no te ocupes de nada, cálmate.

—¡Qué mas tranquilidad que la que disfruto! no te ocupes ya de mi pobre cuerpo, dame tu mano.... así.... ahora mi hijo.... ven, mi vida... aquí, en este lado... así... ¡mi bien! que sienta tu mano, que sienta tu corazon con mi corazon hasta el último momento..... ¡Señor!... qué feliz soy ¡oh! qué bella es la muerte del justo... ¡hijo! Caridad!... ¡cuánto os amo! ¡yo perdono! Dios mio, perdona tú... Pedro... adios... Señor, mi hijo....—y algunas palabras que ya no se entendian salieron de su boca; despues un sordo murmullo, despues nada....

. . . . . .

—¡Oh Dios mio, Dios mio!—exclamó Caridad levantando sus manos al cielo—acoge su alma con misericordia. ¡Pobre mártir, que Dios te reciba en su seno!—Despues limpió las lágrimas que oscurecian su vista, y tomó á Pedro en sus brazos.

—¡Mamá! ¡Mamá!—gritó el pobre abandonado,—¡ya no tengo mamá!

—Sí, hijo del alma, tienes á esa—dijo señalando á la imágen de la Vírgen que pendia de la cabecera de la cama,—y me tienes á mí, que soy tu segunda madre.

. . . . . .

CAPÍTULO XX.

Dos amores y dos luchas.

Ramon se paseaba en su cuarto con la cabeza baja y como hombre que tiene algun asunto grave entre manos; un reloj que tocó horas le hizo levantar la cabeza y dejó ver estaba mas pálido que de costumbre. Al salir de su abstraccion se dirigió á la ventana, pero como arrepentido de aquel movimiento, se dejó caer en una butaca, con visibles señales de un gran desaliento.

—¡Dios mio!—murmuró—los hombres tenemos la pretension de conocer el corazon humano, ¡necia ridiculez! ¡yo que aconsejaba á Eduardo! ¡que tengo sufrido tanto! y sin embargo, hace dos meses, no quiero confesármelo, pero esta hora es esperada por mí con impaciencia, ¿y para qué? solo por ver con mi anteojo la hechicera cara de esa niña que Eduardo

—se

se empeña en revestir de los colores mas poéticos; vamos á cuentas, corazon mio: ¿qué es lo que te pasa? ¿tendrias la horrible pretension de amar aun? si tal creyese, huiria, sí; es el único remedio; antes que el veneno filtrara en la sangre hay que cauterizar; no hay otra medicina; pero, por otro lado, es justo que ahogue los sentimientos que puedan brotar en mi alma: voy á condenarme voluntariamente á un egoismo irritante... ¡no! todo esto no es mas que una necia aprension mia; ¿qué tiene de particular? me recrearé mirando una hermosa mujer; despues de todo, aunque permanezca en mi reserva, justo es que rinda tributo á la belleza, no seamos demasiado pusilánimes, ella ignora que la miro: ¿qué pierdo?—y enfiló el anteojo y miró.

Ramon se mantuvo en aquella postura diez ó doce minutos, despues volvió á sentarse.

—Pues, señor, considerándola como artista, es notable; se asemeja á las vírgenes de Murillo, hay un candor, un... ¿pero, qué me importa á mí?—añadió bruscamente—soy un majadero que me empeño en desconocer el peligro, y en estas ocasiones la valentía está en huir; es una linda niña, lo confieso, mas tal vez su corazon esté seco y árido; acaso su conducta sea hija de una refinada hipocresía; y aunque fuesen ciertos cuantos encantos Eduardo le atribuye, seria indigno de mí si abrigase por un momento tal pensamiento... ¡oh! ¡nunca!... es mi amigo, ha depositado su confianza en mi corazon, y antes el mio se haria pedazos; pero, es preciso tomar una resolucion

pronta, necesito ver que esa mujer le ama, que es suya, que le pertenece, que no puedo nunca, sin faltar á la amistad y sin faltarme á mí mismo, tener un derecho, ni siquiera una esperanza.

En aquel momento se oyeron pasos y la voz de Eduardo que llamaba.

Ramon se levantó precipitadamente y abrió la puerta.

—¿Cómo te va, querido?

—Mal, amigo mio; vengo á despedirme.

—¿Qué... dices?

—Que sigo tu consejo.

—A ver, cuenta, hombre, cuenta—dijo Ramon pálido y presentando un asiento á Eduardo—siéntate, querido, deberás estar ofuscado para tomar una resolucion tan estrema.

—No; lo he pensado despacio, y creo que tus consejos son los únicos que me pueden salvar.

—¡Mis consejos! no, hombre, míralo mas despacio, yo soy un monomaníaco y no debes sacrificar tus sentimientos por ideas, que al emitirlas no comprendí pudiesen impresionarte; cuéntame, ¿hay alguna novedad?

—Ninguna—dijo Eduardo tristemente—ella sigue su vida, no diré ya de trabajo, de miseria; ya te conté con cuánta nobleza amparó á dos séres tan desvalidos como ella; pues bien, al niño le ha convertido en hijo suyo y se sacrifica por él, porque la madre moribunda se lo recomendó; pero tienes que ese pobre niño rompe y come, y Caridad calla y sufre y le aca-

ricia siempre: cuando murió su amiga, de tantas impresiones desagradables estuvo tres dias con calenturas, no pudo trabajar, se atrasó en el pago de la casa, y tu apoderado, que debe ser un hombre grosero, la recibió de muy mal talante y la reconvino; la pobre guardó silencio y trabajó de dia y de noche, y sin embargo de esta miseria, de este abandono en que su familia la tiene, sufre sin quejarse: cuando murió su amiga, pude convencer á Juana y le dió, como ganado por ella, algun dinero para el entierro; despues he querido con otro pretesto que Juana le llevase mas; pero Juana llegó llorando á mí, y me acusó de tener la culpa del disgusto que acababa de tener; Caridad le habia dicho que el dia en que siquiera sospechase era capaz de cometer una falsedad con ella, no la recibiria mas.—Díme, si tanta pequeña y grande mortificacion como aguanta, tanta terquedad, como tú la llamas, no es bastante para acabar con la paciencia de un santo.

Ramon tenia la cabeza entre las manos, estaba pensativo y violentado.

—Comprendo que he sido ligero al juzgar á esa mujer—dijo pausadamente—la llamé terca, y es solo digna el nombre que le corresponde, y es mas, hoy creo que no debes abandonar esta empresa.

—¿Tú me aconsejas eso, Ramon?

—Sí, esa mujer es digna de tí.

—¡Oh! no lo he dudado un momento; pero, ¿qué me dices? yo no puedo verla en ese estado, cuando reconozco como culpa mia sus desgracias; yo he pro-

curado por todos los medios á mi alcance convencerla; ¿qué me queda que hacer?

—Aclarar, definir esta situacion: es una criatura digna, hermosa, angelical; cásate con ella y sé feliz.

—¿Verdad que esa mujer es capaz de hacer la felicidad de cualquiera?—dijo Eduardo con vehemencia.

—¡Oh, sí, lo creo!

—¿Ves, amigo mio? te he convencido, desengáñate, es preciso amar para ser dichoso; no te imaginas por un momento lo deliciosa que es la vida al lado de una pura y encantadora criatura que todo lo embellece con su gracia, que se apoya en nuestro brazo con todo el abandono y la seguridad de que es querida y considerada; ¿no has visto esas familias felices que viven amándose, procurándose unos á otros el bienestar, multiplicándose para acudir á todo, por solo el placer de decirse luego: «¡lo hice por tí, solo para tí vivo!»

—Querido, tienes una gran lógica para esta cuestion... pero no necesito que me convenzas á mí, lo que te importa es convencerla á ella.

—Aquí decae todo mi entusiasmo y tengo que volver al principio; ¿qué me aconsejas?

—Yo en tu lugar escribiria una carta clara, esplícita, convincente; le esplicaria todos mis sufrimientos.

—Ya le escribí, y viste el resultado.

—Porque no te espresarias con claridad.

—¡Sí, hombre, sí!

—¿Quieres escribir como yo lo haria?

—Si

—Si consiguiera llevar por mediacion tuya el convencimiento á su alma, ¡qué mayor felicidad!... ¡oh, amigo mio! díme tú que ves esto con frialdad; yo, al tomar la pluma, en la triste creencia de que no la impresiono, no me ocurren mas que frases frias y que están muy lejos de poner de manifiesto el estado de mi alma.

—Bueno, pues las cosas prontas, ya que importa cortar el mal de raíz.

—¿Qué mal? Lo que necesito, es buscar el bien.....

—Sí, eso mismo queria decirte; ponte á escribir, yo te dictaré.

Eduardo se levantó y se fué á la mesa de Ramon; este empezó á pasearse, como meditando lo que iba á decir á su amigo.

Por fin empezó.

«Caridad:

«No comprendo, cómo es solo cruel y rencorosa con un pobre corazon que la adora y muere por ella; una mujer de nombre tan poético, cuanto en armonía con sus bellas acciones; que ama y protege, estando desvalida, á otra mas desgraciada y á un inocente niño, y cuyo gran corazon y alma candorosa ponen de relieve á cada paso estar guiada solo por la virtud en la senda espinosa de la vida; y que pareciéndose á esas castas azucenas, cuyo aroma embalsama el ambiente de su alrededor, su existencia toda forma una aureola llena de encanto y de poesía; ¿tan grave fué mi peca-

—do

do para no alcanzar perdon, ni merecer ya una mirada, una esperanza siquiera? ¿quien para todos es un ángel, dejará de serlo conmigo únicamente? ¿cómo suplicarle? No lo sé, ni tengo ya fuerza para continuar esta lucha en la que mi pobre corazon llora todos los momentos... pero creo, nadie mejor que V. puede señalar mi suerte.... y si mi nombre, si mi corazon no han de ser nunca aceptados, prefiero oir mi sentencia, aun muriendo por ella, á continuar alimentando una esperanza que habia de verse seguida de un horrible desengaño.

»Espero su contestacion con la ansiedad que el reo su sentencia, ¿seré tan feliz que me dejeis, siquiera, la esperanza?

EDUARDO.»

—Bien, amigo mio,—dijo Eduardo alegremente—has estado mas feliz que yo, creo que hará impresion en su alma: la cierro y la llevo en seguida; así veré á Juana y ella será la encargada; ya estoy impaciente esperando el resultado.

—Pero, no seas egoista, ven para que yo goce tambien con tu alegría.

—¡Dios lo quiera! mas sea ó no favorable, te prometo venir en cuanto llegue á mis manos la contestacion.

—Convenido.

—Adios, amigo, tu visita me ha vuelto otro, estoy casi contento.

—¡Dichoso tú.!

—Y tú lo serás tambien con el tiempo: hoy te he visto en mejor camino: no eres el escéptico de otros dias; en fin, ya hablaremos, adios.

Y desapareció tan de prisa, como el que va en busca de la felicidad.

Cuando Ramon se quedó solo, se sonrió melancólicamente.

—Creo que no puedo hacer mas—se dijo—me quito toda esperanza, protejo á Eduardo y ahogo todo sentimiento de interés que nazca en mi corazon; pero, ¿es justo que me condene á una vida muerta? ¡oh, madre mia! tú que siempre me inspirabas, tú que decias que era preciso para vivir amar, ¿qué pensarias de mí al ver la lucha que sostengo ha tantos dias con mi corazon?

Por la tarde, Ramon miraba con su anteojo.

—¡Debe estar decidida! ¿cuándo contestará?

Y esperó impaciente la llegada de Eduardo; pero el jóven no pareció y esperó inútilmente dos dias mas: no venia.

—Es preciso desengañarse—decia Ramon—la felicidad es egoista; ¡Eduardo no se acuerda de compartir conmigo sus impresiones!

Como dando contestacion á sus ideas, se oyeron pasos, y Eduardo no tardó en encontrarse en brazos de su amigo: estaba pálido, y grandes ojeras, señales de su reciente insomnio, rodeaban sus ojos.

—¿Qué traes?

Eduardo apretó su mano sin contestar.

—¿Has recibido carta?

—Anoche, me la trajo Juana, juzga por tí mi desgracia—y alargó una carta á Ramon, que la abrió con impaciencia febril.

Decia así:

«EDUARDO:

»Despues de leida su carta, he meditado mucho; solo yo misma podia servirme de consejera.

»Le suplico, ante todo, me perdone si alguna frase le parece dura, ¡líbreme Dios de ofenderle! no es esa mi intencion, y solo deseo hablarle con la franqueza que á mi parecer le debo.

»Aclarado este particular, prosigo, para demostrarle punto por punto, que de la mejor buena fé se engaña lastimosamente.

»Dice V. que mi belleza le cautiva; mejor que nadie sabe V., que me habia visto muchos dias sin que le llamara la atencion. Despues, cuando la fatalidad hizo comprendiera V. el mal que me habia hecho, su corazon generoso se conmovió, pensó V. en mí con insistencia y me fué atribuyendo cualidades que es muy fácil no tenga. Le he resistido, y esto le ha parecido increible; he seguido la senda que la suerte ó el destino me ha creado, y entonces ha dicho V.: «es sublime.» Pero el dia que fuera su esposa, cuando la costumbre le hiciera pasar desapercibida esta belleza que no logró en su primera vista arrastrarle detrás de mí; cuando estas, que llama mis virtudes, no le preocuparan como hoy; cuando, en una palabra, su conciencia quedase tranquila, entonces volveria V. á la

 mis

misma vida disipada; las conquistas difíciles serian el blanco de su tiempo, y tal vez fuese mi vida un obstáculo á su felicidad. ¿Comprende V. mi falsa posicion entonces? Pues esto es lo que sucederia indudablemente, si yo no tuviese mas juicio que V. Nuestros corazones no han nacido para amarse, y en la senda de la estimacion no pueden pasar de ser amigos. Ríase usted de esas pasiones, criadas como el niño por su madre á fuerza de esmero y de cuidados contínuos; el dia que menos se piensa, una mirada, el roce de una mano, acabaria su tranquilidad y su dicha. ¿Quiere V. esponerse á tanto infortunio? Creo de su pretendida pasion solo una cosa; tiene V. un noble y hermoso corazon, se figura que soy infeliz por su causa, y ha creido amarme revistiéndome de formas novelescas muy lejos de la verdad; esto es todo. ¿Hay cosa mas natural que el que una pobre mujer que nada tiene, trabaje para no mendigar un pedazo de pan? esto que le parece heróico, lo verá V. en todas las casas pobres, con la virtud de que son madres de familia y tienen dobles padecimientos.

»Créame, amigo mio; por su bien y mi tranquidad, le suplico deje este empeño. Le ofrezco una amistad sincera, pero no soy coqueta y no quiero entregarle á esperanzas que tal vez no lograria ver realizadas nunca.

»Consulte despacio su corazon, y verá V. la verdad de cuanto le dice su amiga,

CARIDAD.»

Cuando Ramon acabó de leer entregó la carta á Eduardo.

—Y bien,—dijo este.—¿te convences de la desgracia que me rodea? ¿comprendes que esta mujer podrá amarme alguna vez?

Ramon calló y se quedó pensativo.

—Es muy notable—murmuró.

—Notable para tí, se entiende, para mí es cruel y nada mas.

—No; sé justo; esta mujer te dice que no es coqueta y tiene que obrar como siente su corazon, tanto mas cuando tu posicion es para arrastrar á cualquiera otra. Siendo inmensamente rico, jóven y de bella figura, eres una tentacion muy fuerte, asi es que he de repetirlo: notable mujer; pero, ¡qué diablo, hombre! no te pongas así, sé fuerte; ¿quién sabe si mañana?...

—¡Oh! no alimentes mi esperanza, esto se acabó, no hay que pensar en tan hermoso sueño.

—¿Quién sabe si hablándola al alma...

—¿Y quién ha de hablarla? ¿qué mas contestacion que esta carta? desengáñate, Ramon, voy creyendo cuanto decias.

—No, no quiero que sufras como yo he sufrido; tal vez mis ideas son exageradas, injustas.

—No, Ramon, tus ideas son la pura verdad, no exageras, no es posible felicidad en el amor.

—Hombre, es preciso luchar, no dejarse vencer por el infortunio; si esta mujer no te ama, mañana encontrarás otra; ten esperanzas.

—¿Olvidas acaso tus teorías? ¿olvidas lo de los pesos?

—¡Dé

—¡Déjate, querido, de tonterías! yo debí estar pensando en las musarañas cuando te hice oir tanto desatino.

—Pero, Ramon, ¿qué te pasa para negar hoy cuanto afirmaste ayer?

—¿A mí? absolutamente nada; pero me intereso por tu felicidad y no quiero que te abandones á la desesperacion.

—¿Pero tu qué opinabas y me aconsejabas?

—Déjate, querido, de escuchar á un maniático; por de pronto me intereso vivamente en tu empresa y voy á hacer el último esfuerzo. Voy á pedirle su blanca mano para tí: cese tu cara triste; ¡vamos, Eduardo, anímate! es la última tentativa de mi amistad, y si no sale bien, te doy libertad para despejar el campo; voy á apurar toda mi elocuencia en tu favor.

—¿Pero cuándo?

—Hombre, cuando estudie mi discurso; ¿crees puede uno presentarse con desembarazo delante de una mujer hermosa sin ir completamente preparado?

—Creo tienes demasiado talento para que necesites mucho tiempo en preparaciones.

—Gracias, querido, mas te aseguro que no estoy tranquilo con mi proyecto.

—¡Ay, Ramon, si tus labios fueran tan elocuentes como deseo!

—De seguro que si consigo mi propósito, la elocuencia de Ciceron se queda en mantillas, segun tu parecer, comparada con la mia.

—Ni antiguos ni modernos tendrán en mi entender tanto mérito.

—Pues

—Pues queda convenido, tomas tu resolucion si salgo desairado y un remedio pronto quitará el mal; si soy feliz, entrégate á tus ilusiones.

—Convenidos, se suspenden las hostilidades.

CAPÍTULO XXI.

Las angustias de la miseria.

Dejándose llevar Caridad de su hermoso corazon, habia agotado todos sus recursos: el pequeño Pedro estaba de luto, gracias á los esfuerzos de la jóven: cuando llegó por la tarde, traia un gran bulto en la mano y una ligera sombra de tristeza se notaba en su bello semblante. Pedro venia con ella.

Caridad dejó su lio en una silla y encendió luz.

—¿Has estado contento, Pedro?

—Sí, muy contento, ¡habia tantos niños! todos saben mucho, yo soy el que no sabe nada.

—Ya aprenderás; esos niños saben porque van hace mucho tiempo; tú tambien sabrás despues.

—¿Iré todos los dias?

—Si Dios quiere.

—¿Por qué no iba antes?

—Por

—Porque tenias que acompañar á mamá; pero ahora no quiero dejarte solo.

Pedro calló, preguntando despues de algunos momentos—¿no cenamos?

—Sí, querido mio, voy á prepararte tu cena.

—¿Y tú?

—Yo no tengo gana.

—Yo tengo mucha, mucha.

Los ojos de la jóven se llenaron de lágrimas; se levantó y sacó una rebanada de pan, despues estendió un poco de manteca.

—Toma, hijo mio, cena.

—Tú tambien.

—No, niño; me haria daño.

Pedro tomó el pan y empezó á comerlo con ánsia; despues se levantó.

—Caridad, ya estoy.

—Pues á la camita, vén,—y le cogió en brazos, le besó repetidas veces y le acostó; despues tomó el lio de ropa, colocó la luz en la mesita y se puso á coser.

Algunas lágrimas mojaban la costura, tristes y angustiosos pensamientos asaltaban su mente: ¿no tendria fuerza para llevar á cabo su obra? ¿cómo pasaban tantas madres de familia? y ella se veia acosada por la necesidad desde cuando tenia que partir su pan.

—¡Dios mio!—decia la pobre jóven—dadme fuerzas que Pedro no eche de menos á su madre... que pueda yo cumplir mi juramento!... mañana, primero de mes, tal vez vengan por el dinero de la guardilla, y me pa-

sará como el mes anterior: si consigo acabar esta costura no notarán mi falta, pero si no, ese hombre tan brusco tal vez hasta me insulte—y sus dedos volaban aguijoneados por esta apremiante necesidad. El recuerdo de Eduardo vino por un momento á turbar su imaginacion: él podia librarla de tantas fatigas, de tantos disgustos;—pero yo no le amo—pensó,—nunca le amaria, mi pobre hermano y todos sus sinsabores aparecerian de contínuo delante de mí, y esto seria venderme por la necesidad. No; Dios me dará fuerza: mi pobre madre me decia siempre: «No olvidarás en las amarguras, que Dios fortalece las almas puras y que los ángeles recogen las lágrimas vertidas, siguiendo el camino de la virtud.» No olvidaré nunca, madre mia, tus consejos: el sentimiento de mi deber está encarnado en mi alma.

Serian las dos cuando Caridad acabó su tarea; la luz de la lámpara se iba haciendo mas pálida; los ojos de la jóven estaban encendidos.

—Por fin ¡Dios mio!—dijo levantàndose de la silla, y doblando la tela. La noche estaba terriblemente calurosa, y al ponerse á coser habia dejado media ventana abierta. Caridad se dirigió á cerrarla, y antes de hacerlo se inclinó ante sus flores. Sin la oscuridad de la noche, ó á no haber tenido tanto sueño, le hubiera chocado ver enfrente de ella, y mas cerca de lo ordinario, el anteojo que ella creia de un observatorio.

Era Ramon que estudiando su discurso, se pasó sin sentir mirando á su encantadora vecina, hasta la hora

avanzada en que ésta acababa su costura. Cuando la ventana se cerró, Ramon anduvo con precaucion por el tejado donde se habia trasladado con su anteojo, á fin de enfilar con él la media ventana que tuvo abierta la virtuosa niña, que tantos insomnios costaba á aquel hombre desengañado.

Esta entre tanto se entregaba á un sueño reparador: nadie hubiera conocido en su plácida fisonomía y en la dulce sonrisa que entreabria sus labios, á la angustiada jóven momentos antes tan llorosa y abatida. Ella creia ver una aureola resplandeciente: dos mujeres llegaban hasta ella envueltas en una nube de gloria; se acercaban y cogian sus manos con amor. La una era su madre: la otra, Dolores su amiga querida!—Hija mia—le decia la primera con un acento celestial,—no desmayes por las espinas que encuentras en tu camino. Desde la celestial morada te veo y te bendigo, y tus lágrimas son cogidas por ángeles, que tejen una corona de hermosas flores para ornar tu pura frente: bendita seas, hija mia, tú en cuya alma candorosa fija María con gusto sus divinos ojos—y la jóven recibia un ósculo tiernísimo de aquella alma adorada.

—Gracias, mi dulce amiga,—decia Dolores,—te veo siempre; sé que mi hijo es feliz por ti; has padecido hambre, mi valiente niña, hambre porque al niño abandonado no le falte pan: bendita seas: yo pediré de rodillas delante del Señor de las misericordias por tu felicidad; bendita seas.

CAPÍTULO XXII.

La elocuencia de una lágrima.

Al dia siguiente era domingo: Caridad se levantó temprano, se lavó, peinó sus hermosos cabellos, y se vistió con ánimo de salir: la idea de cobrar el dinero para la casa no la abandonaba; era dia primero y no queria que al Sr. Bofil le diese la idea de ser tan puntual como acostumbraba, y no tener para pagarle: esto la preocupaba: por lo demás conservaba una peseta que no habia querido cambiar la noche anterior, y eso les bastaba para el dia. Pedro se despertó.

—¡Qué temprano! ¿á dónde vas?

—Voy á comprar para hacer la comida, ¿quieres que te vista ó esperas en la cama? mejor será esto: yo vuelvo en seguida.

—¿No tardarás?

—No, hijo mio, duerme otro poquito, pronto vuelvo—y

y salió cerrando la puerta con llave: cuando se vió en la calle lo primero que hizo fué llegarse al almacen.

—Buenos dias, ¿está el principal?

—No, señora.

—¿A qué hora viene?

—Los dias de fiesta no se sabe.

—¿Y quién se encargará de esta ropa que traigo?

—Yo mismo.

—De modo que V. podrá satisfacer.....

—¡Ah! eso no.

—¿Pues no se encarga V. de la ropa?

—Pero no del pago.

—Es el caso que me hace falta el dinero.

—No puedo complacerla.

—¿Dónde vive el principal?

—No se canse V., pues los domingos no le gusta que le incomoden; á las doce cerramos y muchos dias no parece por aquí.

Caridad no insistió, pero dos lágrimas asomaron á sus ojos.

—¡Dios mio! que no vaya hoy,—pensó, y apretó el paso: compró algunos comestibles y despues se encaminó á su casa. Pedro estaba sentado en la cama.

—Vísteme, Caridad, tengo muchas ganas de jugar, ¿vienes triste?

—No, niño; ¿por qué dices eso?

—Tienes lágrimas aquí,—dijo poniendo sus dedos en los húmedos ojos de la jóven.

Caridad estrechó al pobre niño contra su pecho, y

no contestó: le vistió; despues hizo el almuerzo, y se sentaron á la mesa.

Pedro comia con ese apetito de los niños robustos: Caridad estaba pensativa: solo la idea de la venida del Sr. Bofil la preocupaba.

Cuando acabaron, Caridad se sentó al lado de sus flores: su pensamiento vagaba por otros mundos: el recuerdo del sueño de la noche anterior llenaba su corazon de esperanza y le hacia pensar—¿quién sabe si aquello era un aviso de la Providencia?

Ya hacia rato que estaba sumergida en estas ilusiones, cuando unos pasos fuertes se oyeron en el corredor.

El corazon de la pobre niña latió con violencia.

—¿Quién será?—dijo Pedro,—pero no esperó mucho su curiosidad, porque un golpe fuerte y seco, dado al parecer con los nudillos, se sintió en la parte de afuera.

Caridad se levantó y abrió con mano trémula: no se habia engañado: el Sr. Bofil estaba en la puerta.

Era un hombre pequeño y regordete, vestido con una americana muy holgada y un pantalon negro, una camisa que denunciaba una respetable antigüedad y una corbata indefinible, y su cabeza estaba perfectamente cubierta con un sombrero de anchas alas.

—Venia por el dinero,—dijo sin saludar á la jóven, y con una voz bastante desagradable.

Caridad palideció.

—Si tuviese V. la bondad de pasarse por aquí mañana—dijo con acento humilde y cortés.

—¡Ma

—¡Mañana!—dijo el Sr. Bofil con ironía,—¿qué se ha creido V.? soy su criado? el otro mes me costó venir tres veces, y hoy ya tenemos el mañana; ¡pues no espero mas! ya he dicho á mis inquilinos que lo primero es la puntualidad, y yo tengo mis negocios, y no voy á perder el tiempo haciendo viajes.

—Señor Bofil, se lo suplico á V., un dia mas, estamos hoy á primero: no es tan grande la falta.

—No, señora, conozco las marrullerías de los inquilinos, y si se pasa una hay que tolerarlas todas. Si el mes último hubiese dicho á V. que se pusiera en la calle, este no tendríamos historias; por lo tanto, lo que debia haber dicho antes, lo digo ahora, busque usted casa.

Caridad levantó sus hermosos ojos espantada al oir aquella amenaza; ¿qué decia aquel hombre? Salir entonces de la casa, cuando aún no se habia repuesto de los gastos sufridos, era empeñarse y caer de lleno en un abismo de miseria: ¿dónde ir si no tenia recursos?

Esta idea pasó como un rayo por su imaginacion, y fué á hablar, pero el Sr. Bofil habia desaparecido, y solo el eco de sus pisadas decia á la angustiada jóven que no se engañaba, y que no era víctima de una terrible pesadilla.

Sus manos cruzadas cayeron con desaliento; dirigió al cielo una suprema mirada de angustia, y de sus ojos se desprendió una lágrima cristalina y pura como su alma y elocuente como su dolor. Lágrima que resumia todas sus angustias, todas sus penas, todas sus amarguras, todos sus dolores; lágrima solo compara-

ble á esas poéticas gotas de rocío que amanecen en el cáliz de la flor de Alejandría, y que el sol envidioso de su belleza evapora con su calor. La lágrima, cual la gota de rocío, se consumió abrasada al llegar á la mejilla de la jóven, encendida en aquel momento por la indignacion y la vergüenza.

—¿Da V. permiso, señorita?—preguntó en aquel momento una voz simpática y respetuosa.

Caridad miró á la puerta, y vió un jóven vestido con una elegante sencillez y sombrero en mano, que esperaba con cortesía la licencia pedida.

—Caballero,—dijo turbada la jóven, pasando su blanca mano por su pálida frente—no tengo el gusto de conocerle.

—Señorita, soy el dueño de esta casa, y me llamo Ramon Ramirez.

Caridad no le dejó acabar.

—¿Es V. el dueño de esta casa?—dijo con vehemencia.

Ramon hizo un signo afirmativo.

—¡Oh, caballero! el cielo le envia, tenga V. la bondad de pasar y tomar asiento,—y ofreció una silla á Ramon, que la miraba extasiado.

—¿Tendré la dicha de serle útil?

—Tanto, que desde este momento creo es providencial su venida; algun ángel vela por mí.... ¡calla, Pedro! siéntate, tengo que hablar con este caballero,—y tomando una silla, y ofreciendo nuevamente á Ramon un asiento, ocupó otro con la dignidad de una reina en su palacio.

Habia sentido tal alegría al oir que hablaba con el propietario de la casa, que no se fijó por el momento en lo que éste tenia que decirle, siendo desconocido para ella, ni en la mirada triste y apasionada con que el desconocido la miraba.

—Caballero,—dijo Caridad con su voz dulce y suave, con su graciosa sencillez y con la sinceridad que se desprende de la verdad,—soy una pobre jóven sin familia, y este niño es mi ahijado, y hemos tenido la desgracia de perder él una madre, y yo una tierna amiga. Los disgustos y gastos que esto me ha ocasionado, han hecho me retrase algo en el pago de mi habitacion, y el Sr. Bofil, vuestro apoderado, se incomodó porque no fuí puntual. En este momento ha llegado, no ha podido cobrar esta mañana, pero le aseguro he pasado casi toda la noche cosiendo por no faltar á mi compromiso, y á pesar de esto, el Sr. Bofil ha vuelto á incomodarse—dijo Caridad con voz trémula,—y me ha despedido. Si hoy salgo de aquí, ¿qué será de este pobre niño y de mí? Le suplico, caballero, que revoque esa órden, y yo le juro no volverme á atrasar, mientras Dios me dé fuerzas para seguir trabajando.

Si Ramon no hubiera tenido tanto dominio sobre sí, Caridad le habria visto llorar á sus piés; pero Ramon sabia encubrir sus emociones, y solo contestó con la voz alterada:

—Os suplico encarecidamente, señorita, no os ocupeis mas del Sr. Bofil; yo le encargaré no vuelva á molestaros, ni á aparecer por esta habitacion.

—¡Oh! no, caballero, os pedia un favor, y no espe-

raba por contestacion un agravio: yo deseo pagar con puntualidad, pero que se me dispense este pequeño retraso.

—Eso queria decir, señorita,—dijo Ramon con turbacion,—que cuando os venga bien le entregueis el dinero; en cuanto á salir de la casa podeis estar completamente tranquila.

—¡Oh! gracias, gracias,—exclamó Caridad con efusion—no podeis figuraros el bien que me haceis.

Y sus ojos húmedos se fijaron con agradecimiento en los de Ramon: más la mirada de éste era un poema de amor, de celos, de esperanzas y de contrariedad: Caridad se ruborizó y bajó los suyos; pero aquello fué un segundo; cuando volvió á levantarlos, aquella mirada se habia apagado, como esas luces brillantes que se ven solo un momento para dejar tras sí mas densa oscuridad.

—Señorita, despues de dar gracias á la Providencia ó á la casualidad que me ha proporcionado el inapreciable placer de prestaros un pequeño servicio, soy tan exigente, que voy á pedir en seguida su trueque, suplicándoos me concedais un momento para haceros una peticion.

—Caballero,—dijo Caridad sonriendo,—yo doy gracias á la Providencia, á quien todo se lo debo, si me proporciona el que me sea fácil complaceros. ¿Puede V. esplicarme á qué he debido su visita, que ha empezado por serme tan útil?

—Ya que he tenido tan amable acogida, empiezo con su permiso á esponer mi peticion. Tengo un amigo,

señorita, que hace tiempo padece el peor de los males —dijo sonriendo—está enamorado, y apurado por el mal éxito que han tenido sus tentativas, desesperado porque cree imposible vivir sin la mujer á quien ama, ha recurrido á mi amistad, muy sincera para él, y yo en su nombre tengo el honor de pediros vuestra mano para mi amigo Eduardo.... ¿seré tan feliz que pueda llevarle la esperanza?

Caridad no contestó al pronto, como meditando el asunto al cual tenia que dar una respuesta decisiva.

—Caballero,—dijo de pronto con una franqueza estraña para los pocos momentos que hablaba con Ramon—¿V. ha amado alguna vez?

Ramon quedó desconcertado por aquella pregunta á boca de jarro.

—No comprendo,—murmuró.

—Pues es fácil; si V. ha conocido lo que es ese cariño, comprenderá que al corazon no se manda, ni se le impone la voluntad.

Podrá ser que si hay circunstancias estrañas oculte usted ese amor; pero no creo pueda decirsele: ¿ves ese hombre ó esa mujer? ¡pues á esa ó á ese quiero que ames!

—No dejará V. de concederme hay muchas gentes que se casan sin una gran pasion, y son felices sin embargo.

—Entonces V. lo que me propone es una boda para mí de conveniencia; gracias, pero la temo, la considero como una especie de venta de la que suelen arrepentirse el comprador y el vendido.

—No

—No es ese mi objeto; Eduardo es rico, es verdad, mas no consiste en eso su mérito, es un hombre de escelentes condiciones de carácter, jóven, de bella figura,...

—¡Líbreme Dios de no conocer todas esas cualidades! pero yo no tengo mas que una cosa que oponer: No le amo, es mas, tengo la seguridad de que no le amaré nunca; esto no se lo diré á él porque las verdades, cuando son amargas, no gusta ni decirlas ni escucharlas; pero á V. que es su amigo se lo digo con franqueza, para que comprenda mis sentimientos y le desvie de sus ideas.

—¿No obedeceria tal vez esa opinion á recuerdos desagradables, por V. conservados acaso demasiado vivos?

Caridad se sonrojó.

—Es verdad—dijo despues de algunos momentos—la impresion recibida por mí al conocer á Eduardo no se me olvida, pero además mis opiniones sobre este particular ejercen una influencia en mi ánimo que ni yo misma me sé esplicar; yo no he amado nunca, y sin embargo comprendo es un sentimiento que el que lo profana por costumbre, no puede comprender nunca la sublimidad que encierra.

—En el fondo esa teoría es muy bella, mas en la vida práctica hay que hacer concesiones.

—Tal vez tenga V. razon, pero ¿qué compongo yo de ese mundo á que V. alude? mejor quiero vivir sola con mis ideas y con mis ilusiones, que entregar todas las impresiones de mi alma, por miedo al trabajo, y

librarme de este modo de mi triste suerte; V. creerá que soy una criatura estravagante ó romántica, que casi viene á ser lo mismo; no sé qué decirle, porque es difícil juzgarse á sí mismo, pero teniendo las convicciones que yo tengo, no se sabe mentir y no se puede aceptar otro camino distinto del que yo sigo.

—De modo, ¿que no me deja V. esperanza alguna?

—Cumplo con mi conciencia al obrar así, y le aseguro siento en el alma sea en esta cuestion en la que usted ha tomado parte, pues me imposibilita el complacerle.

—Yo lo siento únicamente por Eduardo, y no puedo por menos de admirar á una mujer que posee un alma y un corazon que llevan en si la felicidad del hombre que V. crea digno de llamarle suyo.

—Gracias—dijo Caridad visiblemente turbada.

Ramon se levantó.

—Señorita, sería para mí una honra y una felicidad que me creyese V. su amigo y me ocupase con toda confianza.

—Ya me he tomado esa libertad, y le repito las gracias mas espresivas. Crea V. siempre en mi sincero agradecimiento, y no dude abusaria de su bondad—y estendió su linda mano á Ramon que la estrechó respetuosamente y salió cerrando la puerta tras sí.

Cuando se vió en el corredor respiró como á quien le quitan de encima un enorme peso.

—Señor, —pensó Ramon bajando lentamente la escalera—¿será preciso creer que la virtud existe solo en las guardillas?

En la puerta encontró al señor Bofil que se quitó apresuradamente su sombrero.

—Señor don Ramon, ¿V. por aquí?

—Sí, señor,—dijo éste con tono indiferente—una inquilina de la guardilla se me ha quejado de la manera brusca que V. usa para el cobro de los alquileres, y además de haberla despedido; y es preciso no olvide V. que no tiene atribuciones sino para cobrar, y nunca para meterse á despedir sin mi consentimiento.

—Señor,—contestó Bofil consternado—yo, ¡por que no se atrasara mas!

—Debia V. haber sido mas humano con una jóven honrada que trabaja sin descanso, y con mayor motivo siendo V. pobre; pero no hay nadie mas tirano que quien consigue levantarse algo sobre sus compañeros.

—Dispénseme, V. señor; el celo de servirle bien me hizo exagerar; por lo demás yo no tenia intencion formal de despedirla, sabiendo es una honrada jóven; ¡oh! eso V. puede preguntar en toda la vencidad, gente de bien toda; no hay casa mas custodiada que esta; todos se admiten prévios informes.

—Está bien, Bofil; me alegro de ese celo, mas sea usted considerado y que no vuelvan á darme otra queja, pues no me agrada subir, como hoy, cinco pisos por su culpa,—y saludando al turbado cobrador se dirigió de prisa á su casa.

Allí esperaba Eduardo paseándose impaciente por la habitacion.

—¿Y

—¿Y bien?—preguntó mirando la alterada fisonomía de Ramon.

—Nada,—contestó este, dejándose caer en una butaca—es preciso cortar el mal de raíz.

—Lo temia—dijo Eduardo con desaliento—esa mujer me va á volver loco.

—No sé mas que admirarla, y la dispenso su terquedad en vista de sus sentimientos; ¡es un ángel!

—¡Ramon!—esclamó Eduardo mirándole fijamente—vienes impresionado.

—Descuida, amigo mio,—dijo tristemente Ramon—esa mujer vive en un mundo mejor que nosotros; desconoce ó al menos pasa por cima de las miserias de la vida sin que su blanca vestidura llegue al barro de la tierra; ¿crees habia de aceptar un corazon gastado y destrozado como el mio, ¡cuando no ha podido amar el tuyo porque se impresionó desagradablemente en su primera entrevista! desengáñate, Eduardo, esa mujer pertenece mas al cielo que á la tierra; recuérdala como un ángel bello que has encontrado en tu camino, mas aléjate, no vivas donde ella viva, no respires el aire que respira, porque la lucha de todos los momentos te pondria en un suplicio que llegaria á ser horrible. La verias siempre, querrias huir, y sin saber cómo, te encontrarias en su puerta, serias espia de su vida y hallarias á cada paso un abismo que te separaba de ella. ¡Aléjate! vé á Paris, esa Babel moderna, y en su bullicio constante, en su turbulencia, en su febril animacion tal vez encuentres un lenitivo ahora, y acaso un olvido profundo despues.

—Creo

—Creo, Ramon, que cuando tú me dices esto, no debo seguir otro camino,—dijo Eduardo con profunda tristeza.

—¿Crees en mi sinceridad?

—Con toda el alma.

—Pues te juro como caballero y como amigo le hice cuantas observaciones he creido del caso. He hablado de tí como tú mereces; ella asegura que cree cuanto le he dicho, pero que solo siente por tí una buena amistad y que no puede ofrecer otra cosa, ¿qué hemos de hacer?

—¡Nada! tienes razon, no debo insistir; no sé como asegurarte mi reconocimiento por tus buenos oficios; quiero irme en seguida, es mi único camino; adios, amigo mio,—y los dos jóvenes, dándose un espresivo apreton de manos, se despidieron tristemente.

Cuando Ramon se quedó solo, se llevó las manos á la frente con desesperacion.

—¡Dios mio! yo la amaba, sí, no queria creerlo, pero la amaba y hoy aquella lágrima me ha vuelto loco; no soy dueño de mí, ha sido la gota que hace verter la copa, ¿tendré que huir como Eduardo? ¡oh Caridad! ¿con cuánto gusto daria la vida si aquella lágrima hubiese sido derramada por mí!

CAPÍTULO XXIII.

Las angustias de Bruno.

Cuando Jaime vió desaparecer á los dos viejos desde donde se detuvo por miedo de que gritasen ó hubiese alguna complicacion en que la policía tuviera que tomar parte, se dirigió pensativo á su casa.

—Pues, señor,—pensaba—¿por quién me habrán tomado? ¿se creerian que les iba á robar? de todos modos yo necesito averiguar esto; les seguiré la pista y sabré dónde viven; yo preguntaré; ¡ah, Quima! sospecho de tí! ¡pero guárdate!

Al siguiente dia Jaime se situó á la misma hora en el portalon de la casa de enfrente á la de Quima, y no tardó en ver llegar á uno de los viejos.

Era Bruno que miraba recelosamente á todos lados; pero Jaime se ocultó perfectamente y aquel entró sin sospechar que le acechaban.

—¿Qué

—¿Qué ocurre, Bruno?—preguntó Quima abriendo la puerta.

El viejo cerró antes de contestar, y despues tomó á Quima de la mano y fué á sentarse donde su amo estuvo el dia anterior.

—¿Pero qué pasa, Bruno?—insistió Quima asombrada del aspecto del viejo servidor.

—¡Calla, Quima! pasa lo peor que pudiera acontecer; ¡tu tio nos siguió ayer!

—¡Ayer!

—Ayer iba armado y nos corrió; D. Timoteo está en cama, mal, y yo estoy disgustadísimo; ¡ay, Quima!—añadió Bruno meneando tristemente la cabeza,—fué una impresion de la cual no sé cómo saldremos; te aseguro que mi bilis está alterada desde entonces.

—¿Y se atrevió?—dijo Quima irritada del mal aspecto que podia tomar la cuestion.

—Sí, hija, sí; y lo peor es que á D. Timoteo le costará caro, ¡de seguro! él me encarga te diga su estado; yo vendré segun vea el terreno.

—Bruno, un favor le voy á pedir; dígale V. á don Timoteo, que yo quiero verle.

—Eso no puede ser, pues su hermana está lo mismo que un centinela.

—¿Y por la noche?

—Por la noche es distinto, yo solo me quedo al lado suyo.

—Pues V. puede venir por mí y entrarme por la escalera de la otra vez.

—Bien, se lo diré, y si es posible vendré por tí; si no,

aguarda mis noticias—y salió con las mismas precauciones que habia entrado.

Cuando estuvo lejos, Jaime abandonó su escondite y le siguió recatándose.

Bruno entró en su casa no sin mirar nuevamente á la calle en todas direcciones; pero Jaime no estaba allí.

—¡Gracias á Dios!—esclamó subiendo las escaleras.

A los pocos momentos, Jaime salió de una bocacalle donde se habia ocultado, llegó á la casa, la examinó y miró el número.

—Bueno,—se dijo—esto no va mal, no quiero ir á ver á Quima, no sé disimular y pronto descubriria mis sospechas; mañana será otro dia,—y efectivamente, al dia siguiente, bien temprano, Jaime llegaba á una tienda, enfrente de la casa de D. Timoteo.

—¿Qué se le ofrece á V.?

Jaime consultó un papel que llevaba en la mano.

—¿Me hace V. el favor de decir el nombre del que vive en esa casa?

—D. Timoteo Garquilla.

—¡Garquilla!—dijo Jaime consultando de nuevo su papel—sí, ese es el apellido, pero el nombre no, ¿tiene algun hermano?

—No, señor, es solo; tiene una hermana nada mas.

—¡Es estraño! están equivocadas estas señas, este señor tiene un hermano que está con su mujer en Méjico, por un pleito.

—¡Ca! no, señor, el tal Garquilla es muy rico y no ha tenido pleitos; ha sido el *hereu* de su casa.

—¡Me

—¡Me ha engañado Quima!—pensó Jaime—pues, usted perdone.

—No hay de qué.

Jaime tomó la calle arriba.

—¡Es preciso pensar un plan! esta gente me conoce, ¡yo necesito saber mas! puede ser que Quima esté engañada tambien, tal vez este hombre espere á alguna, ¡no puedo creer que esa mujer me engañe! ¡si tal hiciera! seria infame, ¡yo que se lo he sacrificado todo! este viejo que ha ido á su casa es el criado, y me ha de decir la verdad, si no quiere morir á mis manos— y dió la vuelta á la calle y entró en el portalon precisamente cuando Bruno abria la portería.

Si éste hubiese visto junto á sí un toro de cuatro años, no habria quedado mas aterrado.

Jaime, por su parte, le miraba con una sonrisa irónica.

—Buenos dias, señor, ¿cómo es su gracia?

—¡Mi gracia!—dijo Bruno convulso—no creo tener ninguna.

—Quiero decir su nombre.

—¡Ah! mi nombre... Bruno, para servirle.

—Pues, señor Bruno, es el caso que yo necesito hablarle despacio.

—¿Despacio? ¡ah! pues lo siento, si hubiese sido de prisa, seria otra cosa, pero precisamente ahora tengo un asunto.

—Ya dejaremos ese asunto para mas tarde—dijo Jaime de una manera chocarrera—V. tiene cara de complacerme, se lo conozco.

El pobre viejo vió una amenaza, comprendió el peligro, y trató de encontrar un medio de salvarse.

—Está bien, señor Jaime.

—Y ¿cómo sabe V. mi nombre?

—¿Yo?—dijo Bruno atribulado—¡ca! no, señor, si yo no sé cómo se llama.

—Ahora mismo acaba V. de decirlo.

—¡Será una casualidad!

—No, señor, eso no es casualidad—dijo Jaime levantando la voz.

—Tiene V. razon, no es casualidad, es que, ¡mire usted qué rareza! cuando yo veo una persona me digo en seguida: este hombre tiene cara de llamarse fulano; este, mengano; este perengano, y V. tiene cara de llamarse Jaime, ¿he acertado? ¡si es estraordinario! y Bruno se frotaba las manos y sonreia de una manera forzada.

Jaime le agarró por la muñeca, le trajo hácia sí, y le hizo dar media vuelta.

El infeliz se quedó lívido y cerró los ojos.—¡Ha llegado mi hora!—pensó.

—¡Voto á cien demonios! ¡so estantigua! que entendiendo la pretension nada mas de engañarme le hago pedazos; ¡pronto! vamos á sentarnos en la portería, y á la primera voz que dé ó á la primera mentira que diga, lo pondré en relaciones íntimas con este amigo—y sacó el estremo de una pistola, en la cual el infeliz Bruno creyó ver balas hasta la boca.

Bruno entró en el cuartito de la portería y se dejó

caer

caer en una silla con el desaliento pintado en el semblante; Jaime se sentó enfrente, pero á una corta distancia.

—Vamos á ver, ¿á qué van V. y su amo á visitar á Quima?

—¡Ya pareció aquello!—pensó Bruno, y una idea luminosa atravesó por su cerebro—si le digo que don Timoteo va con buenos pensamientos, este hombre se alegrará y yo me salvo.

—¿Conque era eso lo que V. queria saber?—dijo con una sonrisita—pues sí, señor, se lo diré en seguida: La Quima es soltera, buena muchacha, mi amo es tambien soltero, y... ¡vamos, entre gente jóven, ya comprende V.!

—No comprendo, no, señor.

—Pues digo—continuó Bruno limpiando el sudor que caia por sus sienes—que mi amo trata de casarse con ella.

—¡Ira de Dios! me lo temia—dijo Jaime dando un tremendo puñetazo en la mesita situada entre Bruno y él.

El pobre viejo se quedó con la boca abierta.

—¡Este hombre es una fiera!—pensó—¿aun no está satisfecho, mediando matrimonio?

—Señor Jaime,—dijo temblándole la barbilla—no creo pueda hacer mas que casarse con ella.

—¡Casarse!—rugió Jaime—¡no, mientras yo viva!

—V. comprenderá, que por mucho que le haya ofendido, no puede satisfacer mejor que...

—¡Calle V., viejo loco! ¿cree V. que yo consentiré?—prosiguió Jaime echando fuego por los ojos.

—Por su bien siquiera.

—¿Por

—¿Por su bien?—dijo Jaime lanzando una carcajada nerviosa.

—A V. le toca ceder,—espuso Bruno humildemente.

—¿Y á mí por qué?

—Al fin ha hecho V. las veces de padre.

—¿De qué criatura?—preguntó Jaime con su terrible bozarron.

—¿De qué criatura? ¡de ella!

—Pero, ¿quién es ella?

—¡Señor! ¿qué lio es este?—dijo Bruno sin saber cómo salir de aquel laberinto—¿no habla V. de Quima?

—Sí, pero ¿de quién es la criatura?

—Hombre, V. ha hecho como si fuese suya.

—¡Yo! V. está loco.

—¿No es Quima la que ha pasado por hija de usted? ¿no es su sobrina?

—¡Que sobrina! ni ¡qué hija! ni ¡qué calabaza! ¡viejo del diablo! tengo la cabeza como un bombo en la media hora que llevamos de conversacion.

—¿Que no es Quima su sobrina?

—¡No, no, y cien veces no!

—Señor, ¡esto parece imposible!

—Pues es lo mas natural, no teniendo yo hermanos—gritó Jaime ya descompuesto.

—En fin, ¡yo estoy ya tonto!

—¡No! V. lo ha sido siempre.

—¡Señor mio!—dijo Bruno exasperado al comprender habia sido víctima de dos engaños, uno de Quima y otro de Jaime.

—Yo

—Yo creí que V. era tio, porque ella así me lo manifestó.

—La razon me convence, pero podian figurarse que no iba yo á rondar á una sobrina casadera que se empeña en que se la lleve el demonio; y en fin, esto se acabó, yo no he sido tio nunca. Quima es mi querida, y quien se atreva á pasar siquiera por la calle, el amo y el criado se las entenderán conmigo; con que, señor Bruno, no olvidarlo, pues le importa;—y Jaime salió con el mismo aire de *taco* que habia entrado.

—¡Vaya V. descuidado, Sr. Jaime! ¡servidor de usted! ¡beso á V. la mano!—y tan ofuscado estaba el bueno de Bruno que no reparó en que Jaime habia desaparecido sin hacer caso de sus cortesías.—¡Vírgen santa de la O!—añadió Bruno, al verse solo y libre de lo que él creia una muerte cierta,—hoy he nacido, es decir, no he nacido, pero me he librado del eminente peligro de morir en las garras de una fiera rabiosa; ¡ah, Quima! ¡te conocí por mis pecados! digo mal, ¡por los pecados de mi amo! y por mi parte te pienso hacer la cruz como al demonio,—y Bruno subió las escaleras apoyándose fuertemente en la barandilla, pues sus rodillas se negaban hacia rato á sostenerle.

CAPÍTULO XXIV.

Jaime se formaliza.

Jaime se dirigió á casa de Quima, subió las escaleras como un rayo, y tiró del cordon de la campanilla de un modo tan violento que Quima saltó de la silla, y corrió á la puerta—ya se armó!—se dijo viendo á Jaime entrar con los ojos brillantes y los labios pálidos.

—¿Qué tienes?—dijo ella, abrazándole cariñosamente.

—Aparta—contestó Jaime, empujándola rudamente

—Vamos,—dijo ella sonriendo—ya tenemos celos....

—¡Celos! mírame la cara y dime si crees que yo soy de los hombres que sirven de juguete.

—Pero ¿á qué viene eso?

—Viene.... á que todo lo sé.... y á que vas á morir.

—¿Y qué sabes?—preguntó ella cruzándose de brazos y mirándole fijamente.

Jaime se quedó parado y como indeciso.

—¿Qué sabes?—repitió Quima.

—Todas tus picardías, todas tus falsedades; que el viejo te pretende, que tratas casamiento con él, ¡todo! ¡absolutamente todo!

Quima sintió latir su corazon de alegría y pensó: —¿por quién sabria aquello Jaime? ¿podrá ser verdad tanta dicha? ¿lograria ella casarse con el viejo?—volvió á sonreir alegremente, tomó la mano de Jaime, que se dejó conducir sin decir palabra, y despues de presentarle un sillon, se sentó con gracia á su lado, afectando una tranquilidad que no tenia, y empezó á acariciar la áspera mano de Jaime que tenia entre las suyas.

—Mira, Jaime, siempre me ha disgustado ese carácter tan violento que tienes, ¿á qué conduce?

—Quima,—dijo él apretando los puños;—al grano, y no empieces con marrullerías.

—No te lo habia dicho antes por miedo á tus arrebatos: figúrate que D. Timoteo me dice que me quiere; esto es todo, ¿puedes creer que yo haga caso de semejante petate?

—¡Mientes, Quima! esta casa es suya, y tú sabias su pretension cuando te viniste á ella.

—Jaime, ¿estás loco? yo no le conocia: esta casa es de su hermano.

—Mientes, digo, no tiene hermanos ni pleitos, ni nada de lo que tú me has dicho.

—¿Qué dices?—exclamó Quima con tal acento de asombro, que Jaime empezó á dudar,—yo te aseguro,

Jaime, que me dijeron eso: si no es verdad no sé qué decirte; pero la casa para algun objeto me la dan á guardar.

—La casa te la dió el viejo.

Quima soltó una carcajada tan franca y tan espontánea, que aquel hombre rudo, pero de corazon apasionado, cayó en el lazo.

—Mira, Jaime, convéncete de una cosa: si fuera verdad, yo no tenia necesidad de andarme con tapadillos: soy libre y lo hubiera hecho.

—Es que sabias que yo te mataría.

—Vamos, no seas así; bien comprendes que no se mata á una mujer sin perderse un hombre..... y tú quieres mucho á tu hijo para dejarle huérfano.

—¿Qué dices?

—Digo, que Dolores ha muerto, que te dejes de tonterías, y vamos á hablar de lo que nos interesa.

Y aquella mujer cínica, desviando de pronto aquella cuestion enojosa y presentando á Jaime de improviso la variacion que habia tenido en su suerte, logró distraerle con la nueva idea, de sus proyectos de venganza.

—Pero—dijo Jaime—yo necesito saber... .

—Lo que tú debes saber, es que yo te quiero siempre: no me enfades con tus celos, pues te aseguro no tienen fundamento; vamos, hablemos con formalidad de nuestros planes.

Jaime cabizbajo escuchaba las palabras de aquella mujer que á pesar suyo le dominaba, y jugaba con su corazon, como el gato juega con el inocente pajarillo que tiene la desgracia de caer en sus garras.

CAPÍTULO XXV.

El principio de un pleito.

Desde la marcha de Eduardo, Ramon estaba mas sombrío; su pasion por Caridad era ya una necesidad de su vida, y la casta imágen de la jóven con sus manos cruzadas, sus hermosos ojos elevados al cielo, y aquella lágrima pura y cristalina, le perseguia todos los momentos. Era su único pensamiento; la ilusion de su alma: se pasaba horas enteras esperando la llegada de la jóven: salia sin saber á qué, y se encaminaba por los sitios por donde Caridad solia pasar, y un dia en uno, otro dia en otro, Ramon no habia dejado ni uno siquiera de cambiar un saludo con ella, y como si solo aspirase á esto despues de haberla visto, se volvia á su casa como el que ha satisfecho una apremiante necesidad.

A Caridad le pareció extraño en los primeros dias

 en

encontrarse siempre á Ramon; pero como ni una palabra, ni un gesto, le indicaban la lucha de aquel hombre, acabó por atribuirlo á la casualidad de salir los dos á la misma hora, de sitio determinado.

No era Ramon un hombre indiferente para Caridad, pues sabido es que el corazon de las mujeres es por regla general agradecido, y el conocimiento de los dos habia ocasionado á aquel salvar la crítica situacion de la jóven. Esta, pues, guardaba un sentimiento de gratitud hácia el hombre que la habia protegido; algunas veces recordaba su conversacion con él, y su voz, la atencion que le habia manifestado, su manera de espresarse, formaban un conjunto muy simpático para ella; ¿pero deja de ser un sueño abrigar ni la mas remota esperanza respecto á un hombre que al hablarle intercedia de amores por otro? que la encontraba todos los dias y no le dirigia la palabra?—¡ilusiones que atraviesan por los cerebros juveniles!—pensaba la jóven con cierta tristeza,—es una distancia inmensa.

Una tarde volvia Caridad á su casa con Pedro de la mano, y el pequeño charlaba contándole mil inocentes aventuras de su colegio. Llevaba ella la cabeza baja, y de pronto el chico le apretó la mano y se ocultó en sus faldas: la jóven levantó la cabeza sorprendida.

Jaime llegaba hácia ella con paso muy ligero. Caridad tembló, pero esperó tranquila en la apariencia.

—Buenas tardes,—dijo Jaime con su aspereza natural,—¿oyes, Pedro? ¿por qué te tapas? ¿te doy miedo?—y tomó con violencia la muñeca del chico, y le separó del vestido de Caridad.

Pedro se quedó de una mano cogido por la jóven, y por otra de su padre.

—He sabido que ha muerto Dolores,—dijo mirando á Caridad—y que V. ha recogido el chico: le doy las gracias.

—¡Ay! señor Jaime—contestó ella con su modesto tono,—no hay que darme gracias: Pedro me acompaña y yo estoy muy contenta de él.

—Pues siento no haberlo sabido antes, pero ya se vé..... como V. sabe los disgustos.... pero ahora es distinto, Pedro se vendrá conmigo, pues yo, la verdad, quiero á mi hijo, y deseo tenerle en mi casa.

Caridad palideció ligeramente.

—Señor Jaime, ¿si V. quisiera hacerme el favor de dejarme á Pedro?—dijo con su humildad de siempre.

—Usted conocerá que siendo su padre, y no teniendo más hijo que este.....

—Es verdad, pero Dolores al morir me encargó que no le abandonase.

—Está bueno,—dijo Jaime con acento irritado,—que mi mujer dispusiera semejante tontería.

—Señor Jaime, conmigo no le falta nada.

—Lo creo, pero yo quiero á mi hijo á mi lado.

—Usted no puede cuidar de él, está solo.

—Descuide V.; sobrará quien le cuide.

—Se lo pido por lo más querido..... no me separe V. del niño.

—¡Ea! basta ya; esto habrá sido lo que Dolores habrá dejado tejido; mas dejemos de conversa-

cion, pues estoy decidido á llevarle conmigo,—y tiró del chico, que empezó á llorar.

Algunos transeuntes miraban con curiosidad al pasar este grupo en el que no parecia reinar la mejor armonía. Caridad era tímida, el escándalo la asustaba, y Jaime le inspiraba un miedo terrible; sin embargo de esto, en su casa le hubiera contestado, pero en la calle, la jóven avergonzada no sabia qué decir: sus ojos se levantaron llenos de angustia, no supo qué contestar, y algunas lágrimas ofuscaron su vista. Miró al rededor de sí como buscando proteccion, y un rayo de alegría iluminó su pálida fisonomía al ver que por casualidad ó providencialmente Ramon estaba enfrente de ella, y parecia decirle como en su entrevista, «creedme siempre dispuesto á complaceros y serviros.» La mirada que le dirigió Caridad, tan elocuente, cual si hubiera pasado su vida y sus emociones á sus ojos, parecia decirle, «venid, necesito vuestra proteccion.» Aquello fué un relámpago, fué la idea puesta en accion, y antes de lo que puede decirse Ramon estaba al lado de la jóven y la saludaba respetuosamente.

—Hola, Jaime, ¿cómo va?—dijo saludándole cordialmente.

Este le miró con sorpresa.

—No le recuerdo, caballero.

—No conoceis al dueño de la casa donde habeis vivido tantos años?

—¡Ah! D. Ramon, es verdad. V. perdone..... como nos hemos visto tan pocas veces.....

—Muy pocas, es cierto, lo cual no impide que yo le

recuerde perfectamente; pero ¿qué les pasaba á ustedes? ¿les creí oir hablar acalorados?

—Nada, yo que me llevo á Pedro, y esta señorita tiene la pretension de oponerse.....

—Si V. no tiene inconveniente, señorita, en su habitacion podemos hablar de esta cuestion, en la calle se está mal.

—Yo no tengo ninguna cuestion, yo me llevo á mi hijo; no quiero otra cosa.

—Jaime, la gente se entiende hablando, vamos arriba y hablaremos: creo que le interesa.

Caridad empezó á andar sin dejar á Pedro de la mano: la pobre jóven no habia tenido ni el valor de decir una palabra, pero su corazon, desfallecido momentos antes, daba cabida á la esperanza.

Cuando llegaron, Caridad cerró la puerta.

Pedro lloroso le apretaba la mano como preguntándole y protestando de la violencia de su padre.

—Calla, hijo mio, y confia en Dios,—murmuró la jóven á su oido.

La pobre criatura con ese instinto del peligro contra sus costumbres bulliciosas, tomó una silla y se acurrucó en un rincon. Los demás se sentaron; Ramon tomó la palabra:

—Vamos, Jaime, como buenos amigos, ¿por qué tiene V. ese empeño de separar á Pedro de esta señorita?

—Don Ramon, ¿es posible que me pregunte V. eso, cuando sabe que no tengo mas hijo que este?

—Jaime, V. tiene razon y no la tiene; es preciso que usted comprenda que está en circunstancias especia-

les. Dolores al morir hizo constar su voluntad de que el niño no se separase de esta jóven, segun le decia hace un momento; ¿cree V. que no vale el deseo y la voluntad de un moribundo?

—D. Ramon, yo no entiendo de letra menuda; solo sé que es mi hijo, que soy su padre, y quiero viva conmigo.

—Pues, Jaime, no crea V. que eso es tan fácil.

—¡Cómo no!—dijo éste levantando la voz.

—No se altere V., amigo, todos le oimos perfectamente sin que se moleste en gritar: voy á esplicarle á usted en pocas palabras lo que he dicho. Yo soy abogado aunque no ejerzo, y sé de memoria que cuando un matrimonio se separa, si uno de ellos prueba al otro mala conducta, éste no tiene derecho á reclamar sus hijos. ¡Oh! en esto la ley es previsora, pues no hay duda que el mal ejemplo es pernicioso.

—Don Ramon, yo no he estado separado de mi mujer, y aunque así fuese, hoy soy viudo.

—¡Amigo Jaime! empezaré por puntos: V. no ha estado separado de su mujer, pero todos sabemos que ha vivido V. con una querida, y que su mujer al morir ha dejado su voluntad terminante respecto á su hijo, y esto es sagrado.

—¿Y en qué papel está eso escrito?—dijo impetuosamente.

—Hombre, eso ya saldrá si V. se empeña.

—¡Vaya si me empeño! ¿se cree V. que yo no me llevaré el chico?

—Hará V. mal, amigo Jaime—dijo Ramon con tono conciliador.

—¿Y

—¿Y se puede saber por qué?

—Porque aun despues de ganado el pleito por usted.....

—¿Qué pleito?

—El que yo deseo entablar queriendo V. llevarse el chico, y el que sostendrá esta señorita de la cual yo seré defensor: pero como digo, aun ganado por usted, figúrese ya con Pedro en su casa: paso por alto las consideraciones de la pobre criatura; los chicos tienen más penetracion que nos figuramos, y forman juicio de las cosas á veces mas exactos que las personas mayores; V. por necesidad tiene que dejar al pequeño solo con una mujer que no le ama, y le espone á una vida miserable, y todo por el capricho de tenerle consigo: esto sin mirar el mal ejemplo que ha de recibir.

—Mire V., don Ramon, yo tambien quiero tener calma y voy á contestar punto por punto: en primer lugar, mi hijo no se quedará solo, pues quiero que Pedro venga conmigo á la fábrica para que trabaje y empiece el oficio de pequeño: en segundo lugar, esa mujer que V. cree le dará mal ejemplo, no es mala, y prueba de que no lo es, que voy á casarme con ella.

Ramon comprendió que aquella última parte derribaba su castillo de naipes, y se quedó pensativo.... de pronto levantó la cabeza. ¡Jaime!—dijo con viveza,—vamos claros..... mientras esto no se decida, Caridad tiene derecho al niño: el dia que V. se case no puedo negar que le pertenece; pero, si yo le probase que esa mujer no es digna de V. y que le engaña, ¿se casaria?

Jaime se puso en pié de un salto, como el que ha

recibido el pinchazo de un terrible aguijon. Todos los celos pasados vinieron á su imaginacion, y no pensó en Pedro, ni en Caridad, ni en el asunto de que trataban: aquella sola palabra le habia hecho estremecer de rabia y de sospechas.

—Don Ramon,—dijo con vehemencia,—si V. me da pruebas de eso, no reclamo á Pedro á esta señorita.

—Convenidos: yo le ofrezco lo que desea: separémonos como buenos amigos.

—¡Lo prometo!—y Jaime llegó al rincon donde Pedro, despues de estarse quieto un rato, se habia quedado dormido, separó sus hermosos rizos, y le besó en la frente.

Caridad entretanto preguntaba á Ramon en voz muy baja—¿qué pruebas tiene V.?

Ramon se puso un dedo en los labios, recordando á la jóven silencio, despues se inclinó con disimulo.

—Nada, dijo, mientras Jaime miraba á su hijo,—*quien hace un cesto hace ciento.*

A los pocos segundos Ramon y Jaime se despedian en la calle, y Caridad acostando á Pedro—¡Señor!—decia con cierto placer,—¡la verdad es que este hombre parece que ha nacido para protegerme! y lo mas gracioso es que me siento feliz cuando me veo protegida por él.

CAPÍTULO XXVI.

Noticias de Eduardo.

El corazon de Ramon habia sufrido una viva transformacion: la esperanza se aposentaba en él como amiga cariñosa, y su vida tenia ya un objetivo: ¡trabajaba para ella!; su existencia no era monótona, fria y triste como antes, y por el contrario, el tiempo lo repartia temeroso de que le faltara. ¡Oh deliciosa influencia del amor! su mesa estaba repleta de papeles; infinidad de libros que consultaba á cada momento, indicaban que un trabajo sério le preocupaba. A las cinco y media se levantó.—Pues, señor, no sé qué hora es, pero he pasado un gran rato: ¡las cinco y media! es una buena hora para ver á mi defendida, y lo peor del caso es que tiene tan poca razon... lo que es Jaime si se empeña se lleva á Pedro, pero veremos si encuentro medios de evitar..... ¡Ay Caridad! ¡no sabes

 cuál

cuál tienes á tu abogado! ¡pero si tus hermosos ojos me mirasen con amor! ¿habria algun pleito que yo no ganara?—y embebido en estos pensamientos, salió de su casa y recorrió algunas de las calles por donde tenia que pasar Caridad. Esta no tardó en venir como siempre con Pedro agarrado de su mano.

—Buenas tardes, Caridad, dispénseme que la moleste en medio de la calle.

—¡Oh! caballero, nunca puede ser para mí molestia alguna hablarle, y desgraciadamente, como vivo sola, no recibo visitas, á no ser que una casualidad me obligue, como anoche, á recibirlas á pares,—y la jóven se sonrió con gracia.

Ramon comprendió el sentimiento de delicadeza que obligaba á darle aquella esplicacion.

—Por eso mismo he querido hablarla aquí; necesito algunos datos de la vida de Jaime.

—¿V. cree que insistirá?

—No lo sé, pero bueno es prevenirse.

—No puedo decirle más que á su mujer la trataba de una manera cruel. Ella era buena, cariñosa, prudente, pero nunca se conmovia este hombre, aunque la viese enferma, callar y sufrir; ¡ay! se lo aseguro, los dias que vivieron juntos, estando yo en la casa, me indignó de tal modo, que no comprendia si Dolores era virtuosa ó imbécil.

—¿Tan valiente es V.?—dijo Ramon sonriéndose.

—No lo soy—dijo Caridad ruborizándose—pero lo que más daño me hace en el mundo son las injusticias.

—Me

—Me alegro saberlo.

—¿Por qué?

—Por nada, hoy; mas si tengo que defenderla en adelante, será un dato precioso. No se ria V., niña, necesito saber su manera de sentir y de pensar; los abogados somos casi como los confesores, necesitamos hacernos cargo perfectamente de las interioridades mas detalladas y pequeñas, para que sea la pena ó la absolucion oportuna.

—Pues pregunte V.; estoy dispuesta á contestar.

—Todo no puede ser en un dia; la emplazo para mañana por la tarde.

—Convenido,—y Caridad miró á Ramon con toda la intencion que lo hace una mujer de veinte años cuando un hombre no le es indiferente.

Aquella mirada á quema ropa fué la chispa que hace volar un depósito de pólvora.

Ramon comprendió que en medio cuarto de hora más de conversacion era hombre perdido, y trató de defenderse; por el pronto no se le ocurrió mejor recurso que declararse en retirada.

—Caridad—dijo variando su tono chancero por su gravedad acostumbrada—¿sabe V. el nombre de la mujer que ha trastornado á Jaime?

—Quima.

—Muchas gracias, hasta mañana;—y se separó bruscamente de la jóven, encaminándose á buen paso hácia su casa.

—A mi vecino parece que le pasa algo raro, ¿qué será? se contradicen sus obras y sus palabras; creí

descubrir intencion de hablarme, y cuando tenia mejor ocasion, se va como si estuviese disgustado; no hay cosa mejor que el tiempo para aclarar misterios, ¡esperemos!

Entre tanto Ramon solo en su estancia parecia entregado á una loca alegría: la mirada de Caridad habia llegado derecha á su alma: recordaba toda la reserva que la jóven demostró con Eduardo y acariciaba en su corazon la esperanza.

—¿Seria tan feliz—murmuró—que llegase á conquistar esa celeste criatura?—pero en el instante la idea de Eduardo se apareció como protestando de su amistad.

—¡Dios mio!—pensó Ramon—ese hombre dudará de mi lealtad, tal vez crea que usé de doblez y de falsía cuando me sacrifiqué por su amistad, ¿qué haré? ¿cómo podré sincerarme á sus ojos?

En aquel momento llamaron discretamente á la puerta.

—¿Quién?—preguntó Ramon como el que despierta de un sueño para entregarse á la vida real.

—Una carta, señor—contestó una voz desde fuera. Ramon abrió, y un criado le presentó una carta: la tomó con viveza, porque habia reconocido en el sobre la letra de Eduardo.

Decia así:

«Amigo mio:

»Te debo un recuerdo para esplicarte el estado

de mi corazon y la lucha que sostengo con mis sentimientos, despues de haber tomado tu consejo. A nadie mas que á tí, que has sufrido cuanto yo padezco, me dirigiria hoy sin hacerle asomar una sonrisa lastimosa á los lábios: pero á tí es distinto, pues aunque tu corazon esté herido, conservas sentimientos que hoy se miran casi con un gesto desdeñoso por la juventud prematuramente gastada de este siglo materializado.

»Los primeros dias que pasé en esta Babel se me hicieron insufribles, y me cansaba el ruido contínuo de este bullicioso enjambre.

»Despues una casualidad ha influido en que mi vida sea mas llevadera. Ya comprendes el placer que causa en tierra estranjera encontrar una cara amiga. En uno de mis paseos favoritos, el que encuentro mas grato por mi aficion á la soledad, en uno de sus bosquecillos al lado de un lago delicioso, encontré una mujer notablemente hermosa, que como yo, parecia huir del bullicio; por muy preocupado que un hombre se encuentre, una mujer bonita tiene el privilegio de llamar la atencion mas ó menos tiempo á quien, como yo, ha rendido culto siempre al sexo bello. A los dos ó tres dias de verla ya deseaba saber quién era aquella solitaria paseante; me hice acompañar por un conocido de café, jóven atolondrado, concurrente á cuantos espectáculos se dan en París, conocedor de todas las bellezas y que asiste á las sociedades mas ó menos aristocráticas.

»Tenia la seguridad de que me serviria en aquella ocasion y aguanté casi con gusto la relacion que me hi

hizo de crónicas escandalosas, de amores, de desafíos y de conquistas, cosas todas que me tenian sin cuidado.

»Llegó por fin la hora y no tardó en aparecer en una magnífica carretela la consabida rubia. Apenas mi acompañante la vió cuando se apresuró á saludarla.

»—¿Quién es, por fin, esta solitaria?

»—¡Oh! no tengo otra cosa mas conocida—dijo mi jóven amigo, como lastimándose de mi ignorancia—esta la llaman la *dama del lago*, por su aficion á pasear por este sitio; es casada, ¡una lástima! diré mejor, está sacrificada á un viejo Mr. Agustin; son ricos, y una vez á la semana reciben; pero el marido la acecha de una manera vergonzosa, la mortifica, y á su vez ella le ridiculiza y le aborrece. Gastan en un lujo terrible sus rentas y viven en completo desórden: os llevaré si gustais y vereis además un tipo delicioso, la vieja madre de esa rubia que dice á cuantos se le presentan los disgustos y los sinsabores de su casa, se lamenta del casamiento de su hija, y sin embargo se une al yerno para sujetar á la esposa que trae á los dos á mal traer.

»—Yo creo haber visto esa mujer alguna vez.

»—Es muy fácil, ¿no sois español?

»—¿Es acaso española?

»—No tengo duda alguna.

»—Pues acepto vuestro ofrecimiento; deseo conocer mas de cerca á esa compatriota.

»A los dos dias Lucien de Marceli, que es mi nuevo amigo, llegaba por mí para presentarme á la *dama del*

lago. La jóven me recibió con esa política fria y afectada con que se trata á un desconocido. Lucien de Marceli le hizo notar que era español, y entonces cambió de espresion y me habló en nuestro idioma.

»—¿Es V. compatriota?—me preguntó con los ojos animados por la curiosidad.

»—Tengo esa honra, señora—contesté inclinándome.

»—¿De qué provincia?

»—De Cataluña.

»—¡Oh! lo que me alegro, yo soy de allí tambien; ¿conoce V. á Barcelona?

»—Soy de allí precisamente.

»—¡De Barcelona!—dijo como si esta frase espresara un mundo de encontrados afectos.—Es raro que yo no le recuerde.

»—Yo en cambio aunque algo variada creo la he conocido á V. en otros tiempos, no puedo dudarlo.

»—Tengo allí muchos amigos, vivíamos en la Rambla; ¿conoce V. á Ramon Ramirez?

»Como si tu nombre fuese una aclaracion de quién era ella, le pregunté casi sin pensar:

»—¿Es V. Malvina?

»Debió de conmoverse porque tardó un momento en contestarme, despues se sonrió con todo el arte de que saben disponer las mujeres.

»—Efectivamente, por fin me recuerda V., yo aun no he tenido ese gusto, pero ¿será V. tan amable que me acompañe á dar un paseo por el salon? hablaremos de nuestro pais y de nuestros amigos—añadió sonriéndose con intencion.

 »Yo

»Yo la ofrecí mi brazo y esperé atento á que empezase la conversacion; presentia que me hablaria de tí y no me equivoqué.

»—¿Ha tratado V. mucho á Ramon?—me dijo mirándome fijamente:—yo sostuve su mirada.

»—Mucho,—le contesté con intencion.

»—Y ¿es feliz?

»—¿V. me lo pregunta?

»—¿Por qué no?

»—¿Puede ser feliz el que despues de haber conocido el bien le pierde?

»Una nube de tristeza pasó como un relámpago por sus ojos.

»—Desengáñese V.--contestó--hoy los hombres como las mujeres no conocen la palabra «siempre;» todo pasa, todo desaparece, todo se olvida.

»—Hay escepciones, á pesar de esas reglas.

»—Y, ¿es Ramon la escepcion?

»—Al menos, yo lo creo así.

»—Puede ser, pero es raro, y es mas, le aseguro que lo siento.

»—Es estraño, porque regularmente las mujeres no compadecen mucho á los heridos de amor.

»—¿Quién le ha dicho á V. eso, caballero?

»—La esperiencia.

»—Pues entonces yo le aseguro soy la escepcion de esa regla, temeria mucho hacer padecer.

»—V. será tan amable que me permitirá me atreva á dudar,—le dije sonriendo.

»—¿De lo que digo? ¡gracias, caballero! es V. muy

original, pero no me esplico en qué funda usted su duda.

»—Muy sencillo; V. sabia en otros tiempos que habia un hombre sufriendo mucho por V., y sin embargo...

»—¡Ay, Dios mio! es difícil que me vindique á sus ojos sin ser muy estensa; V. querrá que le presente á las señoritas, querrá V. bailar.

»—¡Oh, no por Dios, señora! yo seria feliz si me honrara con su confianza.

»Malvina se apoyó en mi brazo con cierto abandono, y pasó su linda mano por los dorados rizos de sus blondos cabellos.

»—Hace un color sofocante, ¿ha visto ya el jardin y el invernadero?

»—No, señora.

»—Pues le serviré de ciceroni; allí se está mejor, hay una temperatura muy agradable.

»Y apoyada en mi brazo bajamos una anchurosa escalera suntuosamente decorada.

»El jardin era un conjunto delicioso de magníficas y variadas flores, de artísticas estátuas que sostenian bellos grupos de luces, de pequeños cenadores cubiertos de ramaje, y de infinidad de fuentecillas con sus correspondientes saltadores.

»—¡Delicioso!—esclamé al ver aquel terreno del que tanto partido habian sacado,—han tenido Vds. mucho gusto.

»—Agustin lo ha mandado hacer espresamente para mi distraccion.

»Fué la primera vez que nombró á su marido.

 »—Nos

»—Nos sentaremos aquí—me dijo, señalándome un banco rústico, y se sentó en un estremo; yo la imité y me preparé á escuchar.

»—Pues le confieso á V. ingénuamente—dijo reanudando la conversacion—que Ramon tiene un escelente corazon; yo le amé como se ama á los quince años, ¡á ciegas! pero su carácter y sus ideas se resienten de una escentricidad que francamente creo no conduce á la dicha. Antes pensaba de otro modo y le aseguro que me costó algunas lágrimas; pero despues cuando he visto cómo está constituida nuestra sociedad, las necesidades que se crean y se necesitan satifacer, las condescendencias que es preciso hacer á esa misma sociedad, he variado mucho.

»—Segun eso, ¿V. es completamente feliz?

»—¡Oh, amigo mio! eso es mucho decir; ¿hay felicidad completa en el mundo?

»—Bueno, V. es todo cuanto se puede ser.

»Malvina lanzó una sonora carcajada.

»—¡Dios mio! se parece V. al P. Ripalda.

»—Será, si acaso, en el preguntar, pero en las soluciones...

»—Pues es muy difícil le conteste, solo sí puedo decirle que al hablar de dicha y de felicidad, en mi opinion deben ir unidas estas palabras á la de libertad, pues en los hechos, sin esta union, son aquellas un imposible.

»—¡Hola! mi bella amiga libre pensadora!

»—¡No por cierto! sino que comprendo la vida, tengo la filosofía de la esperiencia y no creo en el amor

apasionado, que esclaviza á lo mismo que ama y le conduce por necesidad á su muerte prematura. Si Ramon no hubiese sido tan apasionado, tal vez nuestro enlace se hubiera efectuado algun dia; pero unidas sus contínuas exigencias á los interesados consejos de mi madre, tuve que ceder. No sé si hubiésemos sido felices, aunque lo dudo. No por esto crea usted que me fué indiferente nuestra separacion; me costó malos ratos, y aun hoy recuerdo con gusto aquella temporada de mi vida.

»—En suma, señora, V. no acusa á Ramon sino de haberla querido mucho.

»—¿Le parece á V. original?

»—No puedo negarlo.

»—Pues le aseguro que lo siento así: su cariño, su amable trato, embellecido por una buena figura, y ese tacto que se necesita en el mundo, y él no tuvo, me hubiesen obligado hasta á decirle á Agustin que no: pero una cuerda muy tirante se rompe.

»—Y cuando es floja?....

»—Entonces, caballero, no sirve de nada: son los dos estremos.

»—Me disponia á contestar á Malvina, cuando oí dos voces que llegaban hasta nosotros: miré y reconocí por las esplicaciones que mi amigo Lucien me habia dado, al marido y á la madre de Malvina; hablaban y miraban á todos lados, y no tardaron en llegar á nosotros.

»El viejo me miró y me saludó con todo el recelo con que se saluda á un enemigo: despues se dirigió á su mujer que le miraba con cierta impertinencia.

 »—¡Que

»—¡Querida!—dijo con su voz de falsete—ya sabes te he prohibido que tomes el relente: es nocivo á la salud—y ofreció su brazo á la bella jóven, que lo tomó con marcada frialdad:—yo dí el mio á la momia ambulante de la madre, que se apoyó con visos de mal humor: en la rápida mirada de los dos viejos leí todo un poema de recriminaciones, de celos y desconfianzas.

»Sin querer casi apareció á mi vista la existencia de lucha y de engaños de aquellos tres séres que habian tenido tanto empeño en forjar su desgracia: suspiré á mi pesar, y pensé en tí; te confieso no comprendo cómo ha podido tu alma elevada idealizar un corazon podrido! Habíamos llegado al salon y yo sentia cansancio entre aquel conjunto de mujeres, pues no veía mas que variaciones de un tema muy conocido para mí. Mi vieja pareja parecia ofendida de mi silencio, la acompañé á un asiento, ¡descansa en paz! pensé, saludando como se saludan los monumentos de la antigüedad.... despues llegué á Malvina y á su marido: este me ofreció su casa con tal sentimiento pintado en su fisonomía, que estuve dudoso si llorar para corresponder á su espresion; en cuanto á Malvina, me miró lánguidamente, me apretó la mano, y.....

»—A Dios—me dijo muy bajo,—hasta mañana en el lago, y se volvió rápidamente á su marido, que despedia á otros señores.

»Yo llego ahora á mi casa, y mi primer cuidado es escribirte. ¡Tú has podido amar á esta mujer!.... ahora bien, amigo mio, ¿debo yo ir al lago? ¿no comprendes

mi posicion? yo te ofrezco no aventurar ni una palabra mientras tu contestacion no llega á mí: he comprendido los sufrimientos de tu alma y no seré yo quien los aumente cuando tu amistad ha sido para mí tan sincera. No es posible que te esplique cuánto me atormenta en estos instantes la pura imágen de la mujer que ha podido ser mi ángel bueno, y sin embargo me ha abandonado á esta vida disipada y estéril. ¡Sí! Caridad hubiese sido quien con su dulce influencia me habria separado de las miserias del mundo. Siento esta conviccion en el fondo de mi alma y una profunda nube de tristeza cubre mi espíritu, el desaliento me domina y las lágrimas se agolpan á mis ojos; ¿cómo no hacer comparaciones entre estas mujeres, la suntuosa dama del lago, y la humilde jóven de la guardilla? Es odiosa toda comparacion, pero en estas dos se desprende una diferencia tal, que creo profanar su recuerdo si le uno al de esta mujer frívola, vana y terriblemente egoista.

»A Dios, amigo mio, háblame de ella, no temas avivar mi pasion con tus palabras; mi amor es un amor sin esperanza, lo sé; pero siento una dulce melancolía cuando su recuerdo ilumina mi mente; la veo cruzar por delante de mí cuando miro al cielo, oigo su acento cuando murmura la brisa, y siento un gran placer cuando pronuncio su nombre... simboliza para mí lo mas puro y noble, y la adoro como á los ángeles del cielo. Tuyo....

EDUARDO.»

Cuando Ramon acabó de leer, levantó los ojos al cielo.

—Señor, es preciso ser muy ingrato para no ver tu justicia en todas partes! ¡Oh Malvina! mucho daño me hiciste, pero hoy eres mas digna de lástima que yo.

CAPÍTULO XXVII.

Nuevos proyectos de Quima.

Seria la una de la noche cuando dos hombres salieron de casa de D. Timoteo y se dirigieron á buen paso á la de Quima.

Al llegar, el uno parecia dar instrucciones al otro: este quedó como de centinela: el primero dió un golpe fuerte en la puerta, y como tardaron en contestar, el nocturno visitante repitió el aldabonazo con mas fuerza. Por fin se abrió una ventana, y una mujer envuelta en un pañolon apareció en ella.

—¿Quién es?

—Abre, Quima—dijo el de abajo.

—¿Es usted?

—El mismo.

—Allá voy—y Quima se quitó de la ventana; resonaron pasos por las escaleras y no tardó en abrirse la

puerta; el hombre volvió á hablar con el que hacia de centinela y entró en la casa sin olvidarse de cerrarla.

—¿Pero qué pasa, Bruno?—preguntó Quima asustada.

—¡Silencio! vamos arriba, tenemos que hablar.

Alarmada por esta visita estraordinaria, Quima sentia mal, presentia que algo muy grave pasaba, y sus sospechas eran fundadas como vamos á ver.

Bruno se habia sentado y parecia meditabundo.

—Hable V. ya—dijo Quima sentándose á su lado.

—Quima—dijo Bruno con acento sombrío—D. Timoteo se muere por tu culpa.

—¡Qué dice V., Bruno!—esclamó Quima echándose á llorar.

—¡Lágrimas de cocodrilo!

Quima levantó los ojos y se quedó mirando á Bruno como dudando de lo que oia.

—Sí, lo repito, de cocodrilo! por tí no tendremos en breve pan que llevarnos á la boca.

—No puedo creerlo—dijo Quima sollozando.

—¿El que no tendremos pan? pues no lo dudes. Doña Rita tiene ya aires de ama, y nos dispensa una ojeriza á los que hemos sido del otro reinado, que nuestra suerte no es dudosa: y todo por tí, todo por tí.

—¿Por qué, Bruno? no me acuse V.

—Todo lo sé, Quima, todo, y Jaime es el que me lo ha dicho: ¿comprendes, Quima? ¿comprendes que tu porvenir está en mis manos....

—No te comprendo,—dijo ella acercándose al viejo, y hablándole familiarmente.

—El amo hace dos dias que ha conocido que se muere, cree en tí, se figura que eres una muchacha perdida por él, y quiere dejarte al abrigo de la miseria. Me ha consultado sus planes, desea que vayas, y yo he callado porque me da lástima amargarle su agonía. La hermana ronda como temiéndose esto, y yo he tenido que esperar á la noche, y venir acompañado de un policía, que pago por temor á los furores de tu amante.

—Bruno... no creas...

—Silencio, Quima, á mí no me engañas como al otro, y por eso te voy á hablar con franqueza. Yo no quiero decirle al amo quién eres, no sé si su cabeza estará para acordarse de su fiel servidor, supongo que no, porque tal es el mundo, pero en mí mano está indemnizarme de los sustos pasados, y tú eres la que tienes que recompensarme.

—¡Yo!

—¡Sí! tú.

—No comprendo.....

—Pues es muy fácil. ¿Crees que si le digo al amo cuanto Jaime me ha dicho, te dará ni un cuarto? por lo tanto, no siendo acreedora á nada, por mi silencio cobras la mitad.

—¿La mitad?

—¡Sí! porque la otra mitad será para mí.

—Bruno, tú no harás eso.

—¿Qué no? pues me gusta el egoismo.

—Yo le diré á D. Timoteo tu traicion,—esclamó Quima encendida de rabia.

—Y

—Y yo la tuya; es un asunto que tengo bien pensado, y te aseguro que no hay escape para tí: el que á hierro mata, á hierro muere..., conque si quieres venir.

—Vamos,—dijo Quima levantándose con ira.

—Poco á poco; antes de ir, he de tener yo un papel escrito de tu mano, firmado y en toda regla, en el cual te comprometas á darme la mitad de lo que te deje don Timoteo Garquilla; ¿aceptas; sí, ó no?

—¡Ah!—dijo Quima con reconcentrado acento,—el mas ruin es quien me engaña: ¡infame! eso es apropiarte lo que es mio.

—Es hacer exactamente lo que tú has hecho con los otros; á veces Dios escoge el instrumento mas inocente para su justicia: una mujer bastó para detener en su camino destructor á Holofernes, una menuda piedra cortó la vida al gigante Goliat, un.....

—Un viejo simple roba lo que no es suyo,—gritó Quima descompuesta.

—No es esa palabra muy parlamentaria, mas te dispenso el exabrupto y lo poco exacto de tu aserto, porque debes estar algo acalorada, á pesar de estar vestida á la ligera: yo me voy y no me esperes mas—y se dirigió con paso lento hácia la puerta.

Quima lo cogió de un brazo violentamente.

—¡No te irás, no! Bruno, es preciso que nos entendamos.

—Vamos,—pensó Bruno—el lobo se domestica.

—Siéntate, Bruno... mi cabeza es un volcan.

—¡Agua en ella! pero pronto, Quima; despacha, que tengo mucha prisa....

—¿Cuán

—¿Cuánto crees que puede dejarme D. Timoteo?

—¿Con cuánto te contentarias?

—¡Oh!—respondió Quima, con los ojos brillantes de codicia,—no puedo decir. Vamos, Bruno, no seas cruel, ¿no ves mi ansiedad?

—Pues son ¡catorce mil duros!

—¡Catorce mil duros!!—dijo Quima con una espresion de codicia imposible de describir,—y tomó las manos de Bruno, llena de loca alegría; pero de pronto las soltó con desaliento; ¿y te he de dar siete mil?

—Justo, siete: quedamos iguales.

Una idea como suya cruzó por la mente de Quima.

—Bruno, ¿no comprendes que siete mil duros dan solo para vivir? pero con catorce mil ya hay para meterse en negocios, poder pasar buena vida y además emplear y ganar; ¿quién sabe dónde puede llegar ese dinero bien administrado?

Bruno no comprendia dónde iba á parar y la miraba atentamente.

—¿No entiendes?

—Como no quieras regalarme los siete mil que te pertenecen.

—No, pero si nos reuniéramos....

—Compañía de la cual Jaime haria el papel de traidor; gracias, le temo.....

—¿Quién habla de Jaime?—repuso Quima con desprecio.

—Pues no comprendo...

—Si nosotros nos casáramos, el capital no se desmembraria.

—Diablo de idea—esclamó Bruno, levantándose como si le hubiese picado una víbora—¡tú estás loca, Quima!

—¿Por qué?

—Estoy muy viejo para casamientos, y además Jaime.....

—Mira, Bruno—dijo ella cariñosamente,—yo te prometo despachar á Jaime.... seríamos ricos; y tal vez llegaremos á tener una fortuna colosal. Siete mil duros no son mas que para vegetar; catorce mil son para enriquecerse.

—Lo pensaré,—murmuró Bruno cabizbajo.

—Pues vamos á ver á D. Timoteo—y aquella mujer que no rendia culto mas que al dinero, abrigando mil ambiciosos planes, salió, cerrando tras sí la puerta, encaminándose con Bruno y el policía traido por éste, á casa del viejo, objeto de sus esperanzas.

CAPITULO XXVIII.

Nuevos datos para el pleito.

A la mañana siguiente, Ramon escribia á Eduardo.

«Barcelona.....

»Amigo mio: Tu carta ha sido el faro que ha iluminado mi conciencia: dudaba, temia, y tú me has marcado el camino que debo seguir; gracias.

»¿Crees que mi corazon ha seguido rindiendo culto á Malvina? no; mi corazon ha despedido de sí hasta su recuerdo, como un objeto podrido cuyo contacto es dañoso y malsano. Mi espíritu, iluminado por una luz purísima, aspira á otras regiones mas elevadas; amo, Eduardo, con todo el entusiasmo de que soy capaz yo, que me deleito con todo lo noble y sublime de los sentimientos delicados: amo á una pura y casta flor, cuyo

aroma vivifica mi alma embriagada por ella, y sin embargo, la mujer por quien suspiro, ignora la pasion que inspira; un sentimiento de delicadeza sella mis labios, y tu carta, como te digo antes, ha sido la que me enseña mi deber; sí, amigo mio, amo... ¿lo adivinas? amo á la misma mujer que tú: perdona que te diga que tú mismo me has puesto en este camino: ¿es posible verla sin adorarla? La idea de que dudaras de mi amistad me mortificaba, no sabia cómo decírtelo, y si hay algo que me aliente, es que fuí leal hasta donde puede llegar la amistad. Empecé con un sentimiento de curiosidad y acabó como una necesidad de mi vida: ella lo ignorará siempre si tu corazon no cree en la sinceridad del mio: sufro cruelmente al luchar con la incertidumbre de sus sentimientos, pues soy lo bastante modesto para creerme muy inferior á ella, y además tu suerte es muy dura para tranquilizarme.

»Esto respecto á mí; en cuanto á tí, ¿qué quieres que te diga? tal vez esa mujer con sus originalidades consiga distraerte, pero ¿y si llegas á interesarte? Huye: es un terreno peligroso con muy malos senderos, terminados en un abismo sin fondo: recuerda que si no hubieses seguido ese camino, la mujer á quien consideras como á tu ángel bueno, no habria huido de tí.

»Ten la seguridad de que á Malvina no la mueve otro sentimiento que el de la novedad, y mañana serás un objeto olvidado de su vasta galería.

»Adios, Eduardo, dime tu opinion; sé franco conmigo.

y contribuirás á que cese la intranquilidad que me mata.

»Te abraza con efusion tu regenerado amigo,

RAMON.»

—¡Pues señor!—dijo Ramon cerrando la carta—mi conciencia necesita que Eduardo me dé su aprobacion: me conoce y sabe que no soy capaz de abusar. ¡Ay Caridad de mi vida, si despues de tanto preparar el terreno tendré que huir! esto es lo que mas me espanta. Por de pronto yo necesito que Pedro se quede contigo; tú confias en mí y es preciso que este asunto salga bien. Pero ¿quién será esa Quima? es preciso buscarle sus trapillos, necesito llevarle á Jaime pruebas. ¡Dios me perdone esta mala intencion! pero ella buena no puede ser, porque ha visto descomponerse un matrimonio por su culpa y morir esa mujer víctima de los disgustos que Jaime le ha dado: veremos si consigo saber su paradero. Quima... ¿dónde la encontraré? ¡y Jaime cree que la conozco!

—Señor.

—¿Qué hay?

—Una carta.

Ramon tomó una que el criado le presentaba. El papel era de luto y la letra denunciaba pertenecer su autora al sexo bello.

Ramon rompió el sobre y leyó:

«Sr. D. Ramon Ramirez.

»Muy señor mio y apreciado amigo: A pesar del tiempo

 que

que hace no he tenido el gusto de verle, recordando la amistad con su señora madre (q. e. p. d.) y las prendas de carácter que le adornan, no he vacilado en molestarle para que en un rato que tenga libre se llegue por esta su casa.

»Favor que espera S. A. S. S. Q. B. S. M.

RITA GARQUILLA, viuda de Regot.»

—¿Qué me querrá D.ª Rita, y con luto tan cerrado? ¿se habrá muerto D. Timoteo? debe ser eso, vamos, tengo que vestirme de negro,—y llamó al criado, se vistió y á los pocos momentos se ponia en marcha para la morada de aquella.

Cuando Ramon entró ya conoció la desgracia al ver la puerta medio cerrada, los criados de negro y el silencio casi absoluto que allí reinaba.

Una muchacha, á quien se conocia lo difícil que le era el tener la cara triste, salió á su encuentro.

—¿La señora?

—No recibe, está en cama.

Ramon sacó una tarjeta.

—Entréguele V. esto.

La doncella se entró con la tarjeta.

A los dos segundos volvió.

—Pase V., caballero, mi ama le espera.

Ramon entró en un gabinete que mas se parecia á una boca de lobo que á un sitio donde se reciben gentes, y ofuscado por la claridad de fuera, no distinguió objeto alguno y quedó en pié en medio de la habita-

cion con las manos estendidas, por miedo de hacer un desastre.

—¿Si querrán que haga de gallina ciega?—pensó—pero una voz de falsete le sacó de esta duda.

—Siéntese V. aquí, señor Ramirez.

—Señora,—dijo Ramon estendiendo nuevamente las manos con objeto de orientarse. Una mano huesuda tomó la suya y le acercó á un asiento, que ocupó mirando sin ver hácia donde creia debia estar su visitada.

—Ya habrá V. sabido la desgracia tan terrible de que he sido víctima,—y algunos sollozos oprimidos al parecer salieron de su pecho.

—Sí, señora,—dijo Ramon con el tono mas conpungido que le fué posible—no puede V. figurarse cuánto he sentido su desgracia, y lamento que mi conducta no haya sido lo atenta que hubiera deseado.

—Está V. dispensado: los jóvenes...

—No, señora; al contrario, mi vida es tan retraida, que hace tiempo no salgo de casa, así es que no sé las novedades y las alteraciones que sufren los amigos, y no soy oportuno por esta causa.

—Pues yo, amigo mio, á pesar del tiempo que no nos hemos visto, no he formado queja con V. y le llamo confiada en su amistad para un asunto de la mayor importancia.

—Ya sabe V. que puede ocuparme con confianza.

—En esa seguridad, abuso. Sé perfectamente que aunque no ejerce V., es un abogado de fama, y que cuando toma la direccion de un negocio, hasta que lo gana, trabaja sin descanso; yo no quiero exigir de

usted que se tome la molestia de pleitear por mí, pero voy á esponerle el asunto, y V. me dice su opinion que seguiré á ojos cerrados: si considera V. que vale la pena y V. no quiere tomarlo como suyo, yo llamo á otro, pero es despues de asesorarme con sus ilustrados consejos, pues ya sabe V. que en asuntos de intereses, no todos son tan desinteresados que aconsejen lo justo y lo cierto.

—Señora, no sé cómo agradecerle sus frases; yo creo saber poco, pero sabe V. que estoy siempre dispuesto á complacerla.

—Gracias, es V. tan amable como su buena mamá, ¡escelente amiga! pero vamos al caso: esto ha de quedar en el secreto mas completo.

—¡Oh, señora!—y Ramon pensó—¿á dónde irá á parar con tanto misterio?

—Pues mi pobre hermano me ha dejado heredera absoluta de sus bienes, quitado algunas mandas, recuerdos á algun criado, cosas insignificantes; hasta aquí bien, pero encontramos al final una especie de legado para una tal Quima.

—¡Quima!—repitió Ramon con curiosidad.

—Sí, señor, esta Quima era... no sé cómo esplicarlo, pues aunque soy viuda creo que ciertas frases me queman los labios.

—Comprendido,—dijo Ramon vivamente.

—Pues si esta manda fuera una cosa insignificante, hubiera pasado por ello; pero no señor, ¡son catorce mil duros! y, francamente, por mas que respeto la voluntad de mi hermano, esto me parece que no es

cosa ni medio regular; yo por esto he llamado á V.; si otro se hubiese enterado, tal vez por la codicia me mete en un pleito que se lleva los catorce mil duros de esa mujer y otros catorce mil mios, y no me conviene; esto es todo; si puede ser yo no vacilo, pero si están bien otorgados, me callo.

—Señora, para contestarle á V. categóricamente, necesito saber detalles; ¿qué tal mujer es?

—¡Depravadísima!

—Bien, eso lo supongo, al tener relaciones ilícitas; pero, ¿solo amaba á D. Timoteo?

—¡No, señor! mas... ¡mucho secreto! pues le aseguro que al enterarme de estas cosas... vamos, solo la necesidad—y bajó sus ojos ruborizada. Pero Ramon con la oscuridad del cuarto no se apercibió.

—¡Ah! desde luego lo supongo, señora.

—Temiendo siempre por mi infeliz hermano cuya salud me era tan querida, vigilé y supe que la tal mujer es pájara de cuenta. Estaba en relaciones con un hombre casado, al mismo tiempo que con Timoteo.

Si no hubiese estado tan oscuro le habria chocado á D.ª Rita la espresion de alegría que iluminó el semblante de Ramon.

—¿Y quién más sabe este secreto?

—Bruno el portero, que ha sido el viejo mas libertino del mundo y el que mas ha contribuido á la perdicion de Timoteo.

—Pues, es preciso que yo hable con ese Bruno, pero en seguida, á ver si puedo sacarle alguna otra noticia.

—¿Con qué objeto?

—Nada; si no tenemos mas datos, V. pierde el pleito porque hay que confesar que D. Timoteo era dueño de dejar á quien quisiera su dinero; pero si averiguamos que al dejar á Quima esa cantidad creia que era una mujer que le guardaba fidelidad, varía mucho, porque hay engaño...

—Pues en seguida irá Bruno; será mejor que V. le pregunte en su casa.

—Sí, señora, que venga cuanto antes, que esto requiere urgencia,—y se levantó, se ofreció nuevamente á D.ª Rita y tomó el camino de su casa.

—¡Oh Providencia! esto es probarme que me proteges: perdóname, Caridad, esta tarde no puedo saludarte ni oir tu dulce voz, pero me consuela la idea de que puedo llevarte la seguridad de que te quedarás con ese niño que tanto te preocupa—y esperó impaciente la llegada del viejo.

Este no se hizo esperar. Bruno estaba macilento y verdaderamente triste: habia vivido muchos años con su amo, y sabido es que la costumbre es una segunda naturaleza; le amaba, era un reflejo de sus gustos y de sus pesares, y si en aquel momento la proposicion de Quima no hubiese ocupado su pensamiento, le tendria verdaderamente anonadado aquella desgracia; pero los catorce mil duros, que le parecian muy bien, y la boda con que Quima le brindaba, eran sobrados motivos para tenerle completamente preocupado.

Cuando llegó á casa de Ramon este le hizo subir á su cuarto de estudio y cerró por dentro, le dió un asiento, tomó otro, y empezó su conversacion en estos términos:

—Amigo Bruno, le creo á V. un hombre muy listo, muy fiel y muy leal á la memoria de su amo, y antes que las cosas de que voy á hablarle tomen proporciones que no podamos atajar, he querido hablar con usted por si buenamente puede haber un arreglo, ¿usted me comprende?

—No, señor,—dijo Bruno con toda sinceridad—le confieso que no entiendo de qué me habla.

—Pues quiero ser esplícito con V.; yo soy el abogado que D.ª Rita nombra para que inspeccione el testamento de su hermano, por haber en él asignada una cantidad de catorce mil duros á una tal Quima, que, segun se asegura, no es mujer muy digna de tal recuerdo.

Bruno palideció y vió en un momento los siete mil duros de su parte perdidos entre escribas y fariseos.

—¿Quién ha dicho que no está esa mujer en su derecho?

—Mire V., Bruno, sea V. franco conmigo; yo quisiera evitar pleitos, es verdad que soy abogado, mas yo por D.ª Rita he de trabajar por amistad, de modo que si puedo convencerla á que calle, es lo mejor; ella me ha contado mucho de esa mujer, pero V. sabe que las mujeres...

—¡Oh, señor! estoy seguro le habrá dicho á V. tonterías; ya sabe que el ama es muy mojigata.

—Lo creo, amigo Bruno, lo creo, por eso le he dicho que viniese V.; los hombres nos entendemos mejor, y como V. está en antecedentes sabrá de seguro lo cierto; pero lo que D.ª Rita me ha contado... es una iniquidad

lo que dice de ella: tengo la cabeza como un bombo.

—No lo crea V., señor.

—Asegura que tenia relaciones con un hombre casado al mismo tiempo que con D. Timoteo, un tal ¿cómo me ha dicho? un nombre asi como Ja...

—Jaime.

—Justo, Jaime,—dijo Ramon con alegria.

—Para que vea V. lo que son las mujeres; nunca he visto de qué color tiene los ojos D.ª Rita, pues no los levanta del suelo; no hablaba con nadie de la casa, ni los otros criados sabian los trapicheos del amo, pues solo yo era su confidente; no va mas que á misa, y sin embargo, mírela V. enterada de todo, ¿cómo lo ha averiguado? no es posible fiar ni de la mas buena.

—Tiene V. mucha razon, Bruno, y yo quisiera interceder, para que esto quedase así.

—¡Pero, señor! si D. Timoteo era libre para dejar su dinero á quien quisiera, ¿por qué se han de meter?....

—Porque D. Timoteo se lo ha dejado seguramente creyendo que era querida suya, que era una mujer perdida por él, cuando aparece que estaba engañado sobre esto; en fin, ¿qué tal mujer es, con franqueza?...

—Es una morena, ¡caracoles! da gusto verla, y así... con gracia, no es mala chica, no... y además yo le aseguro que ella no tiene nada con el tal Jaime; cuando se quiera lo puedo probar y se acaban las sospechas; la verdad, en otro tiempo tal vez, pero hoy, no, señor, y seria una lástima que la voluntad de mi amo no se cumpliera.

—Pues aquí está lo malo, Bruno, que ella tiene tra-

tado casamiento con Jaime, lo cual prueba que su amo era el engañado.

—¿Qué me dice V.?—esclamó Bruno levantándose.

—La verdad.

—¿Pero cómo ha sabido V.?... esa es noticia de doña Rita.

—Hombre, no, yo he tomado datos, y resulta eso como seguro, de modo que las sospechas serán certezas.

—No puede ser eso; ¡señor, es imposible!

—¡Hombre, no nos entenderemos nunca!—dijo Ramon afectando seriedad—le llamo á V. para arreglar esto, le hago presente que estoy bien informado, deseo que todo se arregle, y á pesar de mi buen propósito, V. se reserva los datos que pudieran iluminar y favorecer este asunto; pues amigo, quiere V. pleito, pleito habrá, y no comprendo qué interés tenga V. en ello.

—¡Dios me libre! no, señor, pero me sorprende esto de una manera... porque ya verá V.; Quima, como ha tenido ocasion de tratarme y ha visto mi formalidad y mi rectitud, me hizo una proposicion..... tan contraria á la noticia que V. me ha dado.....

—Vamos, ¿qué proposicion es esa?

—Como yo le dije que seria regular que el amo le dejara algo, yo no le pude asegurar lo que fuese, aunque preveia que la dejaria bien, ella me dijo que una mujer sola con ese capital se veria en mil peligros; pero yo, la verdad, no quiero compromisos; volvió á ofrecerme... y por fin, me hizo comprender que mejor se casaria conmigo que con nadie.

Ramon sonrió al oir al viejo.

—Y dígame V., Bruno, ¿cómo ha hecho ella esa misma proposicion á Jaime?

—Eso es lo que me aturde.

—Pues, amigo, es lo cierto. Jaime será el encargado del capital...

—No lo creo, señor, no lo creo,—esclamó Bruno con tal conviccion, que Ramon sospechó habia algo más convenido entre el viejo y Quima.

—Puede que V. tenga pruebas, pero aquí ha de constar que Jaime trata de casarse con ella. Si esto pudiéramos salvarlo, y V. acepta su proposicion, es cosa muy distinta, porque desmiente con esta conducta el haber estado en relaciones con él mientras el amo vivió.

—Yo le aseguro á V.,—dijo Bruno intentando una sonrisa—que si yo quiero me caso con ella, y el tal Jaime se queda á la *luna de Valencia*.

—Pues, amigo, decida V. lo que haya de hacer, porque quiero aconsejar á D.ª Rita que se deje de pleitos.

—Yo le traeré á V. la contestacion mañana.

—Convenidos, Bruno,—y encargándole mucho secreto se separaron.

—Pues, señor,—decia Ramon cuando se quedó solo, —esto va bien. D.ª Rita me ha consultado una tontería, pues es mucho pretender que su hermano no dejase nada á nadie mas que á ella, y por donde, entre ella y este viejo codicioso, va á salvarse Pedro de una terrible madrastra. La Providencia vela por los inocentes y por los justos: esperemos...

CAPÍTULO XXIX.

Lo que puede el dinero entre cierta gente.

Entre tanto Bruno llegaba con toda la prontitud que sus piernas le permitian á casa de Quima, que como él era víctima de la impaciencia.

—¿Qué hay, Bruno?—le preguntó al verle entrar.

—¡Ay, Quima! este negocio se enreda.

—No me lo digas.

—Es preciso, hijita; D.ª Rita te ha sacado los trapillos á relucir, y me parece que un pleito es inminente. Acabo de hablar con su abogado.

—¡Qué desgracia!—murmuró ella dejándose caer con desaliento en una silla.

—Sí, hijita, sí, el abogado es hombre franco, y que no está por el pleito: hasta ahora eso es cuanto tenemos en nuestro favor.

—Eso es raro.

—Te diré, es hombre que está bien, y como tiene amistad con D.ª Rita y no le ha de llevar nada, no está por trabajar; pero me dice te perjudica que hayas estado en relaciones con Jaime, y añade que lo estás: como el amo te deja eso por ser tú su querida, y ahora aparece que tenias al dichoso Jaime, resulta que el ama dice que tú engañabas á D. Timoteo, y que él estaba en un error cuando te dejó el dinero.

—¿Y cómo saben?

—Hay gente mas curiosa que los de justicia: pues no es eso solo, sino que me ha dicho de tí otra cosa inconcebible.

—¿De mí?

—Sí, figúrate que me ha asegurado que tú tienes la boda concertada con Jaime.

—¿Y cómo ha sabido?—preguntó palideciendo.

—¡Luego es verdad!—interrumpió Bruno.

—¡No! digo que cómo ha podido decir tal mentira.

—Ahí está lo que no comprendo, y francamente estoy aturdido.

—¿Y qué haremos, Bruno? porque seria terrible pensar que despues de asegurado nuestro porvenir...

—Desengáñate, ese dichoso Jaime es el que fastidia, pues la vieja pondrá claro y evidente que el amo te ha dejado eso, partiendo de un supuesto falso.

—Si tú hubieses aceptado mi proposicion, el capital estaba salvado... eres un majadero, Bruno.

—No es cosa tan fácil casarme contigo, hijita.

—Pues no sé quién saldria perdiendo—dijo ella de mal humor.

—¡Yo

—¡Yo de seguro, Quima, no me hago ilusiones!

—Eres incomprensible, Bruno, y mas cuando ves que no hay mas medio que este de probar que yo nada tenia con nadie cuando el amo vivia.

—¡Creí ibas á decir otra cosa!

—No; iba á decir que necesitamos dar un mentís á esa suposicion.

—Quima, si tú sentaras la cabeza.....

—Bruno, ¿crees que yo seré capaz de faltarte cuando me vea sosegada y tranquila en mi casa? ¿no comprendes es la necesidad la que me ha obligado?

—Pues es preciso que ese Jaime quede desengañado: ¿no temes...?

—No temo nada, porque yo no voy á sacrificar mi felicidad por su empeño de quererme: ya le hablaré clarito.

—¿Y si intentara?...

—No intentará nada, porque yo tomaré mis precauciones—y los presuntos cónyuges se quedaron formando mil proyectos para el porvenir.

. . . . . .

Al otro dia por la tarde D.ª Rita recibió una carta de Ramon concebida en estos términos:

«Sra. D.ª Rita Garquilla.

»Muy Sra. mia: He practicado algunas diligencias referentes al asunto de que hablamos ayer, y en mi opinion no debe V. meterse en nada, porque la consabida ha tenido cuidado de cortar relaciones con todo

cuanto pudiera perjudicarla. En breve sabrá V. el giro que ha tomado esta cuestion.

»Ya tendré el gusto de ponerme á sus piés y decirle algunas particularidades de este asunto: entretanto se repite como siempre de V. afectísimo y respetuoso amigo

Q. B. S. P.

RAMON RAMIREZ.»

—¡Soy feliz!—dijo despues de escrita esta carta.—Ahora, Jaime, pídeme pruebas cuando quieras, estoy preparado, y creo que mi bello ángel me debe una sonrisa, compañera de aquella lágrima que me volvió loco.

Ramon salió á la calle lleno de alegría, y esperó á Caridad con tanto mas deseo cuanto que el dia anterior habia tenido que privarse de este placer, de tal precio para un enamorado.

Caridad llegó como de costumbre con Pedro, y Ramon salió á su encuentro: la jóven no estaba risueña como otros dias.

—Buenas tardes, Caridad, ¿qué tiene mi linda vecina que no sonrie como de costumbre?

—¡Ay! perdone V., iba tan distraida.....

—Que no me habia visto, ¿verdad? y yo sin embargo hacia rato que la miraba y soñaba con hablarle hoy.

—¿De veras?—preguntó Caridad con tono de duda.

—Sí, mi dulce amiga, tengo por fin las pruebas que le ofrecí á Jaime, y esto me ha tenido entretenido todo el dia de ayer.

—¿Fué

—¿Fué por eso?—esclamó la jóven con un acento tan alegre, con tanta sencillez, con tal naturalidad que Ramon sintió una emocion dulcísima que desterraba la duda de su corazon, llenándole de una esperanza que le enloquecia.

—¿Se acordó V. de mí ayer, Caridad?—dijo con todo el sentimiento que se desbordaba de su alma enamorada.

La casta jóven levantó sus hermosos ojos hácia Ramon, pero la mirada profunda y amorosa de éste se los hizo bajar ruborizada.

—¿No quiere V. contestarme?

—Sí, señor, ¿por qué no he de contestarle? como tengo costumbre de verle por las tardes, me chocó no encontrarle ayer.

—¿Nada mas que un sentimiento de curiosidad le movia á recordar mi saludo?—preguntó tristemente Ramon.

—¡Oh! no de curiosidad, sino de afecto: tengo muchos motivos para creer en su amistad, y á los amigos no se les quiere por curiosidad.

—A los amigos,—dijo Ramon mirándola fijamente.

—Oh, sí.—contestó ella repuesta de su turbacion y ya dueña de sí,—tenga V. la seguridad de que correspondo con usura al afecto que me profesa.

—¡Caridad! mi... amiga Caridad; no puede V. pensar el bien que me hacen sus palabras.

Mas recordando su carta á Eduardo, y comprendiendo que el terreno era muy resbaladizo, se separó de la jóven tan bruscamente como cuando la vió la última vez.

Pero en esta Caridad no se inquietó por ello, sonrió con alegría y apenas subió á su guardilla se dejó caer á los piés de su Vírgen...

—¡Gracias, madre mia! me ama,—dijo con efusion.

—¡me ama!

CAPÍTULO XXX.

El que á hierro mata..... y el que va por malos pasos.....

Cuando Ramon iba á entrar en su casa, estaba tan envevido en sus ilusiones y sus esperanzas, formando tanto castillo en el aire, que no reparó en un hombre que le seguia: al ver este que Ramon se entraba, le llamó por su nombre. Él volvió la cabeza.

—¡Jaime!

—El mismo, D. Ramon,—dijo con acento sombrío.

—Viene V. á reclamarme mi palabra.

—Sí, señor, necesito las pruebas que V. me ofreció.

—Pues vamos arriba y hablaremos.

Jaime siguió sin contestar: se comprendia que algo grave ocupaba su pensamiento. Cuando estuvieron en la habitacion, tomaron asiento.

—Amigo,—dijo Ramon,—V. ¿qué desea saber para cerciorarse de que esa Quima no merece ser su esposa?

—Yo necesito pruebas,—contestó sombriamente.

—Pues bien, le diré á V que esa mujer ha tenido relaciones con D. Timoteo Garquilla, y la prueba de que las ha tenido, es que este le ha dejado al morir catorce mil duros.

—¡Catorce mil duros!—esclamó Jaime cerrando los puños con furor.—¡Ah infame, y me lo negaba! Pero eso ¿dónde consta?

—En el testamento que V. puede ver cuando quiera.

—¡Infame! ¡infame!—repitió aquel hombre con los labios pálidos y los ojos inyectados en sangre—por eso ahora se muestra fria y reservada, varía la conversacion del casamiento, y me pone la cabeza loca con mil ensartos.....

—No, amigo Jaime, no es eso.

—¡No!

—No es porque tiene dinero por lo que está variada con V., es porque tiene su casamiento proyectado con otro.

—¡Ira de Dios!—gritó Jaime sin poderse contener. —¿es cierto, D. Ramon?

—Muy cierto, amigo, y supongo no hará V. una tonteria que le pierda, pues de este modo le daria gusto á esa mujer.

Jaime apoyó la cabeza en sus manos, sus sienes latian, y su corazon impetuoso parecia saltarse del pecho; aquel era el pago de un amor ardiente, del sacrificio que habia hecho de todo; le asombraba tanta maldad, ó por mejor decir, no era la maldad lo que sorprendia á Jaime; le espantaba la hipocresía, la falsedad.

Cuando aquella nube que oscurecia sus ojos se disipó un poco, se levantó.

—Don Ramon, V. perdone.

—Jaime, voy á decirle á V. una cosa, pues en este momento está V. impresionado. Yo no me admiro de su pasion, soy hombre, y me esplico lo que pasa por usted, pero le aconsejo no se empeñe en seguir tal senda; esa mujer será su perdicion. Sobrepóngase usted á la desgracia, recuerde V. á ese pobre niño que ya es muy desdichado no teniendo madre, y despréciela V.; es el mejor castigo.

—Si V. supiera todo cuanto llevo hecho por esa mujer; si V. comprendiera que le he sacrificado todo lo que á un hombre le es posible sacrificar, y que ahora mismo iba á entregarle mi hijo para que la llamara ¡madre!; si supiera cómo fuí débil por sus consejos..... y mi pobre mujer ¡oh! es horrible, esa mujer es una fiera... ha jugado con mi corazon, lo ha triturado, y cuando ya no le ha servido, lo ha tirado y pisoteado, como yo le juro— añadió con furor—que tiraré y pisotearé su cadáver.

—Jaime amigo, sea V. razonable, oiga V. la voz de la razon; su pobre hijo...

—Mi pobre hijo tiene una madre; aunque tarde sé conocer la virtud, y aquella jóven es un ángel: ¡deje usted al hombre estraviado morir arrastrando á su ángel malo en su caida!—y salió de la casa como un rayo.

Ramon tomó su sombrero y bajó detrás de él. Al llegar á la calle miró á todos lados; pero Jaime habia desaparecido.

. . . . . .

Cuando Jaime salió de la casa de Ramon estaba loco: la sangre hervia en sus venas; por su cabeza pasaban mil fantasmas sangrientos; todas las injusticias que habia cometido con su mujer, aparecieron á sus ojos como si pintaran en grandes lienzos su vida. Aquella mujer doliente, enferma, postrada, estendia sus manos hácia él;—¿ves?—le decia con su acento de queja—¿ves? por esa mujer infame me repudiaste! por esa mujer vil me aborrecias! por esa mujer prostituida me matabas!....—¡Oh! morirás, Quima, morirás! cuantos dolores le has hecho padecer á ella, cuantas angustias me has causado á mí, todo lo vas á pagar hoy, ¡todo!—y se dirigió á su casa, tomó un puñal de grandes dimensiones, se lo metió en el bolsillo y se fué á casa de Quima. Esta tardó en abrir, y cuando vió á Jaime, ya comprendió la nube que la amenazaba: su fisonomía estaba terriblemente contraida.—¡Mejor! pensó Quima—acabaremos de una vez.

Jaime entró y cerró la puerta. Quima se fué á la sala.

—No te vayas muy lejos—dijo él con un tono que helaba la sangre en las venas.—¿Con quién vas á casarte?—preguntó cruzándose de brazos y mirando fijamente á aquella mujer.

Si Quima hubiese llorado, si le hubiera pedido perdon, el furor de Jaime habria estallado de otra manera y tal vez hubiese quedado en nada; pero al ver la manera fria y reservada con que escuchó sus palabras, sus manos se agitaron y buscaron el arma fatal.

—Jaime,—dijo ella sin notar aquel movimiento—te

suplico que no me vengas con mas exigencias; me cargan los celos; me fatigan estas situaciones de drama, y comprendo que tu carácter no es á propósito para el mio; por lo tanto, ¡déjame en paz! y dá por terminada nuestra amistad, completamente, y para siempre.

Una carcajada convulsiva, histérica, horrorosa, fué la primera contestacion á sus palabras.

—Haces bien en desengañarme,—dijo Jaime con acento sardónico—yo no te convengo á tí, pero lo que tú no sabes es que á mí no me conviene haberte servido de juguete, y vas á pagar todas tus infamias con tu sangre—y ligero como el pensamiento sacó el puñal y se lanzó sobre Quima que dió un grito horroroso.

—No huyas, no,—gritó Jaime levantando el puñal; pero al ir á clavarlo en el pecho de su víctima, cuatro brazos sujetaron los suyos, se volvió como la bestia feroz que han acorralado, y vió con espanto dos agentes de policía; tiró su puñal con rabia y miró con una espresion de odio imposible de describir, á la mujer por quien se perdia y á los hombres que le privaban de su venganza.

—¡Vamos!—dijeron los agentes. Jaime se dejó conducir sin hablar palabra, pero su paso incierto le daba el aspecto de un borracho; cuando le metieron en el calabozo se tiró en el monton de paja que le iba á servir de cama.

—Este tiene sueño atrasado—dijo el carcelero.

El policía le zarandeó con fuerza inútilmente.

—Este hombre, ó está muerto, ó ha perdido el seso.

Entre tanto, de la alcoba de Quima salia Bruno frotándose las manos.

—¡He tenido la gran idea! confesarás que me debes la vida.

—¡Ay, Bruno! lo confieso, y pocas cosas en el mundo habrán tenido mas oportunidad; veremos si consigo asustarle.

—¡De fijo que el atentado le costará caro: de seguro presidio! esto se llama espantar las moscas á tiempo.

CAPÍTULO XXXI.

Dos bellos corazones.

«París.....

»Mi amigo Ramon: Perdona que hayan trascurrido tantos dias sin escribirte; tu carta me impresionó terriblemente; ahora es cuando comprendo tu variacion, el cambio de tus ideas, y admiro el empeño que tenias en que no abandonase mi empresa; has rendido culto á la amistad como pocos hubieran hecho, has luchado contra tu corazon y has consultado antes al mio que al de la mujer que amas; ¡gracias por mí, querido y sincero amigo! pero ¿qué puedo yo decirte que tu entendimiento clarísimo no conozca? sé muy bien que si tú hubieses vislumbrado siquiera la esperanza para mis desdichas, tus sentimientos hubieran muerto en el fondo de tu alma sin que salieran á tus labios, y

¿puedes creer que sabiendo estas circunstancias fuese tan egoista que tomase por pretesto la amistad que nos ha unido en este asunto, para que dudando de tí, aun cuando no fuese sino al parecer, pusiera tu delicadeza, tu lealtad, en el caso de huir de la que amas? ¡Dios me libre de semejante injusticia! sé que ella no habia de amarme nunca, y en el fondo de mi corazon rendiré culto eternamente á la mujer que ha sabido despertar las fibras dormidas de mi sentimiento: ¡creeré que ha muerto y amaré su recuerdo! ¡su recuerdo, que simboliza la pureza y la virtud que la rodean como una aureola celeste!

»En medio del vacío que esa mujer ha dejado en mi vida, te juro por este mismo cariño, que no es egoista, que yo mismo trabajaria por su felicidad; y si Caridad te amase, ¿quién mas noble y mas digno de llamarla esposa?

»¡No vaciles, mi buen amigo, en esa idea, pues si la realizas hará tu felicidad! ¡es tan buena! ¡tan bella! ¡tan casta! ¡oh! Ramon, ¡qué te diré de ella que tu alma elevada no haya sabido apreciar!

»Hoy como nunca pienso seriamente en la importancia que tienen todos los actos de la vida, me gozo en mi dolor, y me doy cuenta de lo que llamamos muchas veces injusticias, que no son mas que una justicia recta que el dedo de Dios marca!

»Tu corazon honrado y leal no abandonó el camino que el hombre digno debe seguir; ¡sufriste, es verdad! llegó momento en que dudaste de todo... y sin embargo, hoy reconoces con admiracion que no hubieras sido

feliz con aquella mujer de hermosa figura, es cierto, pero formada de cieno. Por sendas bien distintas nos lanzamos; tú has sufrido, pero tengo la conviccion de que Dios prémia tus dolores con un ángel; ¡no tengas duda, amigo mio! ¡ella te amará, me lo dice el corazon! En cambio yo, sin formar ni idea de lo que hacia, sembré el llanto y el deshonor; no me cuidé del corazon que lastimaba y que tal vez amaria como yo amo hoy, me reí de su ignorancia y ridiculicé su mala suerte, y hoy mi corazon venga con usura los sufrimientos que causé, y Dios me priva de la única felicidad verdadera en la vida: una esposa digna, una mujer á quien se adora, que nos da una familia, y que semejante al bálsamo precioso, cura con mano blanda las heridas que del mundo recibimos! ¿Dónde reclinaremos la frente abatida por los sinsabores del mundo, sino en el seno casto de la esposa, de la mujer amada? ¡De allí nos levantamos fortalecidos, ella sella con un ósculo purísimo nuestra frente; «¡ves, querido mio!—nos dice con su sonrisa celestial,—trabaja, ese es el castigo de la humanidad, pero no temas, tienes un corazon que te sigue á todas partes, que vela por tí, que sueña con tu vuelta, y que espera con los brazos abiertos poderte estrechar con toda el alma.»—Si tienes hijos, ellos acaban de dulcificar la existencia; ¡es tan dulce trabajar para ellos! serles necesarios, que todo te lo deban, que te crean superior, te miren como la providencia y esclamen, enseñados por su madre: «¡Señor! consérvanos tu gracia y da salud á papá, á nuestro buen papá, que nos ama y nos protege.»

»¡Oh

»¡Oh Ramon, amigo mio, siento las lágrimas agolparse á mis ojos! ¿Cómo he podido desconocer las fuentes de ternura que habia en mi alma? ¿Cómo he podido no apreciar el tesoro que Dios inspiró á mi corazon? ¿A quién me quejaré? solo yo, miserable de mí, tengo la culpa, yo los desconocí, yo los disipé, y yo tengo que ser por necesidad el castigado!

»Adios, amigo mio, no te hablo de Malvina, su nombre mancha el recuerdo de la mujer que amamos: espera algun tiempo á escribirme, porque será probable me embarque un dia de estos para Civitavecchia; creo que el viajar calmará los dolores de mi espíritu; te escribiré cuando me sea posible, dedícame tú un recuerdo, y cree que mas que amigo tienes un hermano en tu

EDUARDO.»

—¡Desgraciado amigo!—dijo Ramon cuando hubo leido aquella carta.—¡Tiene razon en todo! si amas á Caridad como yo la amo, no tienes mas remedio que sufrir. Mi conciencia está tranquila, hice lo que me fué posible por convencerla.... no pudo ser, y hoy mis trabajos tienen que ser en provecho propio; no sé por qué tiemblo; ¿si mis esperanzas y mis ilusiones tuviesen que desvanecerse por necesidad? ¿si ella no sintiese por mí sino una amistad hija de los favores que cree haber recibido? es preciso resolverse, la incertidumbre mata mas que la misma realidad; decididamente esta tarde entro de lleno en la cuestion.—Y Ramon estudiando la manera de decirle su amor, formándose ilusiones tan

bellas como la época de delicioso entusiasmo por el cual mas ó menos todos han pasado, no sintió deslizarse las horas; ¡son tan cortas las que se pasan agradablemente!

A las cinco ya estaba en la calle, pero como faltaba una hora para avistarse con Caridad, Ramon pensó que seria mejor llegar cerca de la casa de la modista Madame Ramelete, y así alargaria mas la conversacion.

Poco tiempo hacia que se paseaba, cuando una turba de alegres muchachas salieron en tropel del obrador, charlando y riendo. Caridad no estaba entre ellas: Ramon se paró en frente.—¿Si no habrá venido?.... pero no, es aquella.

—Buenas tardes, amiguita.

—¿V. por aquí?

—Yo creia que viéndola todas las tardes no debia parecerle estraño.

—Es verdad; pero en la puerta, es la primera vez.

—Qué quiere V; la impaciencia de darle á V. noticias de un amigo.

—De un amigo.

—¡Sí! Eduardo me escribe, y me recuerda el buen afecto que la profesa.

—No podrá quejarse de la amistad, al menos con respecto á V.,—dijo Caridad con ironía.

—Siempre me he preciado de ser amigo de mis amigos.

—¡Tal vez demasiado!

—¿Incomodo?

—¡Eso no! mas es notable que tanto le mueva su

cariño, que por no dilatar el cumplir su encargo (si alguno le ha hecho) pase V. de su costumbre ordinaria, es decir de las calles por las que sus ocupaciones le llevan y por lo cual nos vemos, y hoy deje V. todas esas costumbres por solo hablarme de él.

—Caridad, le aseguro á V. me ha desconcertado con esa manera de juzgarme.

—Al contrario, todo se reduce á decirle que es V. demasiado amigo de sus amigos....

—Pues esto es hoy terrible para mí.

—No comprendo....

—Figúrese que tenia el encargo de otro.

—¿De otro?

—Otro amigo mio.

—Y, ¿cómo se llama?

—Eso será lo último; lo primero es saber de V. si le va á tratar muy mal.

—Segun quién sea; figúrese V. que me plazca ó que por el contrario me disguste; segun mis impresiones, así he de contestar.

—Eso es difícil, pues no quiere descubrirse; pero me encargó tanto este asunto que dice es de vida ó muerte para él, que casi voy á exigirle una contestacion.

—Eso no es posible,—dijo Caridad sonriéndose.

—Figúrese V. por un momento que yo soy ese amigo de quien le hablo.

—Bueno, y yo contesto á V. como si fuese él, convenidos; pero tenga V. la bondad de esperar, voy á recoger á Pedro—y la jóven entró en la escuela y volvió á salir con el niño de la mano.

—Vamos, empiece V. esa declaracion original: ya estoy grave como si V. fuera el amigo, ¿le parece si tengo la cara bastante séria?

—¡Demasiado!

—Ya estoy mas risueña y dispuesta á escuchar.

—Empiezo: imagínese V. que mi amigo es un hombre de carácter algo entristecido por efecto de disgustos graves que ha pasado en el mundo: tenia poca fé en las mujeres, y ninguna en los hombres; su vida era un vasto terreno árido y seco, como esas llanuras abrasadas por el sol en donde nunca brotan ni flores que embalsamen el ambiente, ni aguas que mitiguen la sed de la abrasada arena con que está formado su suelo: un dia, no sé cómo... la vió á V., y no sé lo que fué mas pronto, verla ó amarla; lo ignoro... sobre esto me hizo importantes aclaraciones que él mismo puede decirla..... solo sé que desde entonces no vive, su pensamiento y su vida son suyos, y solo anhela poder tener una esperanza, para decirle: Caridad, ¿será V. tan buena que consienta unir su suerte á la mia? ¿seré tan feliz, tan dichoso, que merezca que sus bellos ojos se posen en los mios... en los mios sedientos de su cariño? De esto depende mi vida; la realizacion de todas las ilusiones, de todas mis esperanzas, está en su mano. ¡Oh! Caridad ídolo de mi alma, ángel celeste, nacido por mi dicha, ¿verdad que puedo acariciar tan hermosa esperanza? ¿Cómo puedo figurarme un ángel tan bello, cruel con quien tanto la adora? ¿verdad que no, mi bella, mi querida Caridad?...

La jóven oia con delicia inefable aquellas palabras

esperadas; un rubor hechicero cubria su rostro y sus ojos modestamente bajos, velados por sus magníficas pestañas, la hacian doblemente hermosa.

La mirada de Ramon era harto elocuente, para que comprendiese que hablaba por él mismo.

—Y bien, Caridad, ¿qué me contesta V.?—preguntó con tono suplicante.

Ella levantó sus hermosos ojos humedecidos por la emocion tiernísima que sentia, y miró á Ramon, como los ángeles deben mirar el trono de Jehová.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio!—murmuró Ramon conmovido hasta el fondo de su alma,—¿es posible tanta dicha en la tierra?—y siguieron algunos pasos sin pronunciar una palabra; despues Ramon mas repuesto, volvió á reanudar la conversacion.

—Caridad,—dijo con un acento tiernísimo,—¿llegaremos sin que oiga yo de sus labios la palabra deseada?

—¡Ah sí!—contestó ella sonriéndose cariñosamente y como si despertara de un dulce sueño... es verdad, ¿pero no sabe V., amigo mio, que yo no puedo contestar á mi pretendiente como deseo?

—¡No!—dijo Ramon pálido á pesar de ver el risueño semblante de la jóven.

—¡Verá V.! su amigo dice que me ama; lo creo, pero yo á mi vez amo tambien—y los ojos de la jóven miraron á Ramon con todo el cariño que su corazon sentia por aquel hombre—así, que me es imposible corresponder.

—¡A mi amigo!

—Naturalmente, dijo ella riendo, ¿de quién hablamos?

—¡Es

—¡Es verdad! pero V. ama, ¿y seré tan feliz que merezca su confianza? ¿podré saber el nombre de ese afortunado mas dichoso que todos los mortales?

—No tengo inconveniente, siempre que V. me diga antes el de ese adorador desconocido.

—Es V. cruel; ¿no tendrá mi amigo motivos sobrados de queja al ver mi poca reserva?

—¿Y no tendrá mi corazon queja con mis labios demasiado débiles para guardar un secreto?

—Dígame V. siquiera cuándo amó á ese hombre.

—Casi desde que le conocí.

—¡Oh, Caridad! de seguro que mi amigo envidiará á ese hombre afortunado; pero ya estamos en su casa; el nombre, Caridad, por favor.

—No, mientras no sepa el del discreto amigo de quién V. me habla.

—Ese amigo es un hombre que tuvo la dicha de hablarla el dia que vió una lágrima en sus mejillas capaz de enloquecer al mas cuerdo, que ha seguido sus pasos con el afan del avaro que mira su tesoro irse donde no le es posible seguir mirando, que ha pasado las noches pendiente de un cristal que le aproximaba á su cara celestial, que su amor raya en el delirio, y que tiene hoy el valor de repetir alto una frase que le ha dicho mil veces en el trascurso del dia. ¡Oh Caridad, cuánto te amo!..

Ella dió un paso hácia la escalera.

—No, Caridad, no me mateis; su nombre...

—¡Ramon Ramirez!—dijo ella corriendo con Pedro y subiendo la escalera como una exhalacion para ocultar

tar el rubor, la vergüenza y la dicha que á la vez sentia.

—¡Bendita seas! alma mia, bendita seas—dijo Ramon, mirándola desaparecer y encaminándose á su casa loco de felicidad.

CAPÍTULO XXXII.

Desengaños.

El tocador de Malvina era una habitacion encantadora, tapizada de blanco y azul, con magníficas cortinas de raso celeste, y otras de encaje blanco caidas hasta el suelo para mitigar la luz que entraba por un balcon. Una preciosa mesa de ébano, obra verdaderamente artística por sus elegantes tallados, y que hacia juego con un tremol ó armario cuyo espejo de alto abajo es tan necesario en el tocador de una señora; dos elegantes sillones forrados de raso azul y algunas sillas tan ricas y elegantes como todo lo demás de aquel recinto, completaban el decorado del tocador de la bella mujer que por tanto tiempo habia ocupado el corazon de Ramirez.

Esta se hallaba en aquel momento en pié, y una mirada distraida y disgustada que lanzaba al espejo, que

reflejaba su imágen, demostraba cuán poco satisfecha estaba.

Una doncella prendia un lazo en la falda del magnífico vestido de color gris perla, que tenia puesto su señora.

—No me gusta este traje: sienta detestablemente; á ver, saca el ceniza con negro.....

La doncella trajo el vestido pedido y lo dejó en un sillon, quitándole despues á su ama el que llevaba puesto y vistiéndole el que habia traido.

—No sé cómo se antiguan estos trajes—murmuró—no tienen quince dias y no se pueden mirar; ¿cómo está la espalda?

—La señorita tiene un talle hechicero, y me parece que el vestido le está inmejorable.

—¡No me gusta! pero ¿qué haré?—dijo con cierta impaciencia,—tráeme el sombrero blanco con encajes negros, los guantes.

La doncella fué colocando los objetos pedidos.

—Avisa que pongan el carruaje.

—¿La carretela?

—No, la berlina.—La doncella desapareció y Malvina se miró otra vez al espejo.—Estoy ojerosa, de mal color—y arreglándose los cabellos con mas coquetería, se puso el sombrero y anudó con gracia la cinta; perfumó su pañuelo y sus guantes y se dispuso á salir.

En aquel momento entró D.ª Petra vestida de negro, pero con lujo.

—¿Vas á salir?—preguntó con una risita falsa.

—Como todos los dias—dijo Malvina contrariada.

—Estoy por acompañarte, el dia está muy bueno.

Malvina no contestó, pero se puso encendida.

—Espérame un momento: voy á ponerme el sombrero.

—Siento decirle á V. que voy á hacer algunas compras, y se va V. á fastidiar.

—¡No, hija, no! si me gusta tanto ir de tiendas.

—Y es verdad, no lo recordaba, en cambio á mí me mortifica: pues va V. á hacer el favor de comprarme algunas cosillas que necesito. La doncella tiene la nota de lo que me hace falta: adios, hasta despues.

—Pero, hija, si podiamos ir reunidas... nada, no me oye... se va... ¿y esto es vivir?—dijo con ira D.ª Petra, —celando á la hija y oyendo sin cesar las reconvenciones del yerno: ¡no puedo mas, señor, no puedo más!— y salió con su paso temblon, pero en la puerta encontró á D. Agustin que la tomó por la mano y la hizo llegar de prisa otra vez en medio del tocador.

—¿Qué pasa?—preguntó la pobre mujer sobresaltada.

—¡Pasa, señora!!... ¿V. no recuerda nada de lo que hablamos?

—¿Por qué?

—En este momento sale Malvina, ¿cómo no la acompaña V.?

—¡Yo!—esclamó la pobre mujer tratando de disculpar á su hija.

—Naturalmente, ¿no quedamos en eso?

—Sí, es verdad; pero Malvina va á casa de la modista, y yo he de ir por otros encargos á una tienda.

—¿Ha dicho que va á casa de la modista?

—¡Sí!

—¡Sí! sí, me voy corriendo, no me espere. ¡A ver! ¡Rosina! la nota que ha dejado la señorita para la tienda.

—No sé.

—¡Sí, mujer, mírala! está bien. ¡Calla! adios, pronto volvemos; ven, Rosina, me pondrás el sombrero—y salió arrastrando á la doncella atónita,—¿quién es mas loca?—pensó la pobre muchacha—la madre ó la hija?

Entretanto D. Agustin la miraba meneando la cabeza con rabia.

—¡Ah! ¡vieja de mis pecados! ¡si hubiera de tomarte otra vez por consejera!.... te tiraria por la ventana, y aun así no pagabas lo que yo estoy sufriendo, —y D. Agustin salió del tocador cerrando la puerta de golpe.

Mientras estas escenas tenian lugar, Malvina, libre de las asechanzas de ambos, se dirigia á su paseo favorito. La hermosa rubia miraba con afan por la ventanilla, y al llegar se apeó, y sola se acercó al lago.

No habia nadie: al principio miró distraidamente; despues de convencida de que estaba sola, con un verdadero afan se internó por los bosquecillos, recorrió las alamedas, ¡nada! solo veia algun escéntrico personaje pasearse por aquel sitio, pero no á quien ella buscaba: volvió al lago y dió algunas vueltas mas, y viendo eran vanas sus pesquisas tomó otra vez el coche y dió órden de dirigirse á su casa.

Apenas se dejó caer en los mullidos almohadones de su carruaje, cuando las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¡Oh!

—¡Oh! no está, no; huye de mí, lo conozco! me aborrece tal vez; y yo..... miserable de mí, le amo!! ¿qué haré? tal vez esta noche venga: ¡cinco dias sin dejarse ver! ¿estará enfermo? ¡terrible incertidumbre!... cómo envidio á esas mujeres libres que pueden seguir los impulsos de su corazon. ¡Oh! ¡Eduardo, si supieras cuánto te amo! Cuando el carruaje llegó á la puerta, Malvina entró en su casa, sin reparar en su marido que llegaba tambien.

—¡Querida!—dijo el viejo presentándole con galantería su brazo,—¿no me habias visto?

Como si sus pensamientos hubiesen sido espresados en alta voz ó su fisonomía descubriera el estado de agitacion de su alma, Malvina se estremeció y se apoyó en el brazo de su marido verdaderamente desfallecida.

—¿Te sientes mal?

—¡No, pero la variacion del tiempo me pone terriblemente nerviosa.

—¿Por qué no tomas agua de azahar? acúestate; estás pálida y tienes alterada la fisonomía.

—No, no, esto pasará, y además, esta noche recibimos.

—Malditas exigencias—murmuró el viejo—¿qué sacamos de convidar tanto danzante? no me acostumbraré nunca á la moda de que otros se coman y se diviertan con lo que uno ha sudado tanto para adquirir.

—¿Supongo que no pretenderás echar á la gente de casa?—dijo Malvina de mal humor.

—No la echaré de casa en un dia, pero podemos, por ejemplo, despedirnos para el campo; yo tengo gana

 de

de tranquilidad, y asi á la vuelta no estamos obligados á recibir en un dia dado....

—Está bien, lo pensaremos despacio, porque meterse en el campo así... á pasar una larga temporada, debe ser delicioso; nos convertiremos en breve en un par de tórtolas.

—¡No digamos que va á ser un año! pero un mes bien puedes pasarlo; bien creo que te será fácil hacer ese pequeño sacrificio, en correspondencia de otros que no menciono.

—Por nombrados.

—¡Está bien! por nombrados, yo solo deseo en pago de ello vivir en paz y con tranquilidad; no te he privado de paseos, de carruajes, de teatros, de lujo, pero no quiero en mi casa tanto visiteo, tanto cumplido, tanta gente extraña; ¡á la antigua me gusta vivir! cada uno en su casa, y Dios en la de todos; con que ya lo sabes, ves poniendo el remedio.

—¿Qué remedio?—preguntó D.ª Petra entrando, con su risita conciliadora.

—Lo pensé—murmuró D. Agustin,—no hay funcion sin tarasca.

En cuanto á Malvina no se movió y siguió en su postura indolente, sentada en un sillon y con la mirada fija en el lindo artesonado del tocador.

—¿Reñian Vds.?—insistió D.ª Petra volviendo á sonreir.

—¡No, señora!—contestó D. Agustin con todo el mal humor de que se sentia poseido—hablábamos; supongo que es lo mas natural en un matrimonio.

—¡Oh

—¡Oh sí, es muy natural, la buena inteligencia en los matrimonios es lo mejor del mundo! la mujer siendo amable con el marido, el marido siendo condescendiente con la mujer, es una situacion tan agradable... ¿Qué le parece á V., yerno mio, tengo razon?

—¡Para sermon, señora, me parece bastante malo!

—Vamos, está V. muy impolítico—exclamó la vieja con cólera.

—No, señora, solo digo que la moral es buena, la sé desde cuando tenia 15 años, pero no posee V. la elocuencia que se admira siempre aunque el motivo sea viejo: con que, señora, siga V. con sus máximas á su hija; yo me voy á tomar el chocolate y á prevenirme para la reunion, ¡es delicioso! Malvina, no olvides ir previniendo el terreno; ¡hasta despues!

—¿Qué ha pasado, hija, que D. Agustin está tan mal humorado?

—Vamos, mamá, ya empezaron las lamentaciones; ¡que quiere nos vayamos al campo á vivir!

—¡Al campo! ¿Por qué motivo?

—El mas natural; no se encuentra en edad de divertirse, y quiere recogerse á buen vivir.

—Pues, hija, no está tan viejo: es un hombre fresco.

—¡Yo sí que estoy fresca! ¡ay si las cosas se hicieran dos veces!

—Eso digo yo, hija, pero el ser bueno es perjudicial; ¡dichoso casamiento, que no pasa dia sin que tenga un disgusto!

—¡Si lo hubiese hecho á mi gusto, no me encontraria hoy fastidiada!

Doña Petra cerró la puerta.

—Eres una loca; ¿cuándo podias tú esperar estar nadando en la abundancia como estás?

—¿Por eso soy feliz?

—Porque no tienes juicio; mucho me pesa no haberte dejado casar con aquel pelagatos de Ramirez.

—Ojalá: si no era millonario, tenia para vivir independiente: pero los consejos de V. me hicieron desgraciada.

—Calla, calla, ¡si te oyera Agustin! ¿estás loca?

—Bueno, pues dejarme en paz: ya estoy harta de vivir continuamente vigilada: soy libre, y me fastidia tanto consejo y tanta observacion.

—Sí, me voy, es lo mejor, pues á la postre quien pierde soy yo... y la víctima no es nadie mas que yo: componeros como podais, al fin y al cabo, es gana de echar la culpa: si tú no hubieses querido no te hubieras casado, pero eras ambiciosa y ahora quieres decir que te aconsejé, y cuando te arrepientes es cuando estás harta de gastar: ¿qué hombre que no hubiese sido tan rico como tu marido soportaria una mujer que derrocha un capital en un dia?—y salió mirando con cólera á su hija.

—¡Tiene razon,—dijo Malvina cuando se quedó sola —yo tengo la culpa de todo: me vendí! y ahora me pesa. ¡Ay, Ramon! sé que padeciste; hoy quedas vengado, porque mi corazon sufre lo que tú sufriste; el dedo de Dios; lo reconozco!—murmuró cubriéndose la cara con las manos, y llorando con toda la amargura que brota de un profundo dolor.

CAPÍTULO XXXIII.

Dos amores sin esperanza.

La noche llegó y Malvina esperó á sus amigos de costumbre: un lindo vestido rosa con encajes blancos hacia resaltar su blanco cútis, y sus hermosos cabellos rubios, prendidos con algunas flores del mismo color del traje acaban de embellecerla. Sus ojos, sin embargo de la sonrisa que entreabria sus bellos y rosados labios, no tenian la animacion de otras noches, y un atento observador hubiera notado al fin su impaciencia, y la ansiedad con que miraba á la puerta del salon cada vez que alguna nueva persona hacia su entrada en él. A las diez, el salon estaba lleno. Malvina habia saludado á todos, y dirigia una sonrisa á una amiga, una frase cariñosa á la otra; pero vagaba sin parar, ni sentarse en ningun lado. D.ª Petra no habia parecido, su hija manifestó se hallaba delicada, y D. Agustin jugaba con al-

gunos compatriotas y amigos antiguos como él, al popular tresillo, en el gabinete, donde habia tres mesas para los aficionados. En el otro gabinete del estremo opuesto del salon solian sentarse algunas mamás mas amigas de tranquila conversacion que de la algazara del baile: el jardin se iluminaba todas las noches de reunion y no faltaban en él apasionados del fresco y de la poesía del sitio. Malvina era una de las aficionadas á este lugar, pero aquella noche la bella rubia no salia del salon y sus miradas apenas se apartaban de la puerta.—No vendrá—pensó con amargura, y se dirigió á un balcon que estaba en un estremo, y que dejaba entrar una apacible brisa por entre los pesados cortinajes de seda que lo cubrian.

En aquel momento Eduardo estaba en la puerta; Malvina sintió latir su corazon con tal fuerza, que le oprimió con su mano para contener sus latidos, é incapaz de tenerse de pié se dejó caer en una silla.

Eduardo recorrió con la vista las señoras que sentadas ó en pié para el próximo rigodon llenaban la sala; por fin sus ojos se fijaron en la jóven que parecia oculta por los continajes: se adelantó y ella le tendió su mano.

—¡Tantos dias sin vernos!—dijo bondadosamente.

—Dispense V., mi bella amiga, yo he sido quien no podia olvidar los buenos ratos que perdia.

—¡No se ha conocido!

—He pasado ocho dias en cama.

—Efectivamente está V. muy pálido, y siento no nos haya V. avisado: tal vez el servicio de la fonda no sea el mas á propósito para un enfermo.

—Me cuidan perfectamente: pero ¿y D. Agustin?

—Jugando en el gabinete.—Eduardo entró y saludó al buen viejo, volviendo despues al lado de Malvina.

—¿Y qué ha tenido V.?

—Un terrible dolor de cabeza; está visto que los aires de París no me prueban, asi es que decido abandonar este hermoso laberinto.

—¿Se va V.?—preguntó Malvina con tal espresion, que Eduardo se convenció, si alguna duda tenia, de que aquella mujer estaba interesada por él.

—Me voy á Marsella,—dijo como si no hubiese comprendido el interés de aquella mujer,—y es probable me embarque y tome parte en la nueva espedicion que sale de allí para Civitavecchia.

—¿Tan mal le tratan las parisienses que no vacila en abandonarlas?

—¡Oh, señora! ni mal ni bien, pues apenas trato á nadie: le puedo asegurar no frecuento mas que su casa.

—Pues yo sé que en ella hay quien le quiere bien.

—No comprendo, porque apenas he hablado con las señoritas que veo aquí reunidas.

—Tal vez no se haya V. querido fijar.

—No creo fácil que una mujer muestre sus simpatías por un hombre si este antes no le ha dado lugar.

Malvina se mordió los labios, despues añadió indiferentemente:

—Supongo, Eduardo, que no habrá V. olvidado nuestra última conversacion en la cual V. defendia esas pasiones volcánicas, y yo no creia en ellas; pues hoy casi le concedo que son posibles; figúrese V. que una mujer de las muchas que estamos mirando, hubiese

sentido por V. una de esas pasiones, lo mas natural seria que tratara de ponerse de acuerdo con V. y espresarle su simpatía, para que usted le ofreciera su amor.

—Puede que V. tenga razon, pero yo á pesar de la opinion de V., creo que es difícil se enamore una mujer de un hombre cuando apenas le conoce.

—Lo que V. me concederá es que apenas un hombre se cree amado por una mujer, cuando ya la mira con cierto aire de superioridad del que no hace uso mientras suplica rendido.

—¡Líbreme Dios de caer en esa ridiculez! y para que V., amiga mia, no forme de mí un juicio tan poco lisonjero, le voy á ser franco aun á trueque de faltar á lo que yo mismo me habia prometido, que mi secreto moriria conmigo; ¡pero la verdad! al hablar V. así, sospecho puede haber alguna mujer que se interese por mí, y no me perdonaria nunca hacerla sufrir, ni ser motivo de que derramase una lágrima: me he vuelto supersticioso respecto á cómo se pagan los delitos para los cuales no hay un código en la tierra, y quiero seguir el camino leal de la verdad. ¿V. cree, amiga mia, hay alguna mujer á quien yo inspire simpatía?

—Se lo puedo asegurar; tengo una amiga que he comprendido le ama.

—¡Le aseguro á V. que lo siento!

—Mas sentiria yo que le oyese, porque formaria de V. mal juicio.

—Sin embargo al hablarle á V. así, es por no abandonar el camino que me he propuesto, y por eso quiero ser tan esplícito como yo mismo no creia; figúrese, mi

bella amiga, que yo soy un pobre desheredado de amor; amo sin esperanza y no soy tan egoista que desee sufra otro corazon lo que sufre el mio.—Malvina palideció y clavó sus ojos en Eduardo.

—¿Ama V. á otra mujer?—murmuró con un acento apenas perceptible.

—Tengo esa desgracia, Malvina—dijo tristemente.

—¿Y esa mujer no le ama?

—¡Ni me amará nunca!

—Y V. se consagra á su recuerdo, ¡vive solo para ella!

—Bien quisiera desprenderme de ese amor que es la desgracia de mi vida, pero no puedo.

—De modo que si otra llegara á V. y le ofreciese todo su cariño, le sacrificara todo cuanto una mujer estima por curarle esa herida que otra mujer mas afortunada ha dejado abierta en su corazon, usted contestaria siempre: «no puedo amar mas que á ella!»

—No sé, Malvina, qué le contestaria; el tiempo creo es el único gran lenitivo para los dolores como el mio, en él solo confio, pero hoy me seria imposible acercarme á otra mujer, porque está muy vivo el recuerdo de la que adoro.

—¡Es V. cruel!—dijo ella con amargura sin cuidarse de ocultar su agitacion.

—Soy desgraciado.

—¿Y es muy hermosa esa mujer?

—¡Oh!—dijo Eduardo cerrando los ojos como los árabes cuando quieren espresar mas vivamente las delicias del paraíso con sus huríes, ofrecidos á los buenos creyentes por Mahoma.

—Incomparable, verdad—dijo Malvina con ironía. Eduardo comprendió que habia estado poco acertado delante de una mujer hermosa.

—¡Perdonadme, Malvina, os lo suplico! no podeis figuraros lo que sufro con esta conversacion.

—Pero decidme, ¿es muy rica? ¿tiene una gran posicion? ¿qué obstáculos.....

—Ninguno; solo el no amarme; ella es modesta y pobre.

—¿Pobre, y le desprecia?—dijo Malvina como asombrada de lo que ella comprendia.

—Tan pobre que hoy dia le falta el pan.

—¿Y no tiene otro amor?

—Ninguno.

—Entonces algun trapicheo.

—Malvina—dijo Eduardo con vehemencia,—la que amo es un ángel de belleza, pero lo es mas de virtud; ¿si no fuese así, comprende V. esclavizaria como esclaviza? ¡no! el que tiene la desgracia que yo, no puede mas que esperar en el tiempo su remedio.

Al poco rato Eduardo salia de la casa. Malvina entró en su tocador, y dejándose caer en el mismo sillon en que habia estado por la tarde, ahogaba con un pañuelo los sollozos que salian oprimidos de su pecho; su corazon sufria todas las torturas, la del amor único que habia sentido en el mundo, los celos, y el imposible que los separaba.—¡Oh, Eduardo! es horrible lo que me sucede.... y yo le amo, ¡Dios mio, le amo!

. . . . . .

A la mañana siguiente, D. Agustin pulsaba á Malvina.

—¡Tie

—¡Tienes calentura! lo conozco, ya te decia ayer que esas malditas noches....

—Tienes razon—dijo ella pasando la mano por sus ojos para ocultar las lágrimas que se agolpaban á ellos.

—¡Esa maldita noche! me encuentro mal y creo que el campo me sentará bien.

—Ya te lo dije,—exclamó D. Agustin gozoso,—mira, arreglaremos lo que sea mas preciso; con un mes te pondrás bien.

—Lo mismo da tres ó cuatro—dijo ella con voz melancólica.

—¡De veras, Malvinita! pues eso es lo que á mí me gusta, en seguida, en seguida.—D.ª Petra entró.

—Señora, prepárese V., que nos vamos al campo por tres ó cuatro meses.

—¡Por tres ó cuatro meses!—dijo D.ª Petra pasmada, y al fijarse en el semblante abatido de Malvina pensando consentia por la fuerza, trató de conciliar lo que creia una sentencia para su hija.—No será por tanto: el campo es pesado cuando llega el invierno.

Don Agustin la miró con rabia.

—Señora, tiene V. el don de la inoportunidad.

—Pero, mamá,—dijo Malvina de mal humor—si allí se está perfectamente.

—¡Jesús! ¡Jesús! no sabe una cómo acertar; bien dicen que los matrimonios se arreglan solos—y se sentó en un rincon refunfuñando.

—Lo que dicen y yo afirmo—pensó D. Agustin,—es que la peor plaga es la de tener suegra.

A los quince dias de esta escena D. Agustin y su sue-

gra se habian trasladado con Malvina á una magnífica quinta que poseia el primero en las costas del Mediterráneo: nada mas bello que aquel sitio, y sin embargo Malvina parecia indiferente á todo; y como si una enfermedad interior la anonadara, aquella hermosa mujer no parecia ser la que en otro tiempo se dedicaba con tanto placer al bullicio del mundo. D.ª Petra, que al fin era madre, sentia todo el peso de los remordimientos al observar el abatimiento de su hija: en cuanto al marido, no pensaba así, y solo veia con placer que iba á disfrutar de la tranquilidad soñada.

La quinta tenia una hermosa galería desde donde se descubria el mar: aquel era el único sitio que Malvina parecia elegir con preferencia, como si la vista de sus aguas hablase á su espíritu con mas elocuencia que la naturaleza toda.

Una tarde D. Agustin miraba con un anteojo un magnífico vapor de gran porte que navegaba rumbo hácia fuera.

—Debe ser la famosa espedicion que leimos iba á Civitavecchia y á no sé cuántas partes mas. Sí, debe ser esa.

Malvina no contestó, pero llevó el pañuelo á su cara.

Cuando de aquellos barcos no quedaba mas que un pequeño punto en el horizonte, estendió las manos.... y cayó sin sentido.

—¡Válgame Dios!—esclamó D. Agustin,—los nervios de mi mujer me van poniendo en cuidado; son muchos soponcios en pocos dias.

CAPÍTULO XXXIV.

La felicidad en la tierra.

Encontremos de nuevo á Ramon paseándose con impaciencia por la puerta de madame Ramelete.

—Si pudiera, Caridad, estaria enfadado contigo.

—Vamos, sepamos las causas,—dijo ella riéndose.

—No puedo ver con paciencia que sigas trabajando. Las cosas si se exageran son ridículas.

—Mira, Ramon, ya te dije que necesitaba despedirme, hoy he venido para eso, ¿estás contento?

—¿Y tú lo preguntas, mi bien? Ahora voy á decirte una cosa; quiero hablar con tu hermano, pues parece justo que en esta ocasion os olvideis de lo pasado.

—Bien sabes que yo no les he guardado rencor.

—¿Y cómo puedes tú tener rencor ángel, de mi vida, si no conoces las malas pasiones?

—Ramon, por favor no seas así...

—¿No quieres que te quiera?

—Eso

—Eso sí.

—¡Pues cómo te diré lo que siente mi corazon por tí!

—Bueno, sí, dímelo, pero no me mires.

—¡Así!—dijo Ramon tapándose los ojos y mirándola por entre los dedos.

—No tienes formalidad—replicó ella con la mas dulce de sus sonrisas.—En esto llegaron á la escuela de Pedro, Ramon entró y salió con el pequeño.

—Caridad, tengo una sorpresa.

—¡Dímela!

—He buscado criada para cuando vayamos á casa; allí está todo con el desaliño del soltero, y no he querido comprar nada sin que tú lo elijas.

—Los dos lo escogeremos todo.

—Tú, porque yo ¿cómo quieres sepa distinguir los colores, llevando á mi mujercita del brazo? estaré orgulloso, soberbio como un príncipe; no puedo ser modesto teniendo un tesoro como tú; ¡ay Caridad del alma, que nunca me falte tu cariño! con él estoy loco, orgulloso, y yo creo que mi corazon es poco para amarte tanto; sin tu amor ¿qué seria de mí?

—¡Querido de mi alma! ¡cuánto le debo á Dios! ¡he sufrido mucho! pero tu cariño me compensa de todo; mi corazon fué tuyo desde que te ví, y hoy mismo me parece que mi felicidad es un sueño, ¡soy tan dichosa! ¿qué talisman ha unido nuestros corazones de esta suerte?

—¿Lo ignoras mi vida? pues el talisman que me unió á tí y me volvió loco fué aquella lágrima, cuyo recuerdo conservaré en mi alma toda la vida.

CAPÍTULO XXXV.

Preliminares de paz.

Al otro dia por la mañana, Ramon se presentaba en casa de José: la suerte del desgraciado hermano de Caridad no era mas halagüeña que al principio; ganaba poco, pero otras familias con lo mismo disfrutaban de tranquilidad y de una modestia decente. Las exigencias de Laura, sus ridículas pretensiones habian hundido la casa que casi nunca iba al corriente. Cuando en un matrimonio falta la paz, no hay nada que supla á este precioso don del cielo conquistado con la virtud. A veces en una pobre familia, que comen su humilde sopa, con el corazon tranquilo y la conciencia de su deber, se encuentran tesoros de dicha que no se hallan en la casa del opulento; ¡feliz quien se conforma con su suerte y sabe llevar la cruz con que hemos de hacer nuestra peregrinacion en la tierra!

José se levantó á la llegada de Ramon; este se conmovió al ver al hermano de su amada en cuyas facciones advirtió cierto parecido con ella, y en cuyos ojos entristecidos leyó la historia de sus desgracias.

—Caballero—dijo Ramon,—tengo que hablaros de vuestra hermana.

—¡Pase V., y hágame la merced de tomar asiento!

—Gracias—dijo Ramon sentándose—sé, caballero, que disgustos de familia la separaron de su lado, y aunque está muy lejos de mi ánimo promover de nuevo esta cuestion, quiero, sin embargo, sepa V. que su hermana es digna del aprecio de su familia y del mundo entero.

—Tengo esa firme conviccion; y á pesar de que en la apariencia no he tenido interés en saber de mi hermana, ha sido raro el dia que no la he visto y la he seguido: he preguntado á personas que viven en su misma casa, y todos á una convienen en que es un modelo de laboriosidad y de virtud; ¡pero qué quiere usted, caballero! las mujeres aun siendo buenas no saben vivir juntas si no congenian, y es imposible obligarlas á tener paz si ellas quieren tener guerra.

—Creo lo mismo—dijo Ramon sonriéndose—y no es mi propósito mediar en esta cuestion para que vuelvan ustedes á vivir juntos, sino para que olviden lo pasado; mi objeto es solo decirle que amo á Caridad y deseo que V. apruebe nuestra union.

—¿Pero Caridad le ama á V.?

—Tengo esa dicha.

Los ojos de José se llenaron de lágrimas.

—No

—No puede V. figurarse, caballero, cuánto me preocupa la suerte de esa niña; es un vivo retrato de mi madre... cuyo recuerdo es para mí sagrado, y la idea de que mis desgracias hayan influido de tal suerte, que no haya podido cumplir el único encargo de mi buena madre que se reducia á que protegiese á mi hermana, me hace sufrir mucho; pero hay circunstancias....

—Las sé—dijo Ramon—ó por lo menos me las figuro —añadió sonriéndose—y como he dicho antes, solo deseo olvido para lo pasado y que Caridad y V. reanuden en un abrazo su cariño.

—Con toda el alma; hoy mismo quiero ir á verla. V. vendrá conmigo.

—No sé si me lo permitirá, porque hasta ahora solo he ido dos veces y nunca por causa mia—dijo Ramon sonriendo á José, que le escuchaba gozoso.

—Pues conmigo supongo que no se opondrá; y V. mismo debe convenir que en su posicion y sola...

—Era natural, pero desde hoy ya no estará sola, porque á su antigua criada Juana la he tomado para que no la deje un momento.

—Ahora me esplico por qué Juana tenia empeño en dejarnos; yo creia que fuera ingratitud y no querer seguir nuestra suerte.

Ramon se levantó.

—Caballero—dijo José algo confuso,—dispénseme V. una curiosidad natural, aunque apenas tengo derecho por los disgustos pasados á intervenir en el porvenir de mi hermana; pero desearia saber si sus circunstancias son para mantener una familia.

—Afortunadamente mi posicion me hace independiente: no soy poderoso; pero tengo un capital, suficiente para vivir con desahogo, y es mas, amigo mio, mis bienes, descuidados por largos años de abandono, reclaman un cuidado para lo sucesivo que pienso concederles. Desde cuando me creo feliz deseo trabajar, y aun será fácil que le pida su ayuda. Tengo dos posesiones cuyo encargado me disgusta sobremanera, de modo que si V. quiere ayudarme, allí hay buena casa, jardin, huerta, de todo, de lo cual dispone el apoderado. Además, le paso mas sueldo que á V. la casa de comercio donde trabaja.

José tomó la mano de Ramon y la apretó con vivas muestras de gratitud.

—En medio de los sinsabores que he padecido en la vida, Dios me ha dado este dia que llena de gozo mi corazon.

CAPÍTULO XXXVI.

Una nueva era.

Cuando Ramon se fué, José entró en la habitacion en que estaba Laura. Esta, á pesar de ser el motivo principal de la posicion en que estaban, sufria por la escasez, los obstáculos de todos géneros que se adhieren á la pobreza y en pequeñas causas aportan entre todas la miseria; ella se reconocia culpable en el fondo de su corazon, no de su miseria, que eso solo era á su entender culpa de José, sino de la salida de Caridad de la casa y de su ligereza con respecto á Eduardo.

Su fisonomía no tenia la frescura de otro tiempo; el mismo José no era para ella el tierno enamorado de antes, sino el hombre prudente ó débil que soporta su trabajo sin quejarse, pero cuyo desaliento sale al rostro. Cuando José entró, Laura pensaba con tristeza en el cúmulo de circunstancias todas desagra-

dables que en poco tiempo habian caido sobre ellos. Levantó con tristeza los ojos y se quedó mirando á José con curiosidad. El semblante de su marido espresaba un gozo poco comun en él.

—¿Qué te pasa?

—Muy buena noticia—dijo este sentándose á su lado.

—¡Buena noticia!—contestó ella suspirando tristemente.

—Sí, Laura, no lo dudes.

—¿Y qué es ello?

—Caridad se casa.

—¿Se casa?—y á su pesar el recuerdo de Eduardo vino á su mente—¿y con quién?

—Con un jóven guapo y cuya fisonomía simpática revela la nobleza de su alma.

—¿No le conocias?

—No. Se llama Ramirez.

—¡Ah!—dijo ella como si la quitaran un peso de encima—no es con aquel...

—No! mujer, no! buen botarate; es con un hombre que te gustará cuando le veas.

—¿Y qué es?

—Dice que es rico.

—¡Qué suerte!

—Y se la merece, porque mira, Laura, no pensemos en su genio, pero mi hermana es muy buena, muy buena!

—No puedo negarlo;—dijo ella, como si aquellas palabras respondieran á lo que pensaba en su interior.

—Hay

—Hay mas—añadió José alegremente;—Ramirez me ha dicho que si nos convenia el campo, tiene dos haciendas magníficas en donde hay casa muy buena, jardin y huerta, de donde se saca casi para comer, y además me daria de sueldo mas que gano en el comercio donde estoy.

—¿Será posible?—dijo Laura llena de alegría.

—No te quepa duda.

—Pero tú, ¿qué has dicho?

—Mujer, he callado; como sé que no te gusta el campo.....

—José, ¿qué sacamos con vivir en Barcelona? de todo carecemos, llenos de pesares y sin poder tener ni un real; si conseguimos eso seríamos felices otra vez.

—¿Lo crees así?—dijo José con ternura.

—Lo creo, porque estoy falta de paz, de sosiego y de tu cariño.

José abrazó á Laura con efusion.—Laura, que esta sea nuestra firma de paz; nada de locas ilusiones. Dios nos abre el camino de la ventura; que un velo cubra tantos años de enojosas luchas.

—Yo te prometo por mi parte, que estoy escarmentada y harta de sufrir.

—Pues, Laura, cree que podemos acariciar la esperanza, y que una nueva era de paz y ventura se abre para nosotros.

—Dios lo quiera, José, Dios lo quiera,—dijo Laura llorando de dulce emocion las primeras lágrimas derramadas despues de muchos años, que no reconocian por motivo la ira ó la soberbia.

CAPÍTULO XXXVII.

Dios da ciento por uno.

Cuando Caridad subió la escalera con Pedro, pensando con alegría en su amor y en sus proyectos, se sorprendió al ver una mujer sentada en el último escalon, con un gran canasto en la falda.

—¿Quién es?—preguntó la jóven antes de llegar.

La mujer volvió la cara y lanzó una alegre carcajada.

—¡Juana!

—¡La misma! niña, la misma,—dijo la buena mujer levantándose y colocando con precaucion el canasto en el suelo para abrazar á Caridad.

—Pero, ¿qué es esto?

—Esto es que D. Ramon no quiere que estés sola ni un momento mas, y vengo á servirte y acompañarte.

—Ya decia él que era una sorpresa, pero ninguna mas agradable para mí; ¿ves, Juana? esto parece un

sueño; pero entremos. ¡Cuánta felicidad, Dios mio, si creo que estoy soñando!—y Caridad abrió la puerta y volvió á cerrar así que estuvieron dentro.

—Pero, ¿qué traes en ese cesto?

—No sé; D. Ramon me ha dicho que te lo trajera.

—A ver; ¡ay, Juana! Ramon está loco.

—Dios bendiga su locura; no sabes qué feliz soy al verte en el camino de la dicha.

—Pero, ¡cuánta cosa! esto es para que cenemos, y á la verdad, que como no contaba con convidados no estábamos muy provistos; ¡jamon en dulce! ¡carne mechada! ¡pasteles! ¡dulces! ¡frutas! ¡Jesús!.... ¡Pedro, hijo mio! esta noche sí que vas á cenar bien.

La pobre criatura saltó de gozo.

—¡Qué bueno es D. Ramon! ¿verdad, Caridad?

—Así lo creo, hijo mio,—dijo la jóven enjugando una lágrima de ternura que corria por sus mejillas.

—Mucho has sufrido, hija mia,—dijo Juana enternecida—pero tu buena madre tenia razon, las lágrimas que se derraman por la virtud los ángeles las recogen y Dios las compensa con usura.

—Sí, Juana, sí,—dijo Caridad besando al niño. Dios da ciento por uno.

A la mañana siguiente, Caridad se levantó temprano.

—¿Tan pronto?—dijo Juana al verla.

—Eso digo yo,—respuso ella alegremente—¿cómo te has levantado tan pronto?

—La costumbre, niña mia, la costumbre.

—¿Y que te parece que no la tengo yo tambien? ¡Ay,

Juana de mi alma! qué poco importa levantarse temprano cuando el corazon está tranquilo y alegre, cuando no se tiene miedo al dia de mañana; ¡si supieras lo que he sufrido! ahora que Dios se apiada de mí, no quiero callarlo mas.

—Mi pobre niña, ¿te creias que porque callaba tu vieja, no sabia tus pesares? ¡cuántas lágrimas he derramado, considerando tu suerte y acordándome de mi pobre señora que tanto te queria! tanto como te mimaba y todo se le figuraba poco para su hija; la idea de que algun dia la necesidad.....

—La necesidad, ¡ay, Juana mia, si supieras cuán mala es el hambre!

—¿Has pasado hambre? Dios mio, Caridad, y ¿has tenido valor de callarlo á mí, que soy tu segunda madre?

—Vamos, ¡mi vieja! Calla y no regañes, pues hoy estoy tan contenta que no te haré caso, mira á Pedro: Ola, dormilon, buenos dias; tú le vestirás, Juana, yo voy á peinarme, no sea cosa que Ramon pierda la ilusion, verdad, Juana!

—Creo es difícil—dijo la buena mujer riendo.

—¿Qué es la ilusion, Caridad?—preguntó Pedro sentándose en la cama.

—La ilusion—dijo esta sonriendo—es una cosa muy buena.

—¿Cómo lo que comimos anoche tan dulce?

—Justo, eso mismo.

—Pues mira, dame un pedazo, no sea que se pierda.

—Tienes razon, Pedro, seria lástima—y Caridad dió

al muchacho un pastelillo, que este engulló con una escelente gana.

—Vaya si seria una lástima perder una cosa tan buena—dijo el chico aproximándose al canasto de las provisiones.

—Mira, Pedro, á rezar y á lavarte—dijo Juana tomando la cesta y colgándola de un clavo,—vaya que tienes hambre canina.

Caridad entre tanto se peinaba, con la coquetería propia de sus años y del placer que sentia.

Depues de almorzar y limpiar su pequeña habitacion Caridad se puso á regar sus flores.

—¡Ay, Juana! qué largo se me hace el dia sin hacer nada.

—Largo!—dijo la buena mujer en tono de broma, —verás así que venga quien yo sé, si te parece largo; —en esto se oyeron pasos—no digo, en nombrando.....—Un golpe en la puerta interrumpió á la buena mujer; se apresuró á abrir, Ramon estaba en la puerta..... Caridad adelantó sonriendo, pero de pronto palideció; habia visto á José que llegaba con su mujer.

Por muy generoso que fuese su corazon, habia conservado el recuerdo de los sufrimientos por ella pasados, y la sangre afluyó á su cabeza con rapidez increible; pero la lucha entre tan amargos recuerdos y sus nobles sentimientos fué de un segundo, pues al llegar su hermano, aquella alma generosa todo lo olvidó, y se arrojó llorando en sus brazos.

El pobre José lloraba con su hermana, y la triste memoria de los disgustos pasados y de los infortunios

que habia sufrido la pobre jóven con virtud heróica, se le representaba. Caridad por un sentimiento de infinita delicadeza comprendió el desairado papel que hacia su cuñada en aquel momento, y desprendiéndose de los brazos de su hermano, tendió sus manos con encantadora naturalidad á quien tanto daño le habia hecho.

—¡Gracias!—dijo con bondad—¡gracias, Laura!

Ella no contestó, pero estrechó, con efusion la mano de aquella mujer tan noble, tan digna, tan pura.

Ramon la miraba con una ternura infinita, y la pobre Juana, que habia vivido con ellos y habia sido testigo de todas las desventuras de la familia, al ver reanudado un cariño que nunca debió haberse debilitado, sintió que las lágrimas humedecian su curtido semblante.

—Caridad—dijo José mas repuesto de su emocion—el Sr. Ramirez me habló de tu proyectado casamiento, y puedes creer que esta noticia ha hecho latir de alegría micorazon; sé que el tuyo es generoso y he querido venir en tan solemne caso para acompañarte al altar; lo mismo Laura que yo deseamos olvidar lo pasado.

—Hermano, yo deseo mas, os pido el lugar que ocupaba en vuestro corazon; os pido cariño, y tambien indulgencia, si creeis que la necesito: ni una palabra de lo pasado, os lo suplico.

—Noble y santa criatura—murmuró Ramon—¿quién puede dejar de amarte?—Y volviéndose á la pobre Juana que seguia llorando, le dió una palmadita en el hombro.

—Vamos—dijo—hoy es dia de de reir, no de llorar.

—¡Oh

—¡Oh señor, mis lágrimas son mas elocuentes que la risa, hoy son de felicidad.

—Es verdad—dijo José—hoy es gran dia sobre todo para mí, que me siento rejuvenecido y dichoso.

—Y mejor dia para aquella—dijo Juana señalando al cielo, que se veia desde la ventana:—hoy mi señora será completamente feliz...

José y Ramon salieron acompañados de Pedro para arreglar papeles indispensables; Juana salió tambien para comprar lo concerniente á la cocina, y las dos cuñadas se quedaron solas.

Laura deseaba vivamente una esplicacion, pues á pesar de lo abatida que estaba despues de aquella vida azarosa é inquieta á que tan locamente se habia lanzado, quedaba un resto de vanidad que cerraba sus labios. Caridad la conocia bien, y tomando sus manos dulcemente,

—Laura,—murmuró,—¿me guardas rencor?

—¡Caridad! hermana mia, perdóname—dijo Laura conmovida y sin poder contenerse—no puedes figurarte hoy lo que he sufrido!

—Lo comprendo, pero todos los tormentos se van á acabar; ¿vivirás contenta en el campo?

—Mucho, te lo aseguro; solo tengo una inquietud que me hace comprender que solo se aprecia el bien cuando se ha perdido... José no me ama.

—Calla, Laura, por Dios; José es como siempre un tierno amante para tí.

—¡No. Caridad! no sabes cuanto ha variado.

—Yo te aseguro lo contrario; lo que José tiene es...

¿quieres que te lo diga? cree que no eres feliz á su lado, sufre al verte desear inútilmente otra posicion de la que él tiene, se cree humillado, y no se siente capaz de labrar tu tranquilidad y la suya; pero tú eres buena, Laura, y si has cedido á caprichos, á deseos mas ó menos discretos, tienes talento para comprender cuán pobre es la vida de la vanidad comparada con la vida del alma, de esa vida siempre tan compensada por el cariño del hombre por el cual una se sacrifica. Créeme, hermana mia, se encuentra una tan superior cuando contempla la felicidad que derrama en torno suyo, que en breve esa vida que tú has deseado verás no es nada al lado de la satisfaccion que sentirás viendo á tu marido feliz y dichoso á tu lado, trabajando con ardor por tí y bendiciendo siempre el dia en que te conoció. Amada de esta suerte, con esa verdad no entibiada nunca porque ha germinado y crecido dulcemente un dia y otro dia, y teniendo como base una estimacion sincera por todo lo tuyo, estimacion jamás envejecida porque la conservan fresca los recuerdos de tu cariño hácia él, que te protege con su dignidad, te ennoblece á los ojos del mundo y hace que seas respetada por todos; ¿no es esto muy hermoso, hermana mia?

—¡Oh, mucho! lo confieso, y he debido estar ciega; pero si un arrepentimiento sincero sirve para hacerme entrar en esa senda, que tú has de seguir con tanta seguridad, yo te juro que tu ejemplo será la norma de mi vida, y si consigo entonces la dicha perdida..... ya que no puedo decirlo mas que á tí, á tí sola te lo diré,

pero sin rebozo, para que comprendas que cuando una mujer se humilla como yo lo hago, es porque ha desechado de sí las malas pasiones. Sí, mi querida hermana; entonces te debí la honra, y hoy te deberé la felicidad.

CAPÍTULO XXXVIII.

La dicha verdadera, un arrepentido y una que no lo está.

Han pasado dos meses desde la anterior escena; Ramon y Caridad han jurado en el altar de Dios amarse eternamente, y su felicidad es toda cuanta se puede disfrutar en la vida; es el infinito de la felicidad.

Pedro estaba en un buen colegio, Ramon habia hecho propósito de darle una carrera; y Caridad, en el colmo de la dicha, cree oir á Dolores que le da las gracias.

Juana la fiel servidora, está considerada mas como individuo de la familia que como humilde criada; las chocheces de la buena vieja son escuchadas con un benévolo cariño por parte de aquel matrimonio completamente feliz. José y Laura viven en la preciosa hacienda de Ramon; éste les pasa una cantidad suficiente para vivir con holgura, y ellos por su parte se

esmeran por complacer á aquel hombre honrado que tan generosamente les ha protegido. Ramon por la suya trabaja todos los dias como abogado: quiere que su hechicera y santa mujer tenga asegurado un porvenir si él tuviera la desgracia de faltar; ¡es tan previsor el cariño!

Por la mañana, mientras Caridad dirige y ordena el buen arreglo de la casa, y semejante al ángel bueno, previene todos los pequeños goces del hogar y con mano suave imprime ese sello de gracia, de limpieza y de gusto con que una mujer denuncia su estancia en una casa, en esas pocas horas que las exigencias de la vida separa á los dos amantes esposos, Ramon las dedica á sus trabajos.

Juana entraba con un hermoso jarro lleno de flores.

—Aquí, Juana, aquí, en este velador, ahora entorna las ventanas de la sala, así; cuánto me gusta que las habitaciones estén perfumadas, y no hay otra cosa mejor que las flores.

—¡Pero llaman...! ¿quién es, Juana?

—Un hombre que trae una carta para tí.

—¿Para mí? ¿quién será? no sé que nadie me escriba—y Caridad tomó la carta y leyó.

«Señora: hace no sé el tiempo que estoy en este calabozo, sin que nadie se acuerde de mí. He sabido por casualidad el casamiento de V. con D. Ramon, y lo mismo á uno que á otro les pido, por ese niño á quien no abandonan, que se interesen por su desgraciado padre.

JAIME.»

Caridad entró en el despacho de Ramon con lágrimas en los ojos.

—¿Qué es esto?—dijo Ramon con ímpetu—¿lloras?

Caridad se apoyó dulcemente en el pecho de su marido y le dió la carta sin contestar: él leyó...—¡Pobre Jaime, no quiso escucharme! pero yo iré en seguida y veremos de arreglar este asunto:—despues secó con su labios las lágrimas que humedecian las mejillas de rosa de su mujer.

—Nunca mas llores, Caridad, vida de mi vida; me darás un sentimiento si vuelvo á mirarte triste.

—¡Ramon mio! cuánto te amo,—murmuró ella dulcemente,—¡cuánto te amo!

. . . . . .

Cuando Ramon entró donde tenian preso á Jaime llevaba el corazon oprimido: ya se habia acostumbrado á la dicha, y aquel ambiente pesado y nauseabundo le entristecia. Jaime estaba sentado en un banco de piedra y se levantó al ver entrar á Ramon.

—¡Jaime!—exclamó éste admirado al ver la cabeza blanca de aquel hombre lleno de vida y de energía dos ó tres meses antes.

—¡El mismo, D. Ramon!—dijo el pobre hombre con triste acento,—no hice caso de V. y me perdí.

—¿Pero en qué estado está esto?

—No sé, señor, yo creo que se han olvidado de mí, y gracias á un amigo de la casa donde viví que me ha dicho que la señorita Caridad se ha casado con V.: entonces tuve mucha alegría, porque era en lo único que confiaba.

—Hace V. bien en confiar, Jaime. En este momento me enteraré de todo y creo que pronto estará V. en la calle; pero, Jaime, no me comprometa V. no volvamos á las andadas.

—D. Ramon—dijo Jaime con acento pausado—V. no sabe lo que he sufrido: mi semblante envejecido y mis cabellos blancos son testigos elocuentes de mis pesares: esta desgracia ha pasado por mi corazon como un torbellino de fuego, todo lo ha consumido, todo lo ha convertido en cenizas. Los primeros quince dias, á pesar del silencio y de la soledad, mi sangre hervia al solo recuerdo de la infame; pero despues, los sufrimientos físicos, el recuerdo de mi vida pasada aparecia á mis ojos como eterno reproche; el de mi mujer y de mi hijo llegaron á ser los únicos que existian en mi corazon: pensé con dolor inmenso en lo pasado, en la imposibilidad de remedio, y ya no he sentido hácia ella mas que desprecio: todo lo he creido un castigo de Dios y como á tal lo acato; yo no puedo pensar en venganzas, porque seria preciso lo primero vengarme de mí mismo...

. . . . . .

A los quince dias Jaime salió á ver nuevamente el sol y respirar el aire libre.

Habia tenido la fortuna de no tocar á Quima con el puñal, y como suele decirse, se le echó tierra al asunto.

El primer cuidado de Jaime fué ver á Caridad: aquel hombre violento se conmovió al ver la encantadora figura de la jóven y le tomó una mano que llevó á sus labios.....

—¡Cuán

—¡Cuánto os debo! habeis sido la providencia del hijo y el ángel intercesor del padre! Dios os lo premiará, señora, y Dios os bendiga.....

—¿Y qué vá V. á hacer, Jaime?—le dijo Ramon.

—Buscaré nuevamente trabajo.

—¿Quiere V. quedarse en casa? yo necesito buscar un criado, Juana no puede hacerlo todo, está vieja y necesita que la ayuden.

—¡Ay, señor! eso seria mi felicidad.

—Pues convenido; la primera obligacion es traer y llevar á Pedro al colegio: tendrá V. cinco duros al mes, comida y ropa limpia, ¿qué le parece á V.?

—Que entro en la gloria, no puede parecerme otra cosa, y mas despues de haber salido del purgatorio.

. . . . . .

Algunos meses despues, Jaime, limpio, bien vestido, y con esa apariencia de bienestar, tan fácil de conocer, iba de prisa á la escuela de Pedro: de pronto una mujer vestida modestamente se paró delante de él. Creyendo era una pobre de las vergonzantes, Jaime llevó la mano á su chaleco; pero al mirarla, su mano quedó sin movimiento y sus ojos espantados espresaron con elocuencia su impresion.

—¡Quima!

—Yo, Jaime, que vengo á pedirte perdon por mis injusticias.

—Quima—dijo él con sosiego—perdonada estás; vé con Dios.

—¡Oh, no te irás así! ¿crees que yo puedo olvidarte?

—¡Ah, tú no puedes olvidarme!

—No

—No, Jaime—dijo ella mas animada de la calma con que este la escuchaba—verdad es que me casé con Bruno, pero puedes figurarte que yo no podré querer á semejante viejo ruin; la necesidad de guardar los catorce mil duros...

—Sí, comprendido; ¿y qué?

—Bruno ha sido un infame—dijo ella llorando nuevamente—ha puesto el dinero en no sé dónde, y con la renta se da muy buena vida, pero no consiente que yo maneje un cuarto y se ha vuelto mas miserable que cuando no tenia nada: él compra, él va á la plaza, en fin no se puede vivir así; es un viejo taimado. Si tú quisieras.....

—Quima,—dijo él con desprecio—no prosigas, pues me obligarias á denunciarte: sigue tu camino de infamia y no recuerdes que has conocido á Jaime: te amé, hiciste que te aborreciese y ultimamente te desprecié: hoy me eres indiferente,—y Jaime apartó á Quima que trataba nuevamente de detenerle, y siguió el camino de la escuela de Pedro.

—¡Oh!—murmuró ella con rabia—todas las esperanzas frustradas; soy una imbécil!

—¡No!—dijo una voz irónica á su lado, cogiéndola de un brazo,—eres lo que yo sé; pero pase por la primera, á la segunda vas á galeras, tenlo presente... y el vejete de Bruno, que estaba mas amarillo y mas acartonado que antes de casarse, la empujó con fuerza y siguió á su lado. Quima continuó el camino con la cabeza baja; aquella muestra de su felicidad matrimonial nos da á entender que no era su vida nada edificante.

CAPÍTULO XXXIX.

En donde se dan noticias de algunos personajes de esta verídica historia.

Algunos meses despues de estas escenas recibia Ramon carta de Eduardo; decia así:

«París 12.....

»Ya me tienes de vuelta, mi querido Ramon, y despues de tanto tiempo es justo te dedique unas líneas que interpreten los constantes recuerdos de tu amigo. No he querido escribirte antes para decirte algo nuevo de mí, de mis pesares y de mis impresiones: indudablemente el tiempo es un gran consejero, un médico infalible.

»Salí de París dejando repentinamente el trato de Malvina, á quien encontraba demasiado inclinada á faltar á sus obligaciones sagradas, y me embarqué en

la espedicion que salia para Civitavecchia. No te hablaré del viaje como cuestion científica; pero sí lo haré de las observaciones que hacia continuamente de la gente que me rodeaba, y que confirmaban mi idea de la humanidad en general.

»Todos íbamos en busca de la felicidad: uno disfrazaba este deseo con los honores de la empresa; otro con el de la fortuna, y otros cual yo, con el olvido que buscábamos; pero todos ¡ay! es preciso confesarlo, hemos visto pasar muchos dias y muchas esperanzas con ellos: realidad ninguna; verdad es que nuestras ideas no tienen la vehemencia de antes, que el recuerdo de lo pasado no quema nuestro corazon, mas en cambio vemos con claridad el bien perdido acaso por una Providencia de las que nos hemos ocupado bien poco, y que sigue como al principio de los siglos haciendo justicia á los descarriados descendientes de Adan. He visto en el desengaño de ellos, en sus ilusiones perdidas, historias vulgares pero elocuentes de la humanidad, y por los males que llora mi corazon, juzgo los males de todos; «segun se siembra así se recoge,» y no hay que achacar á la suerte ó la desgracia el resultado que solo de nosotros dependiera.

»En suma, amigo mio, estoy, no desengañado del mundo, mas he tenido la desgracia de abrir los ojos á la luz, cuando esta habia pasado por mi lado sin que sus rayos hirieran mis pupilas: hoy es tarde. Por el camino del amor cual yo lo comprendo, no es posible la felicidad para mí, pero convencido de su existencia y de que nunca se encuentra en bastardas pasiones, ni

en la vida de disipacion que solo trae el hastío, ni en la ambicion que nunca se satisface, ni en los honores que acarrean la envidia, no quiero que mi vida sea estéril para el bien ya que me creo con gérmenes de ternura, de fé, de esperanza y de caridad.

»Adios por hoy, creo que á esta fecha habrás realizado tus sueños de oro: puedo asegurarte que nadie cual yo te desea una felicidad mas completa; sois dignos el uno del otro, y como sé que eres digno de su noble corazon te hablo como lo hago; tú no puedes tener celos de mi franqueza, pues mi pasion hoy no es sino un tributo dedicado por mi corazon á un recuerdo purísimo. Mi amor voló al cielo, y solo dejó un recuerdo en la tierra.

»Adios, amigo, hermano mio, adios.

EDUARDO.»

«Barcelona 15, 187...

»Querido amigo mio: con un placer inmenso recibí tu carta; muchas veces habia querido averiguar tu paradero, pero los individuos de tu familia á quienes pregunté, sabian tanto como yo; esto es, que te habias embarcado para una larga espedicion; por fin tu carta viene á sacarme de dudas, y te repito nuevamente que mi alegría ha sido infinita.

»Por cuanto de tu carta se desprende, observo que si bien tucorazon está triste, se ha robustecido en la fé tan necesaria y tan consoladora para los mise-

 ros

ros mortales; esto ya es mucho, amigo mio; recuerda nuestras pasadas conversaciones en una época fatal para mí en la cual llegué con desaliento á dudar de todo...

»Despues, la casualidad, la fortuna, la Providencia tal vez por tu mano cicatrizó heridas abiertas por la mujer mas frívola, en la forma de otra mujer, no de un ángel celeste, que cual otra paloma con su ramo de olivo me brindó paz y reconciliacion; olvido para el mal y el egoismo pasado; entusiasmo, gloria, amor purísimo para el presente; sí, amigo mio, solo tus pesares lamento, es lo único que me entristece y por remediarlo te juro daria parte de mi existencia.

»No sé por qué tengo el presentimiento que tal vez mas pronto de lo que creemos has de encontrar la calma y el olvido que deseas: ¿por qué medios? ¿cómo? lo ignoro: para que tengas la misma esperanza te confiaré una de las cosas que mas me han impresionado. No puedo negarte la emocion que me causó la que hoy es mi esposa, desde el momento que la ví; y sin embargo, luché con mi corazon por tí con toda la sinceridad de mi alma, pero todos mis propósitos, mis deseos, mis reservas, mis dudas y mi ansiedad se estrellaron en un detalle, pequeño tal vez, insignificante y que echó á rodar todos los obstáculos: fué una lágrima de mi amada tan pura como ella; sí, querido amigo, debo mi redencion, mi amor y mi felicidad á una lágrima, y cual precioso talisman conservo su recuerdo como preservativo de las desgracias y miserias de la vida.

Los que como tú si dejasteis el buen camino volvisteis á él, tendreis cual yo la fortuna de coger el fruto que á su final se ofrece, y en medio de las desventuras y trabajos sin cuento de la vida, siempre os encontrareis con el corazon fresco y lozano; y si llorais, pues todos hemos de llorar, no será de desesperacion, sino de ternura, y no hay llaga por grande y profunda que sea, que no se cicatrice con las lágrimas, que son el rocío del alma.

»A Dios, amigo mio, quiera el cielo darte lafelicidad que te deseo, y no tardes en bendecir la esperanza su mensajera, como yo bendigo la que me rodea que cual te he dicho llegó á mí por una lágrima.

»Tuyo siempre,

RAMON.»

. . . . . .

. . . . . .

Algunos años despues, al repartir los premios en la Universidad ante una concurrencia numerosa y distinguida, llamó la atencion de todos una tierna escena que hizo asomar lágrimas á cuantos la presenciaban. Un jóven adolescente, á quien el tribunal acababa de honrar con un premio de sobresaliente, se llegó conmovido á un grupo compuesto de una señora y un caballero jóvenes y que estaban rodeados de tres hermosos niños y un anciano de cabellos blancos. El estudiante ofreció sus premios con una espresion de alegría indecible á la bella señora, que le abrazó enternecida; el caballero á su vez le estrechó con

orgullo, los pequeños le besaron repetidas veces, y luego el viejo lloró como una criatura cuando le llegó su vez.

—Es su nieto?—le preguntó al anciano un caballero que habia á su lado.

—¡Es mi hijo!—dijo el buen hombre con orgullo.

—¿Y esos señores á quienes abrazó antes que á V.?

—Esos son mas que yo, son sus protectores, y aunque con tres hijos cuentan con el mio para darle carrera. Es D. Ramon Ramirez y su esposa, cuyo nombre es bendecido por todos los desgraciados cuyas penas consuelan y sus puertas no se cierran nunca para el infortunio.

—Dichosos ellos—dijo el caballero.

—¡Y tan dichosos!—contestó Jaime—aquella casa es una bendicion de Dios.

EPÍLOGO.

Pondremos como epílogo una noticia que los periódicos de la localidad reproducian casi con la misma redaccion:

«Hemos sabido con orgullo que este año está llamando justamente la atencion en «Nuestra Señora de París» un jóven eclesiástico cuya elocuencia y uncion evangélica le hacen figurar entre los primeros sacerdotes cristianos, y cuya vida y costumbres se citan como modelo de los que abrazan el sacerdocio.

«El citado en cuestion es el conocido catalan don Eduardo Enril.»

Si despues del epílogo que antecede, un átomo de curiosidad trae á tu memoria el recuerdo de Malvina, te diré, lector, que la hermosa rubia habia llegado á la plenitud de la vida con la desesperacion en el alma. Por primera vez en su existencia un amor verdadero

inflamó su corazon, y el hombre amado por ella era un imposible.

Supo que Eduardo era sacerdote, y en su abatimiento solo encontraba lágrimas por consuelo: quiso hacerse beata, pero la religion no hablaba con elocuencia á aquella alma estraviada: miró al rededor de sí, y solo vió soledad, vacío. Su madre y su marido por razon de edad charlaban todo el dia como buenos amigos sin ocuparse de ella, y Malvina se veia sin madre y sin esposo, y para desgracia mayor el cielo no le habia concedido hijos.

En sus ratos de tristeza tuvo una idea feliz, se acordó de que ya que no podia disfrutar felicidad, estaba en su mano derramarla, y desde aquel momento, todo lo que antes gastaba en trajes y lujosas manifestaciones lo dedicó á los pobres, ejerciendo la caridad con verdadero ardor. Aun vive, lector, y creemos que si Dios no le concedió la felicidad en justo castigo de sus faltas morales, le habrá concedido en cambio la calma y la resignacion como premio á su caridad.

FIN.